

TerBi

Nº 14
Septiembre
2019

Revista de la Asociación Vasca
de Ciencia—Ficción, Fantasía y Terror

Especial IX Concurso de Relato Temático “Postapocalipsis”

Con el relato ganador

La página 37
de *Manuel Mije*

Incluye los 4 relatos finalistas

Andrómeda de *Alfredo Moreno Godoy*

Picnic junto al lago de *Yonnier Torres Rodríguez*

De lo que no se puede hablar de *Jesús Prieto*

Cripta03 de *Daniel Roig Canelles*

TerBi

Asociación Vasca de Ciencia-Ficción, Fantasía y Terror

Especial IX Concurso TerBi de Relato Temático “Postapocalipsis”

Sumario

— Editorialpág. 3

— Fallo del IX PREMIO TEMÁTICO TerBi 2019
“Postapocalipsis”pág. 4

Relatos premiados del Concurso TerBi

— La página 37 de *Manuel Mije*pág. 5

— *Andrómeda* de *Alfredo Moreno Godoy*pág. 18

— *Picnic junto al lago* de *Yonnier Torres Rodríguez*pág. 36

— *De lo que no se puede hablar* de *Jesús Prieto*pág. 44

— *Cripta03* de *Daniel Roig Canelles*pág. 65

Han elaborado este número

- *Ricardo Manzanaro*
- *Joserra Vila*
- *Portada: Apocalypse de Dric*
- *Ilustraciones de Ricardo Manzanaro*

CC0 Creative Commons Gratis para usos
comerciales No es necesario
reconocimiento

Los autores mantienen los derechos de sus obras.



[Creative Commons](#)
[ReconocimientoNoComercial—](#)
[SinObraDerivada 3.0](#)

EDITORIAL

Presentamos el fanzine del IX certamen TerBi de Relato Temático. En él se puede leer el relato ganador, así como los finalistas.

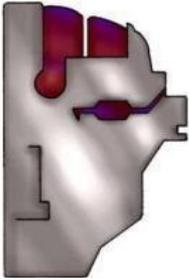
Este evento está organizado por la asociación TerBi, que lleva a cabo diversas actividades, casi todas en Bilbao, relacionadas con nuestros géneros literarios y cinematográficos favoritos, la ciencia-ficción, la fantasía y el terror. La principal y la más veterana es la TerBi, la tertulia mensual de aficionados que se celebra desde hace 24 años. Además, organizamos dos jornadas al año, con charlas y presentaciones (el que lo desee las puede ver en el canal TerBiCCFF de YouTube). También llevamos un taller de relatos online.

El Certamen TerBi tiene la particularidad de que los relatos deben tratar sobre un tema concreto, decidido por los miembros del jurado del premio, lógicamente relacionado con la ciencia—ficción. Se remarca en las bases del certamen que tienen tanta importancia la calidad del relato como que se ajuste al tema. En este sentido, un cuento no relacionado con la temática, a juicio del jurado, es automáticamente descalificado. Desde las primeras ediciones, y sin duda por la facilidad que ofrece enviar el relato por correo electrónico, hemos recibido muchos cuentos, aunque también hay que señalar que una buena parte de los mismos, a pesar de constar de forma expresa en las bases, no tienen nada que ver con el tema especificado. No obstante, el resultado, gracias al esfuerzo lector y crítico del jurado, podemos decir que hay gran calidad en todas las ediciones.

Otro de los puntos fundamentales del certamen es que la TerBi elabora en todas las ediciones un fanzine con los relatos ganador y los finalistas. Todos los años esta publicación ha contado con el favor y la aceptación de los aficionados, e incluso alguno de los cuentos quedó finalista de los Premios Ignotus que concede la AEFCT.

El tema de este año era “postapocalipsis” y por tanto en este nuevo fanzine del Certamen TerBi se pueden leer cinco excelentes relatos que tratan sobre tal idea.

Esperamos que sea del agrado de todos los lectores este nuevo fanzine, y desde aquí animamos a los escritores a participar en la X Edición, cuyas bases se publicarán en octubre de este 2019 en el blog “Noticias Ciencia-Ficción” <http://notcf.blogspot.com/> y en el grupo de facebook de la TerBi <https://www.facebook.com/groups/60167318666/>



**Fallo del IX Premio TerBi
de Relato Temático 2019
“Postapocalipsis”**



En Bilbao, a 18 de mayo de 2019, se hace público el fallo del IX Certamen TerBi de Relato Temático Fantástico “Postapocalipsis”.

Se han recibido 135 relatos.

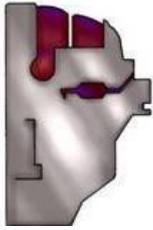
Tras deliberación, el jurado del premio acuerda:

Primero – Conceder el IX Premio TerBi, dotado con un trofeo conmemorativo, obra de Ángel Rodríguez, sobre un diseño de Ricardo Manzanaro, así como varios libros de la colección “Espiral Ciencia Ficción” donados por su editor Juan José Aroz, al relato titulado “La página 37”, recibido bajo el seudónimo de “Claudio, rey de los pictos”, enviado desde Sevilla. Una vez abierta la plica, resulta ser su autor Manuel Mije

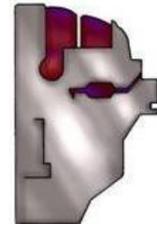
Segundo – Declarar como finalistas por igual a los siguientes relatos: “Andrómeda” de Alfredo Moreno Godoy (Pioz, Guadalajara), “Picnic junto al lago” de Yonnier Torres Rodríguez (México), “De lo que no se puede hablar” de Jesús Prieto (Málaga) y “Cripta03” de Daniel Roig Canelles (Hospitalet Llobregat).

De acuerdo con las bases del concurso, se acuerda la publicación del relato ganador y de los relatos arriba mencionados en el próximo número del fanzine de la TerBi

TerBi Asociación Vasca de Ciencia Ficción Fantasía y Terror agradece el interés mostrado por los autores que han enviado un relato para el certamen, e invita a todos los escritores a participar en la próxima edición, cuyas bases se publicarán en el último trimestre de 2019.



**IX PREMIO TerBi 2019 de
Ciencia-Ficción, Fantasía y Terror**



La página 37

Manuel Mije

Despertó en un lugar que no recordaba, un día cuya noche previa le era totalmente desconocida. No le sonaban de nada ni la gruesa manta que lo cubría, ni la mochila en la que tenía recostada la cabeza, ni el mobiliario destrozado a su alrededor. Tampoco recordaba haber visto antes la hipnótica mancha del techo, el círculo oscuro en cuyo centro se condensaba la humedad, una gota que se hinchaba hasta ser demasiado pesada y caer a un metro de él rompiéndose en mil fragmentos. Por alguna extraña razón, lo único que le resultaba familiar era la sensación de desconocimiento, de estar perdido, angustiado, y la contemplación de la mancha lo calmaba. Notó que tenía algo en la mano. Cuando la sacó del abrigo de la manta vio una nota en ella, un trozo de cartón plastificado con cinta adhesiva, con una goma que lo mantenía fijado a su anular. En el cartón, entre manchas oscuras, unas palabras escritas con una letra que le resultaba tan poco familiar como el resto: “lee el diario”. De forma instintiva se tocó el pecho y descubrió que, bajo varias capas de ropa, llevaba algo duro. Desabrochó botones y bajó cremalleras, forzó la elasticidad de las prendas interiores y por fin pudo sacar aquello. Era un cuaderno grueso con las tapas afectadas por la humedad, el sudor, supuso, pero en el que aún se podía leer la palabra “diario” escrita con la misma letra que la nota. Cuando lo abrió comprobó que lo escrito allí también debía ser del mismo firmante.

Me llamo Pedro Hernández, soy cirujano y me dirijo al norte, porque allí está la solución a mi problema.

No conozco a nadie, nadie me espera en ningún sitio.

Debo buscar comida y mantenerme en movimiento. Me dirijo al norte, siempre al norte, allí está la solución a mi problema.

Cuando esté demasiado cansado debo buscar un lugar seguro para pasar la noche, escribir lo importante en el diario, esconderlo y colocar una nota en mi mano para que me avise. A la mañana siguiente no recordaré nada, pero el diario me ayudará.

Si es algo muy importante, vital, lo escribo en esta página, la número uno. Si sólo es importante, lo escribo en la última. Debo numerar las páginas.

Los demás tienen el mismo problema que yo.

No sé más.

No puedo confiar en nadie, debo evitar el contacto, las zonas pobladas. Cuidado con los que fingen no tener el problema.

Hay que guardar la nota en un bolsillo, que nadie la vea, que nadie vea el diario.

No puedo fiarme de nadie.



Un ruido le sacó de la lectura, y el instinto le hizo guardar el diario donde antes lo tenía, con la nota dentro, y recogerlo todo y esconderse en una esquina de la amplia sala en espera de quien pudiera llegar. El lugar debía ser una tienda de muebles, los restos de los que había por allí esparcidos no encajaban en una misma línea decorativa y estaban repetidos en algunos casos. La claridad del exterior proyectaba una sombra sobre la pared del fondo, una sombra acompañada de pasos que precedían a un hombre de andar dubitativo, desarrapado, famélico.

—Hola, ¿hay alguien? —dijo con un resto de voz. El hombre temblaba y se abrazaba los costados, y sus ojos escudriñaban entre las sombras del interior—. ¿Hola? —dijo de nuevo y, tras un instante de duda, se fue por donde había venido, con el mismo andar cansado y errático, tiritando.

Esperó unos segundos en tensión, luego se sentó. Fue consciente de su propio olor, apestaba. Acumulaba ropa sobre sí, un abrigo sobre un par de chalecos, sobre una sudadera y dos camisetas, también varias capas de chándales, pijamas y mallas cubriéndole las piernas. A pesar del frío él estaba sudando y le picaba todo el cuerpo. Pero la curiosidad podía más, volvió a abrir el diario y releer aquella primera página escrita hasta la mitad. Dejó la nota al lado, después pasó página.

2

Hoy desperté con un sobresalto, alguien gritaba cerca de mí. Estábamos tumbados en la sala de espera de un hospital. Éramos varios y no conocía a ninguno. Tampoco sabía cómo había llegado allí, nada más que estaba echado en aquella sala de espera y que me había despertado la única persona de pie, un hombre que se movía de un lado a otro muy nervioso. Iba vestido con bata blanca. Entonces se acercó y me agarró del brazo, me dijo si había escrito yo lo de la pared, o si lo había escrito él. Miré hacia donde me señalaba y vi la pintada, “sucede al dormir”, luego me miré a mí mismo y comprendí por qué me señalaba, yo también llevaba una bata de médico, y una placa colgada de una cuerda al cuello. Por eso sé mi nombre y qué hacía.

Dejó el diario y se tocó el cuello, el pecho. No llevaba la placa que decía el diario. Buscó en la mochila: había latas de comida, un par de botellas de agua, un cuchillo, un inhalador, una linterna, algunas pilas y varios bolígrafos, nada más. Siguió leyendo.

El hombre de la bata blanca fue despertando a los demás, nos decía que había tomado estimulantes para evitar quedarse dormido, para comprobar lo que decía en la pintada, que yo había estado de acuerdo y los demás también. Vi algo escrito en mi mano: “no te fies de Luis Somoza, vete”. Cuando se acercó, cerré la mano y miré la placa que llevaba colgada del cuello el hombre de la bata blanca, se llamaba Luis Somoza. Decía estar seguro de que había sido un ataque terrorista, que alguien había inyectado algún gas en el sistema de ventilación, que debíamos salir de allí. Dos no se levantaron, estaban muertos, el resto salimos. Por los pasillos nos encontramos más gente, todos tan desorientados como nosotros. También había muertos, y frases escritas en las paredes: “sucede al dormir” y “la solución está en el norte” se repetían a intervalos. Muchos de los que nos encontrábamos atendían a la llamada del hombre de la bata blanca y nos seguían, otros se quedaban quietos, con la vista perdida.

Cuando salimos del hospital vimos que fuera también pasaba algo. Había gente que caminaba como perdida, algunos se acercaron a preguntar. Yo me marché sin decir nada, fui

cruzándome con gente, todos igual de perdidos que yo. Vi un automóvil pasar a gran velocidad y atropellar a una persona, dos hombres peleaban mientras otras personas miraban sin hacer nada, escuché gritos de auxilio y tampoco hice nada.

Fui a una tienda de alimentación y peleé por unas latas de conserva y botellas de agua con la gente que había allí, las guardé en una mochila que encontré tirada en la puerta. Luego entré en una papelería y cogí un cuaderno, un bloc de notas y varios bolígrafos.

He caminado durante todo el día, hacia el norte, siempre hacia el norte, y ahora que he parado a descansar he comenzado a escribir este diario, espero que me ayude.

Si tengo razón, mañana no recordaré las cosas que he tenido que ver hoy, quizá sea mejor.

Un ruido de motores, ensordecedor, le alertó de nuevo. Cerró el diario, volvió a guardarlo todo, sólo dejó la manta, y se ajustó la mochila. Fue caminando lentamente hacia la puerta, tratando de no hacer ruido, de no tropezar con nada de lo que estaba tirado por el suelo. Escuchaba voces que le llegaban de fuera. Se asomó con cuidado. La calle parecía desolada, solitaria. Vio varios cadáveres, desnudos, amaratados, hinchados. Un gato se relamía junto a uno de ellos. Las voces, ya más claras, parecían venir de la calle lateral que quedaba a su derecha. Se acercó a la esquina con cuidado, atento a cualquier sorpresa. Se asomó. Había dos vehículos detenidos, y junto a ellos cuatro hombres. Un poco más allá había otro, alto, vestido con chaqueta y pantalón vaqueros. Delante de él, sentado en el suelo, estaba el que antes se asomó al lugar en el que había pasado la noche.

—Déjalo, Cristo, ¿no ves que no nos sirve para nada? —dijo uno de los que estaba junto a los automóviles, rapado, con un águila de alas extendidas tatuada en la nuca, de aspecto robusto, atrapado en una trenca negra que le quedaba pequeña por varias tallas.

—¡Por favor, dadme algo! ¡Me estoy muriendo! —decía el del suelo.

—Te vamos a dar una mierda —contestó el alto, y le empujó con el pie hasta dejarlo totalmente tumbado, sollozando.

—Te he dicho que lo dejes, Cristo.

—¿Qué pasa, que ahora es tu amigo, Águila? No me toques los huevos, que peores cosas te he visto hacer a ti. Si fuera una mujer seguro que no dirías lo mismo.

—Si fuera una mujer, pero no lo es. —El de la trenca se adelantó y se encaró con el otro, que lo esperaba—. Que seas el que más tiempo lleva despierto no significa que puedas hacer lo que te salga de los huevos.

—¡Venid, que éste se ha despertado! —gritó uno de los que estaba junto a los vehículos, uno pequeño y nervioso. Abrió la puerta trasera y tiró de alguien que había allí tumbado.

—Menos mal que te toca dormir a ti. Anda, haz los honores. —El de la chaqueta vaquera lo miró desafiante, luego pasó de largo dejando que sus hombros chocaran.

—Buenos días, bella durmiente —dijo acercándose a los demás. Luego se acuclilló junto al que acababa de despertarse. Estaba incorporado en los asientos traseros, con las piernas fuera y los pies tocando la calzada—. Tranquilo, que sé lo que estás pensando —respondió a su gesto de confusión—. No sabes qué pasa, no sabes quién eres, no tienes ni puta idea de dónde estás ni de quiénes somos nosotros. ¿A que he acertado? Ya lo sé. ¿Y sabes por qué lo sé? Pues porque tú mismos me despertaste a mí y me contaste esta misma mierda. Mira tu antebrazo, Calavera. —El otro no parecía comprender—. El izquierdo, remángate. —El recién despertado descubrió el tatuaje en su brazo—. ¿Ves? Yo soy Cristo. —Se remangó también y le enseñó su tatuaje—. Ése de ahí es Iron Maiden. —El aludido, un tipo calvo, obeso y con bigote, bajó la cremallera de su plumas y se levantó el chaleco para mostrar el tatuaje en su barriga—. Éste de rojo es Camarón —señaló al tipo pequeño y nervioso, que se quitó el chaquetón y la sudadera de chándal para mostrar bien la figura y el nombre que llevaba tatuado en el pecho—. Ése es el Rata —señaló a un tipo de pelo largo que respondió al gesto bajándose los pantalones y enseñando la pantorrilla—. Cuando me despertaste también había dos chavalitas con las que nos lo pasábamos muy bien, pero como al mierda de la trenca, que, por cierto, se llama Águila, le dio un siroco, pues tú no las vas a poder disfrutar. Pero ya si eso que te cuente él, porque yo si no te importa me voy a dormir hasta que me despiertes.

—Sí, eso, mejor vete a dormir —dijo Águila. El otro ni le miró, se metió en la trasera del otro coche, cerró la puerta, se tumbó y se tapó con una manta que había allí—. Calavera, recuerda: siempre uno dormido y los demás despiertos, siempre en movimiento a ver qué encontramos. Tomamos lo que haya y nos vamos cuando no quede nada que merezca la pena. Camarón, saca las garrafas y las gomas, todo el mundo a buscar gasolina en los coches de por aquí.

Apartó la vista y se apretó contra la pared. Tenía el pulso acelerado. Escuchaba a los otros trastear al otro lado, pero ya no prestaba atención a sus voces. Fue alejándose de allí, primero a paso lento, y en cuanto torció la otra esquina comenzó a correr, sin mirar atrás, sin reparar en nada salvo el dolor de sus piernas y la sensación de agobio.

Cuando por fin paró, la cabeza le daba vueltas, tuvo que echarse al suelo. Le faltaba el aire, se estaba asfixiando. Recordó el inhalador, pero no podía quitarse la mochila. Se desabrochó el chaquetón a duras penas y la mochila cayó con él. Rebuscó con manos torpes, cada vez más

mareado. Por fin dio con el inhalador y tomó una bocanada profunda, varias, hasta que sintió cómo se le abrían los pulmones. Estaba tumbado en el suelo, con los brazos en cruz y los ojos cerrados, respirando, sólo respirando. Seguía estando mareado, y una punzada de dolor martilleaba su sien. También se sentía débil, hambriento. Se incorporó y miró aquel inhalador con preocupación, el único que tenía, algo de lo que no estaba avisado. Lo volvió a guardar en la mochila y sacó una de las latas de comida, sin levantarse del suelo. Miró a su alrededor y vio a pocos metros un automóvil con la puerta del conductor abierta. Se levantó, recogió lo que había dejado caer y se acercó allí a sentarse. La calle estaba solitaria, no se escuchaba ningún ruido ni se veía movimiento. Ni siquiera veía cadáveres tirados en la acera. Abrió la lata y se comió el atún con los dedos, chupándose el aceite, sintiendo cómo se aliviaba la sensación de vacío en su interior.

Ya satisfecho, totalmente calmado, después de haber escudriñado los alrededores por un rato hasta asegurarse de que el lugar parecía totalmente seguro, se instaló en los asientos traseros, sacó el diario y volvió a abrirlo.

3

Ha funcionado. Hoy desperté igual de desorientado que ayer, pero vi la nota y leí el diario. En seguida me puse en marcha. Muchas personas forman grupos, se vinculan por fotografías, por pintadas. Hay otros que también usan cuadernos de notas o diarios, como yo. Vi un hombre que llevaba una máquina de tatuar, con el torso desnudo, cubierto de inscripciones.

No he oído a nadie hablar de ir al norte, nadie parece saber nada, sólo que sucede al dormir y que nos pasa a todos. A veces estalla la violencia, pasa más donde se acumula más gente, tengo que evitar las zonas más pobladas.

Tengo que buscar comida constantemente, asegurarme de despertar aprovisionado. Muchas casas están abandonadas y son mejores lugares para buscar comida y suministros que las tiendas o centros comerciales, en los que se están reuniendo muchos y se han vuelto peligrosos.

4

Hoy ha sido un día solitario. Desperté en una zona despoblada cerca de la carretera y la he estado siguiendo hacia el norte, como dice en el diario. He visto gente andando y vehículos en la carretera, pero siempre a lo lejos. No he tenido ningún encuentro. Me he detenido antes de llegar a una población. Pasaré la noche aquí y ya mañana me arriesgaré a entrar.

5

Hoy desperté y vi este diario, leí lo que había escrito, y me doy gracias por ello, porque me ha salvado. Estaba dentro de una casa, en la calle se escuchaban gritos, voces de varios hombres llamando a otras personas. Yo hice caso a lo escrito en la primera página y no me asomé, pero otros se asomaron, hombres y mujeres, algunos incluso salieron de las casas. Miré por el resquicio de una ventana. Era una docena de sujetos que rodeaban tres furgonetas. Llamaban a la gente, cuando se asomaban insistían. Les decían que venían a recogerlos, les llamaban por sus supuestos nombres. A los que se acercaron los reconocieron y les dijeron que fueran a por sus cosas, que se marchaban. Un rato después ya tenían allí a más de diez personas dispuestas para partir. Entonces sacaron palos y cuchillos y les asaltaron. A los hombres se lo quitaron todo a golpes, los dejaron desnudos. A las mujeres las obligaron a entrar en una de las furgonetas. Uno de los asaltados no se quería separar de una de ellas, entre cuatro de ellos lo separaron de los demás y lo apalearon y apuñalaron hasta la muerte. Después se fueron.

He tardado mucho tiempo en atreverme a salir y marcharme de allí. Cuando lo hice me fijé en el cadáver del hombre, sobre un charco de sangre, con la cara desfigurada. Hoy más que nunca he buscado un lugar seguro para pasar la noche, para dormir y olvidar lo que he visto.

6

Hoy desperté y no me quedaba comida. Estaba en una zona despoblada y he tardado horas en encontrarla. Tengo que evitar que eso vuelva a suceder. Está muriendo mucha gente y no quiero ser uno de ellos. Quiero llegar al norte, tengo que llegar al norte. Sé que me llamo Pedro Hernández y que era cirujano, pero ya no llevo la placa que dice en el diario, no sé cuándo ni dónde la he perdido.

7

Hoy ha sido un día de peligros y descubrimientos. Desperté en el garaje de una casa, oculto tras cajas y bolsas. Otro hombre rebuscaba entre lo almacenado. Cuando me vio me mostró el cuchillo que llevaba en la mano. Me dijo que no me haría daño, que no quería nada mío. Cogió algunas cosas de por allí, sin quitarme la vista de encima, sin dejar de amenazarme con el cuchillo. Antes de marcharse me dijo que me dirigiera al norte, que lo apuntara para no olvidarlo. Después vi la nota y leí el diario. Salí a buscarlo, pero no le he encontrado.

Por la tarde he caminado durante muchas horas hasta que tuve que detenerme y esconderme. He estado subido a un árbol durante casi dos horas, temiendo por mi vida. Ha habido otro asalto,

hombres organizados que se aprovechaban de los que estaban allí. Pero no quiero escribir de eso. Lo único que tengo que recordar es que tengo que tener mucho cuidado, no fiarme de nadie.

8

Hoy al despertarme había perdido la nota, se me caería de la mano, y tardé en encontrar el diario y en comprender la situación, luego encontré la nota. Tengo que buscar una forma de que eso no pase. Nada más que reseñar.

Cerró el diario. Fuera todo seguía igual que antes, inanimado, muerto. Ni siquiera veía pájaros en aquel cielo plomizo que se emborronaba tras los cristales del auto abandonado. Buscó la nota en su bolsillo, no estaba allí, ni en los otros, ni en la mochila, ni caída por el interior de aquel vehículo, ni donde antes estuvo tirado en el suelo. Pensó en hacerse otra nota igual, buscó algo elástico, o una cuerda. El no encontrar nada le hizo valorar volver atrás. El día avanzaba, la noche y el olvido que venía con ella estaban cada vez más cerca, y con un poco de suerte aquellos depredadores de los tatuajes ya se deberían haber marchado.

Perdió la orientación varias veces y tuvo que desandar sus pasos. Apenas recordaba los sitios por los que había pasado corriendo, demasiado asustado como para fijarse en nada. En un giro de esquina aleatorio reconoció un cadáver amoratado al que le faltaban los labios y recordó el gato. Allí estaba también la tienda de muebles en la que despertó. No se veía nada más, no se escuchaba nada más. Se acercó a la puerta y miró en el interior. Estaba oscuro, demasiado, la luz del día había pasado de su brío matinal a esa tenue claridad vespertina que nos va acercando a la noche. Sacó la linterna y fue alumbrando el suelo para no tropezar, las esquinas para no verse sorprendido, el techo hasta localizar la mancha de humedad de su recuerdo más antiguo. Bajo esta, casi en línea vertical, estaba su manta, y a pocos pasos la esquina en la que se había agazapado cuando aquel hombre desvalido se asomó. Allí tirado, tan insignificante y tan importante a la vez, estaba el trozo de cartón con la goma. Respiró aliviado, y en esta ocasión se quiso asegurar de no volver a perderla guardándola entre las páginas del diario que llevaba sobre su pecho, bajo varias capas de ropa.

Al salir de la tienda tuvo un acceso de curiosidad, una corazonada, y se acercó a la esquina desde la que había espiado a los hombres de los tatuajes. Miró con mucho cuidado a pesar de que no se escuchaba nada. Ya se habían ido. Todos los vehículos cercanos estaban abiertos, los depósitos de gasolina forzados. Olía a combustible, había manchas aceitosas en el suelo. Entonces el corazón le dio un vuelco. Reconoció unas piernas enfundadas en un pantalón vaquero. Había alguien tumbado entre dos vehículos, inmóvil. Pudo más la curiosidad que el miedo y se acercó.

Allí estaba el hombre al que había oído llamar Cristo, roncando boca arriba. Tenía una mano sobre el pecho, y bajo ésta un cartón en el que alguien había escrito “soy gilipollas”. Sonrió, se dio media vuelta y se marchó de allí, hacia el norte, siempre hacia el norte.

Horas más tarde, caminando bajo un cielo ya veteado de noche, creyó oír algo a lo lejos, un grito, ladridos. Una figura surgió tras una esquina, un hombre que corría desesperado. Tras él venían los ladridos, cinco perros de gran tamaño que no tardaron en darle caza. De nuevo sintió la ansiedad, la angustia, la asfixia. Corrió hacia una casa cercana e intentó entrar. La puerta estaba cerrada, las ventanas también. Corrió hacia la siguiente vivienda, igual. Los gritos del otro hombre se diluyeron entre los ladridos y gruñidos de los animales que le devoraban. Vio una ventana sin cubrir, sólo con el cristal bajado. Cogió una piedra del suelo y la rompió. En aquel momento dejó de oír los ladridos y la sangre se le heló. Se coló por la ventana sin importarle los cortes que se hizo en las manos, escuchando los ladridos cada vez más cercanos. Había un mueble allí, junto a la ventana. Se colocó al otro lado y empujó con toda su energía, ignorando todas las señales de dolor que acompañaban al esfuerzo. La entrada quedó cegada justo a tiempo, justo cuando los gruñidos venían del otro lado de la pared y un fuerte golpe, seguido de un gemido animal, hizo temblar el armario. Cayó de rodillas, se asfixiaba. Al haber tapado la ventana la habitación estaba sumida en la oscuridad. A tientas rebuscó en la mochila, tratando de reconocer con las manos la forma del inhalador. La sangre hacía que el tacto de todo le resultara pegajoso. Al final reconoció el inhalador, se aferró a él y aspiró profundamente, una, varias veces, hasta que se calmó.

Fuera ya no se escuchaba nada. Se sentía tranquilo, seguro. Encendió la linterna para comprobar hasta qué punto estaba herido. Tenía dos cortes en una mano y uno en la otra, poco profundos pero escandalosos por la profusión de sangre con la que lo había manchado todo, su ropa, la mochila, sus pertenencias. Incluso sentía el sabor metálico en la boca, de la sangre que había tragado al aspirar de aquel inhalador manchado. En la habitación había una cama, la destapó, le quitó las sábanas y las rasgó. Se limpió y se cubrió las heridas lo mejor que pudo. Después limpió sus pertenencias. Lo último que limpió fue el inhalador. Lo agitó y lo miró con preocupación. Estaba medio vacío, tenía que buscar más. Lo tendría presente esa noche antes de acostarse, cuando tocara anotar lo importante del día en el diario.

Registró la casa someramente, sólo para asegurarse de que no había nadie más, dejando la búsqueda de alimentos y otras utilidades para la mañana siguiente, cuando despertara y leyera el diario. Estaba cansado, los párpados le iban pesando y aún le quedaban por leer unas cuantas páginas. Comió de otra de las latas, bebió y, después de comprobar que podía abrir la puerta de la casa por dentro, se sentó en un sillón cercano y sacó el diario para terminar con su lectura.

9

Hoy ha sido un mal día, he estado en peligro y no sé si aún sigo estándolo. El despertar fue normal, pero a medio día, ya en trayecto, fui sorprendido por un grupo de personas enloquecidas. Gritaban, golpeaban a los que se cruzaban con ellos, lo destrozaban todo a su paso. Yo corrí, hui de ellos, con tan mala suerte que me torcí el tobillo. He seguido caminando hasta que me ha sido imposible, y entonces he encontrado este lugar, esta casa. No sé si tendré algo roto, espero que no, pero está hinchado y duele mucho. Con el pasar de las horas he descubierto que dos casas cercanas están habitadas. He visto una mujer entrando y saliendo de una vivienda de la otra acera, a la derecha. También he escuchado ruidos procedentes del adosado que hay a la izquierda. Varias voces, de adultos y de niños. No puedo hacer otra cosa que esconderme y esperar a mañana, a ver cómo tengo el tobillo.

10

Hoy he despertado con el tobillo hinchado, no sé si más o menos que ayer. Sigue doliéndome mucho, no puedo apoyarlo. Lo único que he podido hacer es leer el diario y mirar por las ventanas. También he registrado la casa. Creo que ya estaba abandonada antes de que todo esto pasara, quizá nunca estuvo habitada. Apenas hay muebles o electrodomésticos, por supuesto no hay comida ni nada que me pueda servir. Supongo que tendré que racionar lo que me queda para aguantar el máximo tiempo posible antes de salir. No quiero que me sorprendan ahí fuera sin posibilidad de huir. He visto a la mujer de más arriba salir y entrar de su casa. A veces se queda fuera, como esperando algo o a alguien. También he visto a los de la casa de al lado. Son una familia con dos hijos. El hombre salió temprano y volvió ya tarde, casi de noche. Había traído suministros. Quizá tenga que pedirles ayuda en algún momento, quizá me la presten. Mañana será otro día.

11

Hoy he despertado mejor, estoy seguro, aunque no tengo forma de comprobarlo. Me duele menos de lo que pone en el diario, eso creo, y lo puedo apoyar, aunque no caminar. He pasado el día observando a mis vecinos, estudiándolos. Vi a la familia en el porche, los cuatro juntos, miraban unas fotografías. El hombre cogió una, se la guardó en el bolsillo y se marchó, supongo que a por suministros. El resto de la familia volvió a entrar en la casa y no se les ha visto más, aunque sí he

estado oyendo a los niños a través de la pared. Casi de noche llegó el hombre, con el petate que usa para los viajes desinflado, por su semblante angustiado supongo que vacío.

La mujer del otro lado de la calle salió después, quizá una hora o dos después de que se marchara el padre de la familia. Al rato vi aparecer una figura al principio de la calle. Cuando llegó a la altura de su casa ella lo llamó, se acercó a él, le abrazó y le besó. El hombre parecía desconcertado, pero la acompañó hacia el interior de la casa. No he vuelto a ver a ninguno de los dos.

12

Hoy el padre de la familia que vive al lado debió salir muy temprano, porque no lo vi marchar. Sí que lo he visto regresar, ya muy tarde. Cojeaba, pero llevaba el petate cargado, apenas podía con él.

La mujer de la casa del otro lado de la calle salió al medio día y se sentó en la entrada, como esperando. Del hombre que dice el diario que estaba ayer con ella no he sabido nada, no sé si se fue antes de que me despertara o aún sigue ahí.

El tobillo creo que está mejor, y es una suerte, porque empiezo a estar falto de provisiones, aunque he encontrado agua en la casa. Espero poder irme lo antes posible.

13

Hoy no he visto salir ni volver al padre de familia. Por la noche, ya muy tarde, la mujer salió al porche. Los niños no estaban con ella. Parecía esperar, miraba hacia los dos lados de la calle. Después estuvo un rato llorando, hasta que volvió a entrar y ya no la vi más.

Por la tarde vi a una joven andando por la calle. Se movía nerviosa, mirando a todos lados. La mujer del otro lado de la calle la llamó y se le acercó. Al principio le rehuyó, pero luego fue con ella y entró en la casa. No las he vuelto a ver más.

Ya ando por la casa con poca dificultad, pero sé que no podría correr si lo necesitara, tengo que aguantar un poco más.

14

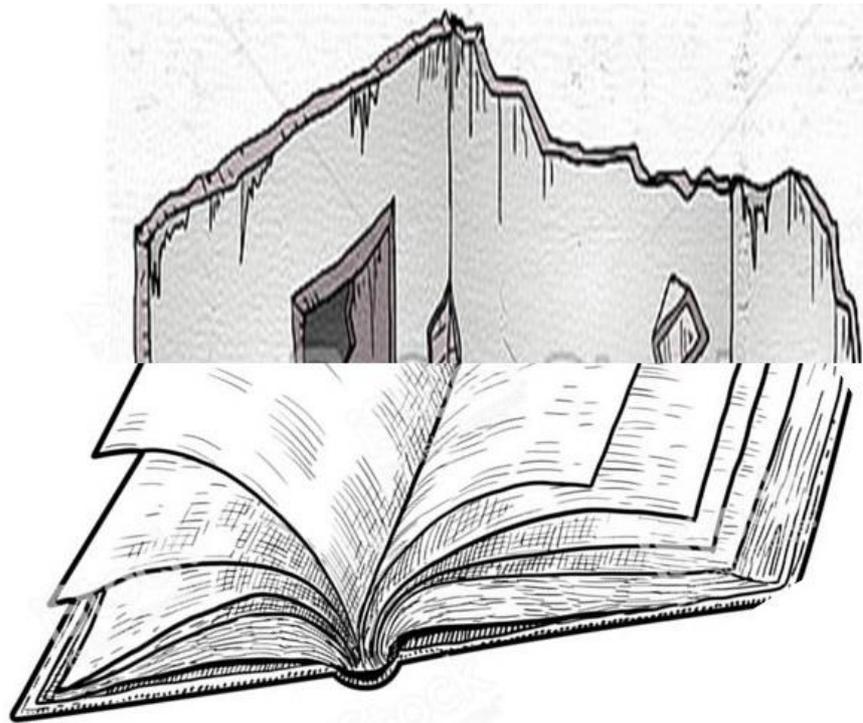
Hoy no he visto a la familia de al lado, aunque sí he escuchado a los niños. La mujer del otro lado de la calle ha vuelto a aparecer en su porche al mediodía. No he visto a la joven que dice el diario, ni al hombre que mencionaba páginas atrás. Ella sigue pasado ahí las horas, sentada, esperando.

El tobillo está mucho mejor, estoy seguro. De todas formas, tengo que marcharme ya, se me ha acabado la comida. Mañana tendré que partir.

Dejó de leer, estaba mareado y los párpados le pesaban, le picaban los ojos. No quería quedarse dormido durante la lectura, tenía que prepararse, esconderse, anotar lo sucedido, sobre todo lo de los perros y lo del inhalador. Cerró el diario y volvió a la habitación por cuya ventana había entrado, le pareció buena la idea de tener esa otra salida tan a mano. Sacó un bolígrafo de la mochila, quitó la almohada y la puso en su lugar. Luego se sentó allí, cruzando las piernas, con el diario en el regazo, el bolígrafo en una mano y la linterna en la otra. Fue pasando páginas hasta llegar a la treinta y seis, después había un hueco, como de páginas arrancadas. Primero probó el bolígrafo en una esquina, pintaba, después numeró la página, treinta y siete, y luego se puso a escribir.

37

Hoy ha sido un día



Se detuvo, con el bolígrafo a un palmo del papel, congelado en un gesto de confusión. Siguió escribiendo.

peligroso, me he encontrado

De nuevo se detuvo, esta vez soltó el bolígrafo. No era la misma letra, la del diario y la nota era estirada, enérgica, lo que él acababa de escribir era con letra redondeada y torpe. Volvió a la página anterior.

36

Hoy por la mañana, después de ver la nota y mientras estaba leyendo el diario, un hombre me ha sorprendido haciéndolo. Iba vestido con varias capas de ropa, y en la mano llevaba algo que no supe identificar. Forcejeó conmigo, trató de quitármelo, pero pude zafarme de él y salí corriendo. No me siguió por mucho tiempo, lo vi caer de rodillas y acercarse la mano a la boca. Seguí corriendo y lo perdí de vista.

He estado caminando durante horas, y estoy asustado. He vuelto a ver al hombre que me sorprendió por la mañana, creo que me sigue, no sé cómo ha podido hacerlo. He entrado en este lugar porque hace rato que no lo he visto, espero que en esta ocasión sí lo haya perdido de vista, quizá mañana tenga que tomar medidas.

Dejó de leer, con la mirada perdida en aquellas líneas, con la mente en otro lado, más allá. Respiró, respiró profundamente. Arrancó la página, la arrugó, la apretó hasta que ya no pudo hacerla más pequeña. Cogió una de las botellas de agua que había en la mochila, se tragó la bola de papel y dio un trago al agua para empujarla a través de su esófago. Luego volvió a guardar la botella, colocó la nota en la mano y el diario en el pecho. Apagó la linterna, la guardó en la mochila, se puso ésta como almohada, y se echó a dormir.

Manuel Mije

Manuel Mije (Sevilla, 1976). Desde su inclusión en el grupo de coordinadores de la sección literaria de la web Ociojoven.com, hace más de diez años, ha participado intensamente en actividades relacionadas con la literatura tanto de manera personal como a través de los colectivos Sevilla Escribe y el Círculo de Escritores Errantes, publicando relatos en las cinco antologías editadas entre ambos colectivos, colaborado en varias revistas, electrónicas e impresas, como autor, corrector o seleccionador, y también formando parte de numerosas antologías y calendarios oficiales. Actualmente, bajo el seudónimo de Doctor Perring, ejerce como maestro de ceremonias literario en el blog La consulta del doctor Perring (<https://laconsultadeldoctorperring.blogspot.com/>), en el que se publica una muestra de sus textos destacados y premiados en concursos, más otro material publicado en antologías, revistas, webs, fanzines y e-zines. También se pueden encontrar allí sus novelas por entregas, homenaje a los antiguos bolsilibros o "novelas de a duro", así como sagas de nueva creación y otro material reciente.

Andrómeda

Alfredo Moreno Godoy

Hogar. Hogar y familia. Eso es lo que todos buscamos, ¿no? Trató de contener la primera arcada al verse obligado a beber su propia orina, “el primer trago es el peor” decían pero no era cierto, trató de reprimir la siguiente nausea y mantener lo poco que había comido en su estómago pero no fue capaz y pronto se vio arrodillada entre estertores y convulsiones vomitando. Líquido, prácticamente solo había líquido en su estómago, salvo por uno de esos bollitos rellenos de chocolate que, al parecer, el tiempo no pasaba por ellos.

Se dejó caer sobre sus posaderas mientras restos de bilis y orina le resbalaban por la barbilla.

—Que puto asco, tengo que hacerme con algo de agua —Maldijo en voz alta, acto seguido se movió en cuclillas dentro de ese pequeño habitáculo, repleto de cables, teclados de ordenador inservibles y teléfonos móviles desmontados entre todo tipo de aparatos electrónicos fundidos. Parecía estar en el interior de una furgoneta de esas de siete plazas, el óxido y la herrumbre vestían las paredes amarillentas.

Abrió lo que parecía una claraboya y se deslizó, como una serpiente sibilina, por el estrecho conducto de ascenso fabricado con el material de los tubos de las campanas extractoras, una persona más corpulenta no hubiese podido arrastrarse por dicho conducto pero “Andrómeda”, como ella misma se había apodado, ya era delgada antes de que sucediese lo que sucedió y ahora con la falta de alimento y el constante ejercicio físico al que se veía sometida, la habían hecho perder algunos kilos de más. Llegó a otra claraboya, provista de cable de sedal, que desde el interior permitía mover unas chapas corredizas sobre el cristal dejándola lista para ser abierta y acceder al exterior.

Andrómeda se detuvo un momento y se ajustó la improvisada máscara de gas y digo improvisada porque se trataba de una máscara normal y corriente donde había acoplado una botella pequeña de plástico con cinta adhesiva y había utilizado filtros de aspiradora. La verdad que no tenía la menor idea si la hacía falta o no pero siempre se la ponía al salir al exterior, al igual que unas gafas de snowboard que había conseguido agenciarse en una tienda de ropa cuando empezaron los saqueos, no sabía lo útiles que le iban a ser cuando las cogió pero hoy

en día era de sus tesoros más preciados junto con la cadena que llevaba alrededor del torso, se trataba de la cadena de distribución de un camión y le había salvado la vida en más de una ocasión.

Respiró hondo a sabiendas de lo que podía encontrarse en el exterior y con gesto torvo, tras la máscara, salió, cerró la claraboya y se quedó acuclillada a su lado agarrando con ambas manos un tubo de acero que llevaba conectado a una bolsa con unos manguitos de coche que le quedaba bajo el brazo a modo de “gaita”, se trataba de una improvisada y rudimentaria “arma” que arrojaba harina para cegar a su rival y así poder escapar o bien tomar la iniciativa. Una vez había leído en internet que con harina se podía hacer un lanzallamas, al no conseguirlo se había quedado con esa arma que no le venía mal para escapar.

Tras unos segundos sin escuchar ningún ruido y observar su tan conocido alrededor pues estaba en el interior de una caravana que a su vez estaba en lo alto de una pila de vehículos desguazados, se acercó a la puerta lateral y se observó, antes de salir, en un roto y sucio espejo qué, ella misma, había optado por poner allí, y no, no se trataba de captotrofilia ni de ningún otro trastorno que tuviese que ver con el aspecto físico, se trataba de una técnica muy útil pues Andrómeda se observaba unos segundos siempre antes de salir para cerciorarse que llevaba todo lo necesario.

Observó su aspecto, a decir verdad nunca había sido excesivamente coqueta y había apostado más por la comodidad que por la elegancia pero verse de esa guisa era algo que aún y tras tres años de lo ocurrido la llamaba la atención. Llevaba un pantalón vaquero bastante gastado y roto por varios puntos pero no rotos de esos que estaban de moda, rotos por enganchones, cortes, persecuciones etc., los había “arreglado” con imperdibles y con la socorrida cinta adhesiva, llevaba unas rodilleras, de cuando patinaba, grapadas al pantalón, unas botas de diferentes pares remendadas con cinta y con clavos pegados con masilla en las punteras, cualquier zona del cuerpo podía ser un arma. En la parte de arriba llevaba una camiseta blanca, la única que le quedaba, rota por varios puntos, una cazadora vaquera muy gastada y un chaleco de pesca sobre todo el conjunto, varias riñoneras en la cintura y una mochila de montaña con muchos compartimentos.

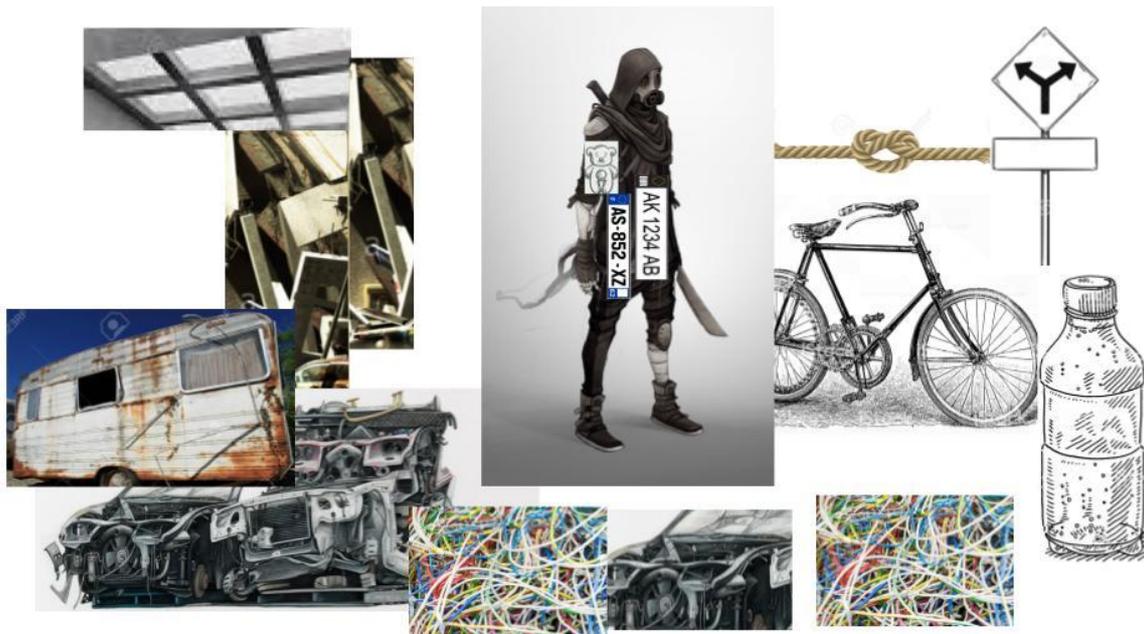
El pelo era un problema debido a la escasez de agua pero Andrómeda no había estado dispuesta a rapárselo aunque tampoco había tenido ocasión, a decir verdad, así que había optado por hacerse una trenza y envolverla con cintas de cuero, si quitásemos la capa de polvo que cubría su pelo seguramente fuese de un color castaño oscuro o incluso claro, su rostro se mostraba enrojecido en los pómulos, siempre estaba pelándose.

TerBi Nº 14 Asociación Vasca de CF, Fantasía y Terror

En el interior del chaleco de pescador se había “enganchado” unas matrículas de coche a modo de chaleco antibalas al igual que en las espinillas se había atado otras matrículas. Colgando por unos mosquetones y pequeñas cadenas de su cinturón pendía inerte un peluche sucio y taimado, una tortuga rosa cuyo único ojo izquierdo era grande y parecía estar triste, Andrómeda la tenía desde el principio.

Se dio el visto bueno a sí misma levantando el pulgar ante el espejo y abrió la puerta lentamente, el sol abrasador la saludó recordándola una vez más la sed que tenía y lo agrietados que tenía los labios, observó el dispar paraje desde lo alto de su atalaya de chatarra y metal, el árido paisaje de antiguos campos de cultivos se mostraba desolado, basura y metal campaban a sus anchas por donde mirase, ni una sola nube se veía en el horizonte.

Descendió por los montones de chatarra y una vez en tierra firme observó la brújula que llevaba a modo de reloj, hoy iría al nordeste. Desenterró de entre los escombros una bicicleta, una vieja Orbea morada ya bastante herrumbrosa de ruedas dispares y la ató un carro de un supermercado al sillín utilizando un palo de escoba para darle distancia, hoy tendría que intentar llegar algo más lejos que los días anteriores si la sed y el hambre se lo permitían, una cosa estaba clara, no podría estar demasiado tiempo en su escondrijo si no encontraba agua y comida.



Empezó la rutina de pedalear y pese a que era algo que llevaba haciendo mucho tiempo los muslos pronto comenzaron a molestarla y empezó a sudar, cosa que no quería. La otra opción hubiese sido salir de noche, pero tras lo sucedido no era seguro salir durante la noche y, en el caso de Andrómeda, con mayor razón ya que carecía de cualquier dispositivo que pudiese proporcionarle luz.

La rutina era sencilla, avanzaba durante algunos kilómetros y se subía al punto más alto que hubiese, si es que lo había, y buscaba con los prismáticos algo de utilidad, hacía tiempo que no tenía suerte.

Siguió pedaleando observando a su alrededor y deteniéndose cuando escuchaba algo, Andrómeda se mantenía alejada de las grandes ciudades y si aún importase donde se encontraba, estaría en algún punto entre Madrid y Castilla La Mancha. De pronto, un destello en la distancia captó su atención, ¿había sido provocado o simplemente un destello ocasionado por el sol? Ahí estaba otra vez. Andrómeda se bajó de la bicicleta tirándose al suelo y buscando en una de las riñoneras los prismáticos, se levantó las gafas mostrando sus pequeños ojos almendrados y oteó el horizonte. Nuevamente ese destello, le dio a la “ruedecita” que acercaba la lente del prismático y se quedó sorprendida de lo que vio. Había una persona atada a una antigua señal de tráfico, ¿era un ceda? ¡! ¡Joder! no había tenido tiempo de sacarse el carnet de conducir, otra persona estaba delante de la primera registrando unas mochilas, entonces lo vio. Agua, el dulce néctar de la vida, tan preciado y escaso, una enorme y sucia botella de plástico de dos litros, de esas azules oscuras, no pudo evitar pasarse la lengua por los agrietados labios. La persona que estaba atada al poste, tenía algo en la mano y desde el lateral derecho, que era desde donde Andrómeda veía la situación, lo movía tratando de hacer señales visuales.

Cogió a la tortuga rosa y la sentó a su lado.

—¿Qué hacemos Pink?—.Hizo una pausa sin perder de vista lo que estaba sucediendo en la señal de tráfico.

—Ya sé que nos vendría muy bien el agua, pero son dos personas, ya...ya lo sé joder se que una está atada pero aun así ¿has visto el tamaño de ese tío?

—¿Estás loca, como voy a dejar que vayas tu a por él?, no hace falta que te hagas la heroína—.

—¡Pues claro que iré yo! Tú vigila mi espalda como siempre—. Exclamó devolviendo a Pink a su sitio.

Empezó a acercarse lo más sigilosa que pudo, se ocultaba entre árboles muertos y chasis de vehículos, “joder espero que no se beba toda el agua” pensaba mientras iba ganando distancia y mediante más se acercaba se iba dando cuenta que el hombre, que tenía atado a la otra persona en la señal de ¿ceda?... Si, era un ceda seguro, era muy alto y corpulento ¿Cómo podía estar tan en forma con el hambre que se pasaba? Se escondió a escasos cinco metros detrás de unas ruedas apiladas y agarró la cadena.

—Más vale que caiga pronto Pink—.Susurró buscando con mano experta por otra de sus riñoneras, una de rayas moradas y blancas con temas políticos escritos, de cuando importaba

la política, cogió dos timbres de bicicletas se asomó para observar a su futura víctima y los lanzó en la dirección opuesta a la que aparecería ella.

Cuando los timbres chocaron en el suelo emitieron un agudo ruido que hizo que el corpulento hombre se pudiese en pie rápidamente con algo parecido a una cachiporra en las manos, Andrómeda ya salía de su escondrijo girando la cadena en el aire y para cuando el gigantón quiso darse cuenta, la cadena ya le impactaba con fuerza en la cara saltándole varios dientes por el impacto y partiendo en dos unas rayadas gafas de sol, incrustando fragmentos de cristal en los ojos de su rival y víctima, el hombre cayó al suelo con un pesado y sordo ruido pero si algo había aprendido Andrómeda de la nueva situación que la tocaba vivir era que, siempre debía rematar. Alzó nuevamente la cadena y la estrelló una y dos veces más en el cráneo del grandullón hasta que la sangre y fragmentos de cráneo surcaron el arenoso suelo formando un barro rojizo más parecido a arcilla.

—Siete Pink, siete.

Cogió la mochila y para su asombro y suerte el enorme “machote” no había bebido nada de la botella así que no tardó en saciar su sed arrodillada en el suelo hasta que reparó en la silueta que la observaba atada a la señal, “si era un ceda el paso, joder lo sabía”

Se trataba de una mujer pero a diferencia de ella si había optado por raparse la cabeza, llevaba varias camisas rotas y gastadas, unos pantalones multibolsillos de estilo militar, aunque seguramente fuesen de alguna tienda de uniformes y unas deportivas dispares bastante trotadas.

Estaba amordazada y sangraba por la sien izquierda, tenía los ojos muy abiertos y mientras pataleaba parecía mirar a espaldas de Andrómeda.

—¡Joder Pink tenías que vigilar!—.exclamó girándose en redondo para ver como otros dos hombres corrían hacía ella por el agrietado asfalto prácticamente cubierto de tierra.

Cogió la mochila y comenzó a correr pero al rebasar la señal se detuvo en seco.

—¡No podemos llevarla Pink!; Joder que nos van a coger!

—¡Esta bien puta tortuga samaritana!—. Se agachó a espaldas de la mujer y comenzó a deshacer el nudo, había utilizado cuerda de tender.

—¡Claro que se lo que la harán! ¿Acaso no sabes tú lo que nos harán a nosotras si nos pillan con ella?

La mujer ya podía sentir nuevamente la sangre circular por las manos y no tardó en estar completamente libre, se quitó la mordaza y se puso en pie mientras Andrómeda apretaba con fuerza su “soplador de harina” y creaba una molesta niebla.

—¡Corre! —La dijo agarrándola la mano y tirando de ella, la mujer siguió los pasos de la rauda Andrómeda la cual seguía apretando su soplador de harina como si fuese un fuelle y esparciendo harina por el aire.

Tras una alocada carrera de por lo menos quince minutos o eso le pareció a Andrómeda que se había detenido a recuperar algo de aire tras realizar varios cambios de sentido para que sus perseguidores no pudiesen intuir su dirección con facilidad.

—Muchas gracias —Agradeció la mujer mirando a la joven que tenía ante sí.

—Me has salvado de sufrir un destino peor que la muerte—.

—Peor que la muerte dice, ¿Qué te parece Pink? Eso capullos te hubiesen violado de las maneras más brutales que puedas imaginar y te hubiesen ido comiendo poco a poco hasta que no hubieses sido más que una entropierna para ellos, después seguramente dos de los tres se hubiesen liado a golpes para ver quien se comería tu último bocado, pero bueno, ya estarías muerta—.Se encogió de hombros y empezó a caminar.

La mujer se quedó en silencio un par de segundos y empezó a andar tras la joven.

—¿Cómo te llamas? ¿Estás sola? ¿No eres muy joven para andar sola por ahí? —

Andrómeda se giró lentamente.

—No te interesa, no estoy sola y ¿con quién iba a andar mejor que sola? Y...—hizo una larga pausa observando a la mujer, ¿Cómo era posible que ese tipo de persona hubiese sobrevivido?

—Bien, empezaré yo. Me llamo Elena Cointro y... —Andrómeda alzó una mano pidiéndola silencio.

—Mira Elena, ¿Elena verdad?, No me importa quién eres, ni que hacías aquí, no vamos a ser amigas, te he salvado porque esta patética tortuga rosa me lo ha pedido.

—¡Si!, patética, cuando quieres lo eres Pink. —Dirigió la mirada al peluche.

—Sólo me interesa el botín que he conseguido y que me quedo como recompensa por salvar a la damisela en apuros, así que gracias, ciao ciao, arrivederci bye bye y que te pires—

Sacó la botella de agua y dio un pequeño sorbo, se enjuagó la boca, hizo unas gárgaras y se tragó el agua.

—Pronto se te acabará —Dijo Elena—. Yo sé donde hay más.

Andrómeda se pasó la lengua por los dientes y se levantó las gafas a la altura de la frente mirando inquisitivamente con sus profundos ojos almendrados a Elena.

—Es mentira, no hay más.

—Claro que si, vayámonos a algunos sitio seguro y te contaré donde encontrar más agua, yo soy...—Rectificó—. Bueno era científica y se muchas cosas.

Andrómeda miró pausadamente a la mujer que tenía ante sí, ¿sería posible? Entrecerró los ojos de manera exagerada arrugando la nariz.

—Como me mientas vas a probar mi cadena ¿eh?, te aviso, así que nada de trucos—.

—Tienes mi palabra...niña.

—¿Niña? Llámame Andrómeda.

Ambas reanudaron la marcha con cautela para evitar ser vistas nuevamente por esa calaña y cuando llegaron al refugio de Andrómeda, Elena no ocultó su asombro al ver lo bien organizado que tenía todo la joven. Pese a la falta de espacio en la furgoneta, ambas pudieron acomodarse sintiendo bastante alivio al estar en un lugar seguro y controlado, Andrómeda dejó parte de su equipo a un lado y guardó en diferentes lugares las escasas reservas que llevaba Elena en la mochila, encontró una barrita energética y los ojos la centellearon.

—¿Cuánto llevas sin comer?—.Preguntó Elena viendo como su salvadora se comía la barrita energética de dos bocados y que apenas masticaba antes de tragársela.

Balbuceó algo incomprensible y acto seguido se ayudó a tragar con un poco de agua.

—Comí un bollo ayer, pero lo vomité esta mañana—. Se encogió de hombros.

—No está la situación como para vomitar lo poco que se come.

Andrómeda se quedó mirando a Elena fijamente mientras terminaba de saborear los restos de barrita que le quedaba en la boca.

—Perdón, antes de todo esto tenía una hija y...—Andrómeda levantó la mano pidiendo clamando silencio.

—Elena no te confundas, no soy tu hija y lo siento pero todos hemos perdido a alguien, así que vamos a evitar momentos tiernos, esto no es una fiesta de pijamas así que ya puedes empezar a contarme, ¿Qué sabes del agua?—.

Elena asintió consciente de lo que Andrómeda decía.

—Se donde hay más agua, comida y un refugio donde poder empezar—.

Andrómeda arqueó una ceja en un claro gesto de incredulidad.

—Te digo la verdad Andrómeda, deja que me explique—.Miró a los ojos a la chica mientras ésta cogía algo que en su día había sido una toallita húmeda, ahora completamente seca, y se limpiaba el polvo de la cara.

—Continúa, va a anochecer y no soy tan miserable para dejarte fuera, tienes esta noche para convencerme y si no es así por la mañana te irás sin ocasionar ningún problema, ¿estamos? A Pink y a mí no nos gustan los trucos ni las gilipolleces—. Elena asintió quitándose un par de las camisas que llevaba puestas, Andrómeda la ofreció un tapón de agua, Elena se lo bebió y se aclaró la garganta.

—Nosotros sabíamos que esto iba a pasar, lo habíamos predicho desde hacía algunos años pero nadie nos escuchaba, a todo el mundo le daba igual, grandes o pequeñas naciones, Europa... daba igual donde recurriésemos que siempre era lo mismo, nos despechaban con bonitas palabras y promesas de un dinero para futuras investigaciones que nunca llegaban. Así que recurrimos a diferentes inversores que nos pudiesen ayudar a poner un plan B en marcha.

—Espera, para, para, para—. Interrumpió Andrómeda—. Me estás diciendo que ya sabíais lo que iba a pasar, y bueno ya que estamos ¿Qué coño pasó en realidad?.

—Todo empezó con las abejas, Andrómeda, ¿sabías que el 90% de los alimentos que daban de comer al mundo provenían de unos 100 campos de cultivo polinizados en su gran mayoría por abejas? Y no solo las abejas Andrómeda, los insectos en general, todo empezó con ellos. Pudimos ver la extinción de los grandes animales como el oso polar por ejemplo, jirafas y animales de gran tamaño que son más fáciles de datar, pero la población de insectos era diecisiete veces mayor que la de los humanos.

—Joder no sabía que los bichos eran tan importantes, cuantas moscas y mosquitos me cepillaría en su día...cuando las había claro—. Se quitó las botas y las matrículas que usaba como espinilleras.

—Son el alimento principal de aves, anfibios y peces y los encargados de polinizar entre otras cosas. Pero nadie nos hizo caso, nosotros auguramos la sexta extinción masiva y nos recibimos más que largas y burlas, los pesticidas, las grandes autopistas...existían un sinfín de causas para su desaparición, seguro que recuerdas haber viajado de niña y ver a tu padre cada dos por tres tener que limpiar la luna del coche porque estaba llena de mosquitos—. Andrómeda asintió—. ¿Puedes recordar tu último viaje en coche? Seguro que ya no teníais que limpiar tantos bichos del cristal—. Hizo una pausa observando cómo sus palabras iban calando en Andrómeda, era joven y quizás algo hosca pero no era tonta.

—Pero con la ayuda de inversores externos y privados, futbolistas, actores y actrices, gente bien posicionada y de dinero empezamos nuestro plan B, lo que denominaríamos “El arca”.

—Habéis guardado dos bichos de cada especie en un barco a la espera de que esto pasase y ahora vais a liberarlo—. Se burló en tono jocoso.

—No, pero creamos unas instalaciones secretas donde guardamos semillas, cadenas de ADN y todo lo necesario para la restauración del mundo, es como una gran ciudad, Andrómeda, agua potable, comida y todo lo necesario para empezar.

—¿Y qué pasó? Es decir ¿Por qué no estás allí salvando el puto mundo?.

—Porque calculamos mal la fecha del inicio y del final, cuando todo empezó a irse a pique las grandes naciones empezaron a atacar a otras para robarles suministros, Naciones Unidas no

daba abasto y bueno, como siempre, la humanidad hizo lo que mejor sabe hacer, la guerra, y si ya había poco arrasamos lo poco que quedaba...—.Se llevó la mano a un colgante sencillo, una cuerda fina de esparto y lo que parecía un USB.

—Las guerras nos pillaron, los saqueos y la barbarie humana, esta es la llave para poder acceder a dicho sitio—.Dio un par de toques con el índice al USB.

—¿Entonces no has estado allí recientemente? ¿Cómo sabes que sigue en pie y que no fue encontrado o dinamitado o yo que sé?, me prometes un agua que no sabes si sigue estando y unos víveres que pueden haber desaparecido, ¡joder! me cuesta creer que alguien invirtiese en montar algo de lo que cuentas en este país—. Andrómeda cogió un teclado de ordenador que tenía cerca claramente enfurruñada y empezó a teclear como si tuviese algún tipo de diario imaginario.

—Por eso mismo, Andrómeda, se decidió que se hiciese en este país, porque nadie apuesta nunca nada por él, así que por eso y por otras tantas medidas que se tomaron “El arca” estaría a salvo. Sé que sigue en funcionamiento, es más, es posible que algunos de mis compañeros hayan empezado con el plan B—. Se quedó mirando a Andrómeda, pese a que no se parecía en nada a su hija, no podía dejar de verla reflejada en la joven y tosca superviviente.

—Vayamos juntas, Andrómeda, tú eres fuerte y yo tengo la llave y la información—.

La joven cogió a Pink en brazos y se quedó mirando su enorme ojo triste.

—Está cerca de aquí, ¿recuerdas la central nuclear abandonada que estaba camino a Guadalajara? Desde allí podremos acceder.

Andrómeda se quedó observando unos segundos más a su peluche en completo silencio, no estaba habituada a tener alguien con quien hablar, desde el inicio del final había estado sola en este nuevo mundo, inspirándose en películas como Mad Max, o Resident Evil para sobrevivir a lo acontecido, escuchar otra voz la levantaba dolor de cabeza y más teniendo en cuenta la cantidad de información que estaba recibiendo.

—¿Habrá tortugas? Pink quiere saber si las habrá—.

Elena mostró una cálida sonrisa en la que se acentuaron las arrugas de su rostro.

—Claro que las habrá.

—Bueno, durmamos algo y por la mañana tendrás una respuesta, a estas horas ya no me carbura muy bien la cabeza ¿sabes? Antes de todo esto tenía que dormir unas diez horas al día para ser persona—. Se acurrucó en un pequeño rincón de la furgoneta de siete plazas y le lanzó un par de mantas a Elena.

—Abrígate, la temperatura baja mucho por la noche—.

Elena asintió, no quería agobiar más a su joven salvadora aunque necesitaba una respuesta, esperaba que fuese positiva y así poder iniciar el viaje con ella, ya estaban cerca y esa joven necesitaba un lugar mejor donde vivir su vida porque algún día no tendría suerte o se le agotarían los trucos y acabaría en las manos de esos capullos moradores de la chatarra.

Se quitó las zapatillas y se arropó con las mantas para acto seguido entrar en un reparador sueño repleto de esperanza.

Un ruido despertó a Andrómeda, ¿Qué podía ser? Había escuchado como si algo metálico fuese arrastrado, se quedó quieta incorporada conteniendo la respiración mientras escuchaba como Elena respiraba profundamente en un apacible sueño. Otra vez ese ruido, esta vez mucho más cercano, parecía que alguien estaba intentado acceder a la caravana desde el único acceso, se calzó rápidamente las dispareas botas y despertó a Elena llevándose un dedo a los labios acusando silencio, la mujer no rechistó y recogió sus pertenencias.

Algo golpeó el techo de la caravana, ¿era imposible que pudiesen entrar? Otro golpe y otro más, quien o quienes fuesen estaban arrojando cosas por el tubo.

—¿Qué hacemos?—.Susurró Elena ayudando a Andrómeda a terminar de equiparse, la menuda muchacha se giró agarrando a Elena por el cuello, en concreto de la nuez.

—¿Me has tendido una trampa, son amigos tuyos, quieres quitarme mi refugio y mis cosas?—. Elena no hizo ademán por defenderse simplemente alzó las manos sintiendo como el aire empezaba a faltarle, los ojos vidriosos mirando fijamente a Andrómeda hicieron que la joven soltase su firme presa.

Elena negó con la cabeza.

—No sé quién puede ser—.Carraspeó con la voz entrecortada.

—Lo siento, cuando me pongo nerviosa no pienso con claridad, serán esos malditos moradores, tendrán algún rastreador con ellos—.

Elena le quitó importancia con un cabeceo al enfado de Andrómeda.

Otro golpe más en el techo y como si algo hiciese ventosa contra la compuerta.

—No me jodas la van a arrancar ¡vámonos!—.Andrómeda empezó a apartar cosas del suelo de un lugar específico hasta que, bajo escombros de ordenadores y chatarra inservible, halló otra claraboya y la abrió, apremió a Elena para que se introdujese mientras miraba el techo observando como la pequeña claraboya comenzaba a abombarse.

—¡Vamos, vamos!

Bajó tras Elena y cerró atascando desde dentro la claraboya de emergencia, estaban acuclilladas sobre el capot de un coche antiguo y oxidado, Andrómeda se contorsionó y se

adentró por la ventanilla arrastrándose por el interior hasta la ventana trasera donde siguió arrastrándose seguida de Elena en busca de la salida de emergencia. Andrómeda había dedicado mucho tiempo a la seguridad — se maravilló Elena —que mente tan audaz.

Siguieron escuchando cada vez más golpes en el refugio y de pronto algo parecido a una detonación, Andrómeda miró hacia atrás tratando de vislumbrar algo en la opaca oscuridad, Elena se detuvo al sentir las piernas de la joven.

—¿Qué pasa?

—Han entrado, no sé cómo ni que han utilizado pero han entrado—.Se tomó unos segundos para despedirse en silencio del que había sido su refugio y continuando arrastrándose entre vehículos como un ofidio, valiéndose de las manos para encontrar su camino que, por suerte, había marcado hacía tiempo con pegatinas luminosas de esas que se usaban para decorar los techos de las habitaciones infantiles.

Otra explosión acompañada de un terrible movimiento sísmico que hizo vibrar los vehículos y hacer que los más cercanos a la explosión se moviesen un poco.

—Joder, ¡Corre!—.Exclamó mientras trataba de avanzar más rápido y sentía como se laceraba la chaqueta y los brazos con afiladas aristas de chatarra.

Y empezó lo que Andrómeda se temía, un apoteósico efecto dominó, unos coches golpeaban a otros y la chatarra comenzaba a desplazarse. Elena ahogó un grito cuando sintió como todo comenzaba a moverse bajo sus cuerpos, ¡iban a morir sepultadas bajo toneladas de escombros!

Entonces sintieron como algunos de los vehículos que estaban sobre ellas se precipitaban al vacío, el ruido metálico que hacían al estrellarse contra el suelo era fácilmente reconocible. Andrómeda sabía que no podían seguir por el camino que ella había trazado, estaba diseñado para otro tipo de emergencia no para un desplome, así que con agilidad felina pese a estar a ciegas empezó a introducirse entre pequeñas oquedades tirando de Elena la cual trataba de mantener el ritmo tras la joven.

Andrómeda se deslizó por el capot de un coche introduciéndose por una oquedad, tiraba de las piernas de Elena para que esta no se perdiese en ese laberinto de Creta construido entre basura y chatarra, Elena fue arrastrada por el tirón de Andrómeda justo cuando un grupo de chatarra suelta caía donde segundos antes había estado ella atravesando el metal. Andrómeda se golpeó con fuerza las piernas al caer desde algo más de dos metros, esas cuevas naturales eran muy normales en esas agrupaciones de chatarra, ya que se trataban de escombros arrojados de cualquier modo, no apilados, como hubiesen hecho en un desguace o algún lugar algo más

decoroso, este método había sido otra gran idea del gobierno que ostentaba el poder en aquel momento, verter la basura a escasos kilómetros de las grandes ciudades.

Acuclillada tanteó con las manos tratando de hallar otro camino mientras tornillos, chapas, matrículas y demás menesteres mecánicos caían a la natural y férrea cueva, entonces a su espalda se encendió una luz, Elena tenía una pequeña linterna que funcionaba con una palanca para cargarla.

—¡Porque no la has sacado antes! —Protestó Andrómeda casi arrebatándosela de las manos para, de un rápido vistazo, iluminar la oscuridad, no tardó en encontrar unos estrechos recovecos por lo que esperaba pudiesen salir, se abalanzó sin pensarlo seguida por Elena cuando la cueva natural quedó plenamente sepultada, se arrastraron escasos metros hasta que Andrómeda sintió algo metálico bajo su cuerpo.

La sonata de chatarra precipitándose desde la altura y siendo aplastada no dejaba de sonar, líquido de frenos y aceite se encargaban de desplazar aún más los vehículos y la chatarra acumulada.

Elena trató de empujar a Andrómeda, la cual se había detenido en la mitad del camino, la joven se contorsionó como una serpiente constrictora y consiguió introducir los dedos en una pequeña apertura circular, algo la golpeó la espalda con fuerza, el hueco estaba cediendo. Con un grito de rabia y coraje a partes iguales consiguió levantar la “tapa” lo justo para poder meter por completo su otra mano.

—¡Entra! —Gritó a Elena con el rostro contraído por el enorme esfuerzo que estaba haciendo, la mujer se arrastró como pudo pasando por encima de Andrómeda para poder introducirse en lo que antaño hubiese sido una alcantarilla, Elena sostuvo la tapa como pudo desde las escaleras de mano mientras el estrecho desfiladero de rebabas y puntas lacerantes trataba de engullir a la heroica chica. Con otro grito que la infundó fuerzas, se metió de cabeza por la alcantarilla golpeando a Elena y cayendo ambas a la oscuridad, instantes después el hueco que habían ocupado aprisionaba la tapa de la alcantarilla. Ambas se precipitaron al abismo de oscuridad con la sensación de que ese sería su final.

Elena abre los ojos, aturdida y dolorida trata de otear la oscuridad mientras palpa el hediondo habitáculo en el que se encuentra, localiza la linterna y empieza a activar la dínamo y entre parpadeos fugaces observa a Andrómeda sobre ella, sangrando por un lado de la cabeza y con una pierna enganchada en las escaleras de mano, cuelga inerte. Elena se levanta sintiendo un frío y recurrente dolor en la espalda, trata de despertar a la joven que no tarda en abrir los ojos y agitarse frenéticamente como si reviviese la caída.

—¿Estás bien Andrómeda? —La joven no respondió y observó su situación, siente un terrible dolor de cabeza y es capaz de notar la sangre impregnándola el pelo. Nota un agudo dolor en la pierna atrapada pero aun así consigue plegarse sobre si misma hasta agarrarse con las manos a la escalera de mano y zafar su extremidad. Elena observa algo impotente la escena hasta que decide ayudar a la hosca joven a apoyarse en el suelo. Andrómeda trató de calcular el tiempo que habían estado sin sentido, pero no tenía modo alguno de hacerlo. Elena iluminó el camino que se abría ante ellas, plásticos por doquier que tapaban por completo lo que antes había sido el canal para aguas residuales, los plásticos se habían amontonado de tal modo que por lo menos habían levantado el suelo del alcantarillado un metro, por suerte eso les había servido para caer desde menos altura. Esqueletos de animales atrapados en los montones de plásticos decoraban el funesto desfiladero, la pena embriagó a Elena. Andrómeda se mostró un tanto hosca al no encontrar su máscara e improvisó una con un trozo de manga. ¿Serviría?

—Pobres ratas, nosotros hicimos que se convirtiesen en ese bicho de alcantarilla y ni tan siquiera ellas pudieron sobrevivir a esto—.

—Somos el virus del planeta y encima hemos sobrevivido, menuda mierda—.Se quejó Andrómeda a modo de respuesta.

—Pero aún tenemos esperanzas Andrómeda, podemos hacer un mundo mejor—.

—Gilipollices Elena, imagina por un momento que conseguimos llegar a ese sitio...El Arca ¿no? Y joder todo sale bien y se salva el planeta y todo eso, volveríamos a cargárnoslo, la solución para este planeta es nuestra extinción—. Andrómeda trepó por una escalera de mano y empujó para abrir la tapa de la alcantarilla, algo debía tener encima que no se movía ni un ápice, volvió a bajar negando con la cabeza y prosiguieron el camino.

Elena se detuvo para cargar la linterna con la dinamo.

—Entiendo que seas tan fatalista, después de la destrucción, las guerras, en fin, después de todo lo que nos ha tocado vivir entiendo que no creas que podemos convertirnos en una raza civilizada, en una especie que viva en armonía con su entorno y de manera sostenible—
Mientras exista el dinero y demos poder a determinadas personas nunca viviremos en armonía con el mundo.

—¿Por qué me acompañas si no crees en el arca?

¿Qué por qué te acompaño? Joder Elena, mi casa se ha ido a la mierda, alguien ha tratado de entrar y no he podido ver quien cojones era y para colmo estamos bajo tierra y creo que es de noche, te acompaño porque crea o no en la labor de arca necesito agua, comida y un lugar donde vivir y si en ese sitio puedo ducharme y no me tengo que beber mi propia orina allí me quedaré y trataré de llevar una vida algo más digna...pero no me intentes convencer de salvar

al mundo y a la humanidad, somos mierda pura—. Siguieron caminando hasta encontrar otra escalera de mano, ambas en silencio, esta vez fue Elena la que subió y empujó la tapa con más éxito que Andrómeda, la retiró con cuidado y sacó un poco la cabeza observando alrededor. Parecía despejado, pero siempre parecía despejado. Corrió la tapa tratando de hacer el menor ruido posible y aun así fue mucho ruido el que causó y salió al exterior de un cielo carente de estrellas, estrechó la mano a Andrómeda y la ayudó a salir, hacía bastante frío aunque no corría nada de aire. Andrómeda oteó el horizonte en la dirección en la que debía estar su refugio, no fue capaz de vislumbrar nada bajo el amparo de la noche.

Iniciaron el camino, no sin tomar ciertas precauciones, Andrómeda empuñó uno de los extremos de la cadena de camión y cada pocos pasos se detenía ojo avizor, Elena no tenía nada con lo que poder defenderse si llegado el momento hacía falta, esperaba que no llegase el caso.

Tras un par de horas de arduo caminar y sentir como el frío se adentraba en su ser, el cielo se tiñó de rojo, el sol amenazaba con volver a su posición.

—Al menos entraremos en calor—. Observó Elena con los labios morados de frío.

Andrómeda se quitó la máscara tirándola a un lado con desgana, de pronto, el silencio se rompió desvelando una letanía ya olvidada por ambas, se trataba de un sonido estridente y mecánico como el que hacían las motos de antes y entonces lo vieron recortado sobre el horizonte en lo alto de una loma, una moto y un coche, de esos que apenas tienen chasis, un buggy.

—¡Joder, corre! —Gritó Andrómeda seguida en su frenética carrera por Elena, los dueños de los vehículos iniciaron la persecución entre gritos y bramidos ilegibles por la distancia y el ruido pero mediante iban recortando distancia las amenazas eran claras, iban a violarlas, alimentarse de ellas y seguir violándolas mientras siguiesen vivas. Malditos hombres, hasta en ese tipo de situaciones sucumbían a lo peor de ellos mismos.

La moto pasó sobre ellas saltando y tratando de golpearlas con la rueda trasera pero ambas se agacharon justo a tiempo viendo el aterrizaje del destartado vehículo decorado con pelo humano en los puños, piel e incluso un cráneo donde debería ir el foco, el ser, porque no podría llamarse de otro modo, apenas tapaba su cuerpo con jirones de ropa, pero si había decidido utilizar rostros humanos para coserse algo parecido a una camiseta sin mangas dantesca. Andrómeda maldijo, no quería formar parte de esa fatídica línea de ropa o por lo menos no quería que les fuese fácil confeccionársela.

El buggy aún no se veía por ninguna parte pero podían escuchar el escandaloso motor. El jinete motorizado volvió a la carga ahora blandiendo en la diestra algo parecido a un hacha

confeccionada en piedra y un fémur, saltó nuevamente por una duna natural tratando de asestar un golpe mortal a Elena y lo hubiese conseguido de no ser porque una cadena le golpeó con fuerza en el cuerpo haciendo que perdiese el equilibrio y cayese al suelo quedando atrapado bajo la moto por el impacto. Acto seguido apareció el Buggy saltando desde otra duna y derrapando delante de las dos mujeres, dos hombres se apearon empuñando improvisadas armas fabricadas con huesos, trozos de metal y cualquier cosa que sirviese para lacerar y cortar, el más alto de los dos llevaba algo parecido a un abrigo sin mangas repleto de costuras y del que colgaban huesos, dedos y orejas humanas, tenía una autentica máscara de gas y corrió hacia Elena, la cual trató de escapar mientras las lágrimas la inundaban los ojos, la agarró del cuello y la arrojó al suelo con tal fuerza que Andrómeda pensaba que la había partido el cuello, pero no podía hacer nada por su compañera de viaje ella también tenía problemas.



Trató de alcanzar a su rival con un par de ataques de la cadena pero el caníbal consiguió esquivarlos, éste solo llevaba una larga falda y unas botas militares muy gastadas, tenía la piel seca y dañada del sol. Atacó a Andrómeda con su arma improvisada pero la joven consiguió esquivar y bloquear otro de los ataques con las matrículas que llevaba en el brazo, aunque notó como se la dormía el brazo.

Elena se puso en pie mientras el coloso se cernía sobre ella, la mujer nada versada en las artes de la guerra consiguió estrellarle un puñetazo en el rostro pero solo consiguió arrancarle una sádica sonrisa de dientes podridos y negras encías. El enorme varón la golpeó con el envés de la mano en plena cara haciéndola caer al suelo, Elena sintió como todo su mundo se

ralentizaba, sintió el sabor de la sangre en su boca y antes de darse cuenta estaba pugnando por quitarse de encima a ese maldito bárbaro.

Andrómeda tampoco estaba teniendo suerte, el quemado la había conseguido derribar de una fuerte patada en el pecho y la estaba propinando un desmedido castigo a base de patadas por todo el cuerpo, la intrépida joven recibió una fuerte patada en un ojo perdiendo momentáneamente la visión del mismo, otra patada en el estómago la hizo estremecerse mientras perdía todo el aire de los pulmones, entonces sintió y olió a ese fétido ser tumbarse sobre ella y tratar de arrancarla el pantalón con fuerte tirones, con increíble sangre fría Andrómeda dejó de resistirse fingiendo haber perdido el sentido a causa de los golpes y mientras el nauseabundo hombre se debatía por desnudarla Andrómeda sacó de la bota su arma secreta, un largo tornillo al que le había “fabricado” un improvisado mango, lo agarró con fuerza dejando que el hombre la separase los muslos y se levantase su propia falda para acto seguido incorporarse como una exhalación y atravesarle el pómulo con el tornillo, lo extrajo desgarrando hacía un lado y lo apuñaló otra vez más ahora atravesándole un lado del labio y una tercera vez consiguiendo acertarle en el ojo para acto seguido con un grito de júbilo abalanzarse sobre él para atravesarle ese maldito y primitivo cerebro.

Elena escuchó gritar a Andrómeda, debía estar sufriendo el mismo fatídico destino que ella misma, ella no había sido capaz de resistir lo suficiente y el fornido hombre estaba a punto de conseguir su vil objetivo, ya no la quedaban fuerzas para seguir combatiendo, ya no podía resistir más golpes, trató que su mente se alejase, tendría su cuerpo pero nunca su alma, aunque el horrible momento nunca llegó, Elena abrió los ojos enjugándose las lágrimas y vio a Andrómeda tratando de asfixiar al hombre con la cadena, pero este se debatía, Andrómeda estaba tirada en el suelo abrazando al hombre con las piernas y con la cadena alrededor del cuello pero este era capaz de asestarla tremendos codazos que la hacían temblar y no conseguir una férrea presa.

Entonces Elena ausente y con la ropa casi arrancada se arrastró por encima del demoniaco hombre y le clavó los pulgares en los ojos mientras gritaba, lloraba y reía en estado de shock, el hombre gritó de dolor y consiguió quitarse a Elena de encima pero esa ayuda era la que necesitaba Andrómeda para afianzar su presa, arquear las caderas y conseguir asfixiar a ese hediendo ser.

Ninguna de las dos habló en lo que les requisaban las pertenencias y remataban con increíble sangre fría al de la moto, se montaron en el buggy y en el más absoluto silencio siguieron su trayectoria. Elena la guió hasta la misma puerta secreta del arca, al ir en el coche no tuvieron que entrar por la antigua central nuclear para evitar a la gente, un bunker emergió

de la tierra con su llegada, ambas dejaron atrás el coche y los pesares cuando se montaron en el mismo y se adentraron en el ascensor en el que Elena insertó esa especie de USB, giraron 180 grados y mientras descendían se abrió ante ellas un enorme ventanal que las permitía ver el descenso. Andrómeda se sorprendió cuando se percató del tamaño de la base, el ascensor se detuvo y las puertas se abrieron mostrando un camino de luz antinatural pero muy cálida, habían conseguido plantar árboles a los lados del camino y Andrómeda casi no fue capaz de contener las lágrimas. Llegaron a una sala circular que hacía de recibidor, todo perfectamente diseñado con luz artificial, muebles blancos y puertas corredizas.

—Es increíble—.Se sorprendió a si misma Andrómeda al haberse expresado en voz alta mientras miraba a todas partes observando la vida.

—Lo es, aquí hemos conseguido controlar el crecimiento de árboles, plantas, tenemos huertos y agua potable—. Elena caminaba orgullosa hasta una mesa circular de la que extrajo un teclado y comenzó a teclear códigos en una pantalla holográfica.

Andrómeda estaba absorta.

—Todo sigue su curso aquí—. Las puertas se cerraron para que se abriese otra. —.Todo avanza y crece, todo germina y florece, llevamos una estricta dieta a base de fruta, verdura, cereales...pensamos repoblar el mundo de animales pero la superficie aun debe ser limpiada.

Entonces Andrómeda se quedó mirando fijamente a Elena.

—¿No me habías dicho que no habías estado aquí desde que todo empezó? —Preguntó extrañada pero aun así maravillada por lo que sus ojos veían, vida, el renacer de la naturaleza.

—Si Andrómeda, pero te mentí—.Elena activo unos comandos y una puerta opuesta a la entrada se abrió dejando pasar a ocho personas, hombres y mujeres por igual con edades comprendidas entre los 45 y 50 años.

Andrómeda retrocedió un paso cogiendo su cadena con ambas manos.

—Todo germina y crece, menos nosotros y sin nosotros no hay mundo Andrómeda, necesitamos mujeres jóvenes que puedan dar a luz a niños sanos y fuertes y así poderles enseñar como amar este nuevo mundo—.

—¡No! —Gritó Andrómeda estrellando la cadena en el rostro de uno de los “celadores” y de un segundo, mordiendo y dando patadas, golpeando con sus puños hasta que finalmente hasta la brava y luchadora Andrómeda se vio reducida, tumbada en el suelo y uno de los celadores la inyectó un calmante en el cuello, que rápido comenzó a hacer efecto.

—Te salvé la vida puta desagradecida...te salvé la vida...debí dejar que te violasen y te devorasen...debí...dejar...

Elena la agarró la cara con ambas manos mirándola fijamente a los ojos de pupilas dilatadas.

—Y te lo agradezco de veras mi dulce niña, pero piensa, vas a ser la primera de muchas en salvar a la humanidad, nuestra Eva.

—Maldita...puta—. Y la escupió en la cara justo antes de perder el sentido.

Elena se limpió la cara mientras se erguía.

—Llevala a la zona de procreación, elegid a nuestros dos mejores sementales.

—¿No lo haremos por inseminación artificial? —Preguntó uno de los celadores.

—No, necesitamos que to sea lo más natural posible, aseadla y preparadla. Empezaremos cuanto antes.

Los celadores se llevaron a la valerosa e intrépida Andrómeda, ella que había sobrevivido al principio del fin, a la nada, ella que había luchado por la esperanza de la tierra y salvado a una desconocida. Como bien había augurado Andrómeda, la humanidad no merecía ser salvada.

Alfredo Moreno Godoy

Comencé a interesarme por la escritura desde la adolescencia, empecé a escribir historias épicas fantásticas que después utilizaba para jugar con mis amigos, pequeñas obras de teatro en el instituto o colegio.

Poco a poco y a base de escribir, borrar y porque no, romper algunos escritos, fui encontrando mi género literario. Al principio y emulando a unos de mis autores preferidos J.R.R.TOLKIEN, me dediqué por entero a la fantasía. Por aquella época cree una comunidad de MSN llamada La Gran Toril en la que nos juntábamos varios apasionados de la escritura y unos seguían las historias que contaban otros, obligándonos así a improvisar y mantener la coherencia de la lectura.

También escribí poesía y pequeños cuentos, siempre con un aspecto tétrico y lúgubre más próximos a Edgar Allan Poe o H.P.Lovecraft.

Nunca he dejado de escribir, presenté mi novela “Las siete espadas” a ediciones Minotauro, no resultó premiada pero eso no me hizo perder las ganas de seguir intentándolo.

Más o menos por esa misma época me saque la diplomatura de Guión Cinematográfico y durante un tiempo estuve escribiendo más enfocado a cine, pero nada que me llegase a llenar plenamente.

Ha sido de un breve tiempo a esta parte cuando he encontrado mi sitio, mi estilo, escribiendo novelas de terror o post apocalípticas, también me he presentado a varios certámenes de microrrelatos, siendo finalista con dos de mis obras en Diversidad Literaria.

En mi tiempo libre leo lo que puedo y trato de escribir, se que aún tengo mucho que aprender pero también sé que tengo mucho que aportar.

Picnic junto al lago

Yonnier Torres Rodríguez

Antes del Holocausto, en las noches sin luz, nos reuníamos sobre las mecedoras en los altos portales, y de forma irremediable, sea cual fuera el tema de conversación, terminábamos hablando de la comida, la crisis, y el sexo.

Mi abuelo describía los velorios en el campo. Yo trataba de entender cómo la muerte podía convertirse en un pretexto, un motivo para reunir a familiares y amigos alrededor de un cerdo asado y una caldera gigante de arroz congrí

—La noche no se pasaba con café— decía mi abuelo—. En los velorios se comía con las manos, directamente de la caldera, directamente de las hojas de plátano donde se cocía el cerdo a fuego lento.

Mis padres hablaban de la crisis, de las filas inmensas para comprar cualquier cosa, ya fuera un peine de bolsillo o un vaso de yogurt, de la magia de preparar la cena con solo tres ingredientes.

Mi primo me contaba, en voz baja, cómo fue que se templó a la muchacha de la casa de dos plantas, y a la que vive por los elevados, y a la mulata del Reparto Choy, y a la rubia que es sobrina del profesor de natación, y a la subdirectora de la escuela primaria. Mi primo me hablaba de posiciones, de fórmulas para enamorar y métodos para convencer.

Ahora ya no se habla de la crisis, la comida, o el sexo.

Ahora ya no se habla.

Le dije a mi padre que nos pondríamos en marcha en cuanto saliera el sol. Guardé en la mochila un par de botellas de agua, algunas latas de carne y una barra de pan. Me quité las botas, puse el revólver sobre la mesita de noche y traté en vano de dormir.

Las pesadillas acuchillaban mis instantes de paz. A veces soñaba con la casa de mi infancia, mi madre en la cocina, preparando la masa de una panetela de chocolate, mi padre acodado a la mesa, sacando cuentas para llegar a fin de mes, y una mancha de luz que se acercaba desde el patio, comiéndose de a poco la casa, comiéndose de a poco el sueño.

Salí del dormitorio. Encendí la linterna y deambulé un rato por las habitaciones. El apartamento era pequeño, la sala estaba prácticamente hecha pedazos. Al llegar no habíamos encontrado rastros de sangre, ni cuerpos en el suelo. Intuí que las personas habían huido de forma desesperada, intentando vivir un poco más, o morir en otro sitio.

Algo había sacado en claro de todo aquello: la supervivencia dependía del movimiento.

Lo que más me asustaba era que mi padre, un día, no se pudiera mover.

Él me aseguraba que tenía fuerzas suficientes para soportar el más largo de los viajes, que el dolor en las rodillas solo era un mal de las noches húmedas y que la voluntad hace al hombre; siempre, desde que tengo uso de razón, anda diciendo que la voluntad hace al hombre.

Levanté una foto que se había caído al suelo. Sacudí los trozos de cristal que la recubrían y con mi linterna iluminé el rostro de la familia feliz. El niño, al centro, cargaba un tigre de peluche, lo había colocado de frente, para que también saliera en la fotografía.

Busqué el juguete por todo el apartamento pero no lo pude encontrar, es probable que el niño se lo haya llevado consigo en el momento de la huida. Al menos fue lo que hizo mi hija, cuando le pedí que tomara tan solo lo imprescindible, cuando salimos huyendo del pueblo.

Eché en el bolso de la escuela las cosas que para ella lo significaban todo, las cosas que remarcaban su existencia: el álbum de fotos, el collar de perlas de su madre, el atrapasueños, los lápices de colores y los libros para dibujar. Al tigre lo abrazó contra su pecho, cual si intentara protegerlo.

Permanecí un par de horas sentado sobre la cama en la habitación del niño. El estante de los juguetes aún se mantenía en pie. En una de las paredes estaba colgado un afiche de Spiderman y en otro uno de Batman. Los bordes de madera en el estante estaban llenos de pegatinas. Abrí los cajones y encontré un libro de dibujos.

El chico dibujaba bien, casi tan bien como mi niña.

Bajé las escaleras del edificio. Salí al portal y esperé paciente la salida del sol. La calle estaba desierta, a ratos un viento leve empujaba algunas hojas y un trozo de nailon negro que debió haberse desprendido del techo de tejas de alguna casa.

En la acera del frente había una farmacia, un garaje y algo así como una ferretería. Al auto que robamos, cuando salimos del pueblo, apenas le quedaba combustible. Las gasolineras en el camino habían sido saqueadas.

Regresé al apartamento por el revólver. Mi padre dormía tranquilamente, coloqué mis dedos bajo su nariz para comprobar si respiraba.

He tomado la costumbre de comprobar cada noche si mi padre aún vive. He tratado, en vano, de acostumbrarme a la idea de que un día, dejará de respirar.

La puerta de la farmacia estaba ligeramente abierta. Sobre el umbral, un sonajero movía sus campanitas, cada vez que la brisa se colaba en el establecimiento.

Caminé despacio, con el revólver delante, el cuerpo detrás. A través de las ventanas de cristal comenzaba a entrar la luz del amanecer. Un hombre estaba echado de bruces en el mostrador, creí

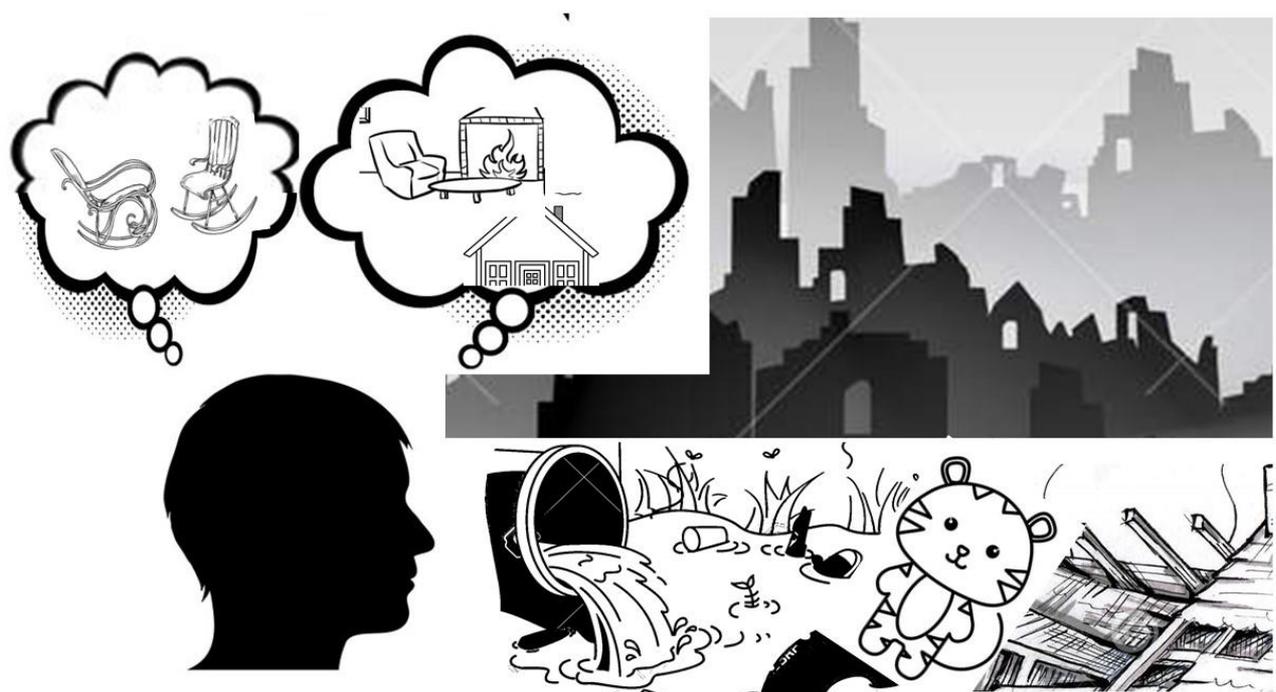
que dormía, luego supe que estaba muerto, traía un agujero de bala en la nuca y un hueco enorme en el estómago. Las vísceras, hecha pedazos en el suelo, mostraban las marcas de las dentelladas, de los zarpazos.

Revisé los estantes tratando de hallar alguna medicina que le aliviara a mi padre el dolor en la rodillas, pero yo de medicamentos nunca he sabido mucho. Tomé frascos al azar, me llené los bolsillos de pomadas y tabletas.

El patio de la farmacia se comunicaba con el garaje, y a la vez el del garaje con la ferretería. Encontré un galón de combustible y una caja de galletas, muy parecida a la que tenía mi padre dentro de su mochila, donde conservaba las cenizas de mi madre.

Desayunamos en silencio y nos marchamos antes de que el sol comenzara a calentar el asfalto. Me puse al volante. A ambos lados de la carretera el paisaje se repetía idéntico, o casi idéntico.

Mi padre habló durante un rato de su infancia, por un momento me pareció que desvariaba y recordaba cosas que no debería recordar. Luego me preguntó si realmente era necesario ir hacia el norte.



—Toda la zona sur está desbastada —le dije—, es probable que tengamos más suerte si cruzamos la frontera.

—Cerca de la frontera hay un lago— me dijo—. Junto al lago un muelle y una docena de cabañas. Tú madre y yo siempre íbamos en verano. Nos pasábamos una semana o quince días.

Saqué de la guantera el mapa. No encontré nada parecido.

—¿Estás seguro de que ese lugar queda cerca de los límites de la provincia?

—Seguro.

—¿Cómo quien va hacia el norte?

—Exacto, como quien va hacia el norte. Queda a la izquierda. Antes hay una fábrica y un puente.

Volví a mirar el mapa. Sin dudas, alguno de los dos estaba confundido.

—Me gustaría esparcir las cenizas de tu madre en el lago. Estoy seguro que le gustaría quedarse allí para siempre.

Le prometí que lo haríamos, en el caso de que el sitio realmente existiera.

Una señal anunciaba que faltaban cien kilómetros para el cruce de la frontera, e indicaba varios caminos hacia otros poblados fantasmas que bordeaban la provincia, y que solo eran conocidos por la calidad de sus cosechas.

—De allí salen los mejores tomates del país— dijo mi padre y señaló con la mano un cartel que daba la bienvenida a la comunidad agrícola Buena Ventura. Al cartel se le habían borrado algunas letras. Imaginé que para aquellos que no conocen la zona, el mensaje sería indescifrable.

Mi padre me preguntó para qué había conservado una caja de galletas igual que la suya.

Le pedí que me hablara de Buena Ventura, o de cualquier otra cosa. Le pedí que no dejara de hablar.

—No existe nada más triste que una carretera sin tráfico— dije—. No existe nada más desolador que el silencio.

Él me contó de una chica que había conocido en Buena Ventura, cuando tenía quince años y su padre lo había enviado con un tío a trabajar en los sembrados del tomate.

—La muchacha se llamaba Gertrudis, o María. No lo recuerdo. Por lo general todas las muchachas de pueblo, por aquella época, se llamaban Gertrudis o María. Yo no soportaba trabajar la tierra. Nunca me ha gustado la agricultura. Lo mío es la maquinaria. Mi tío se dio cuenta y me puso en una brigada que reparaba tractores, camiones y equipos de riego. Siempre, al mediodía, me sentaba al borde del camino, con la bandeja del almuerzo en las manos y la mirada fija en el horizonte, para ver pasar a la muchacha cuando regresaba de los campos.

—¿Se hicieron novios?— le pregunté.

—Creo que sí— me dijo—, en aquella época lo de tener novias no era algo común. Había que conocer a la muchacha, a los padres, a toda la familia. Había que tener una determinada posición o prestigio. Te podrás imaginar, yo era un simple mecánico de tractores y para colmo, forastero. Era la viva encarnación del tipo que se aprovecha de las muchachas de pueblo, la viva encarnación del diablo.

—¿Cuándo conociste a mi madre?

—A los veinte años— dijo y no volvió a hablar durante toda la mañana.

La luz junto a la aguja del combustible comenzó a parpadear. Busqué en el mapa la presencia de alguna gasolinera cercana; pero en todo el tramo lo único señalado era el símbolo de un bosque de pinos que ya no existía, y un arroyo que se había secado.

—¿No oyes eso?— preguntó mi padre de repente.

—¿Qué cosa?

—Es el sonido de un camión. Tenemos que escondernos.

—Aquí no hay donde esconderse— le dije. A ambos lados de la carretera se extendía un terreno yerto y completamente plano.

—No tenemos demasiado para ofrecerles. Nos van a matar.

—Esta vez no— dije. Saqué el revólver de la guantera, me lo calcé en la cintura con el cinto, lo cubrí con la punta de la camisa y salí del auto.

La figura del camión comenzó a perfilarse a medida que se acercaba.

Le indiqué a mi padre que se quedara dentro del auto.

El camión se detuvo, de la cabina bajaron dos tipos. Uno de ellos traía un rifle de caza, uno de esos que tienen un grueso cañón doble. El otro traía una vaina ajustada al cinto, y dentro de la vaina un machete, o lo que pensé que sería un machete.

El tipo del rifle me preguntó si me había cruzado con un auto rojo.

Le dije que no.

—¿Estás seguro? Dentro iban dos mujeres. Una rubia, otra morena.

Volví a decirle que no había visto al auto rojo, ni a las dos mujeres.

El tipo del machete me preguntó quién estaba dentro del auto.

—Mi padre— le dije.

—¿Tienen agua?— preguntó el tipo del rifle. Hice un gesto negativo con la cabeza. —Yo sé que tienen agua y comida, desde aquí puedo sentirlo.

Rastrillé el arma.

Dejé que se acercara un poco más y le disparé en medio del pecho. Luego abatí al otro, que cayó al suelo, sin haber tenido la posibilidad de sacar el machete de la vaina.

Mi padre abrió la puerta. Se acercó a los cuerpos y los tocó con la punta de los pies para comprobar si estaban realmente muertos. Luego tomó el fusil:

—Con esto no hay bestia que se nos resista— dijo. Regresó al auto y puso el arma en el asiento trasero junto a nuestro escaso equipaje, junto a las cenizas de mi madre.

El camión estaba vacío. De la guantera de los tipos saqué un encendedor, media cajetilla de cigarros, una caja de balas y una foto de dos mujeres en ropa de baño, tomando el sol en lo que podría ser el patio de una casa con piscina.

Una de las mujeres era rubia, la otra, morena.

Llené el tanque de combustible y le pregunté a mi padre si estaba listo para continuar. Él asintió con un gesto de la cabeza. Encendí el auto. Tomé un cigarro. Nos mantuvimos un rato en silencio. Mi padre bajó la cabeza, se quedó dormido. Yo no podía sacarme de la mente el rostro del tipo, con su cañón doble y una bala en el pecho.

Con la caída de la tarde encontramos otro cartel desvencijado en la carretera que anunciaba los treinta kilómetros que faltaban para llegar a la frontera.

—¿Crees que las cosas en el norte sean diferentes?— volvió a insistir mi padre.

—Las cosas en el norte siempre han sido diferentes— le dije—, tienen que serlo. Quizás nos retengan un par de semanas en un centro de refugiados, quizás nos tomen muestras de sangre. Comprueben que estamos limpios. Luego saldremos adelante, la voluntad hace al hombre, ¿cierto?

Cierto— dijo mi padre, quizás con una dosis menor de convicción—. De todos modos no debemos cruzar la frontera de noche.



—Haremos un alto en el camino. Esperaremos el amanecer— y durante unos minutos imaginé que pasaría si el norte también fuera un terreno devastado, si el resto de nuestras vidas consistiera

en conducir hacia delante, dispararle a los camioneros, abatir a las bestias, cargar el peso de nuestros muertos, esperar el amanecer.

El sol se ponía de a poco sobre los límites de tanta tierra seca, el amarillo se transformó en un rojo cobrizo y el rojo cobrizo en un azul intenso.

Una curva en la carretera se tragó la claridad, y del otro lado, bajo el sopor de la luna llena, pudimos ver una cerca y detrás de la cerca, los bordes de una fábrica.

—Eso no aparece en el mapa— le dije a mi padre.

—No todas las cosas aparecen en el mapa.

—¿De qué es la fábrica?— le pregunté.

—Es una enlatadora de sopa de tomates. Aquí trabajaba una prima de tu madre. No recuerdo si se llamaba Gertrudis o María.

Después de la fábrica cruzamos un puente y justo después del puente, a la izquierda, pudimos ver el lago y la media docena de cabañas, distribuidas alrededor de unos montículos de tierra, cual si hubieran sido ubicadas por la mano de Dios.

Mi padre me pidió que tomara el desvío y que nos quedáramos a dormir en la cabaña donde él veraneaba con mi madre.

Aparcamos el auto a la orilla del camino. La cabaña era pequeña. Tanto las paredes como el techo eran de madera. Mi padre fue recorriendo cada metro y me contó historias que nunca me había contado. Habló tanto de mi madre que terminó tendido sobre la alfombra de la habitación, abrazado a la caja de galletas, sollozando.

Nunca antes había visto a mi padre llorar, nunca lo vi tan abatido como aquella noche. Preparé la cena con dos latas de carne y un trozo de pan. Creí luego que descansar en aquel sitio, justo antes de cruzar la frontera, le quitaría un gran peso de encima, sería como una suerte de justa despedida.

Ambos compartimos la cama. Antes de dormir mi padre me habló de las comelatas durante los velorios en el campo, de la crisis, de esas largas filas para comprar cualquier cosa, lo mismo un cortaúñas que un pan con mayonesa, y me confesó que no existía mayor mentiroso en el mundo que mi primo, él no se había acostado ni con la muchacha de la casa de dos plantas, ni con la que vive por los elevados, ni la mulata del Reparto Choy, ni la rubia que es sobrina del profesor de natación, y mucho menos, con la subdirectora de la escuela primaria.

—Es más— me dijo— a tu primo no le gustaban las mujeres.

Esa noche las pesadillas me ofrecieron unas horas de tregua, pero solo fue eso, unas horas. Cerca de la cuatro de la mañana desperté sobresaltado. En sueños había visto como los camioneros

nos miraban dormir a través de la ventana. El tipo del rifle había raptado a mi hija, y el tipo del machete, a través del cristal, me mostraba la cabeza decapitada del tigre de peluche.

Encendí la linterna y recorrí todas las cabañas buscando algo que nos pudiera servir para el desayuno. Encontré una lata de sardinas, un litro de vodka y cuatro barras de chocolate que aún no habían vencido, o que al menos no traían fecha de vencimiento.

Quise sorprender a mi padre preparándole un picnic, merendando todos juntos, como hacíamos los domingos sobre el césped del parque de atracciones.

Tendí un mantel de cuadros rojos y blancos sobre el muelle, junto a la orilla del lago. De la cabaña traje vasos, cubiertos, platillos e incluso servilletas. Abrí la lata de sardinas y la compartí a partes iguales, dejé todo listo y fui hasta la habitación a buscarlo.

Abrí las puertas y las ventanas.

—Despierta, les he preparado una sorpresa, a ti y a mamá.

Me acerqué a la cama. Le puse mis dedos bajo la nariz. Mi padre había muerto.

Las cenizas de mi madre parecían mariposas grises revoloteando por la superficie del agua.

Subí al auto. Guardé la caja de galletas en la guantera. Coloqué el revólver sobre mis piernas.

Si de algo estaba seguro, era que la supervivencia dependía del movimiento.

Yonnier Torres Rodríguez

Yonnier Torres Rodríguez (Placetas, 1981). Sociólogo, Poeta y Narrador. Egresado del Centro Nacional de Formación Literaria “Onelio Jorge Cardoso”. Entre sus últimos títulos publicados se encuentran los libros de cuentos “El juego perfecto” (Sed de belleza, 2013), “Puntos de luz” (Áncoras, 2015), las novelas “Cerrar los puños” (Editorial Gente Nueva, 2015) y “Azul pálido” (Ediciones La Luz, 2016) y el poemario “Dios no me tiene en cuenta” (Editorial Abril, 2018). Cuentos y poemas suyos aparecen publicados en revistas, antologías y selecciones de España, Colombia, Argentina, Bolivia, México, Alemania y Cuba.

De lo que no se puede hablar

Jesús Prieto

¿Qué puedo decir de Subaqua?

Que es un poco oscura y húmeda, pero es mi hogar; el único que he conocido. Vivir en el lecho marino, bajo una enorme cúpula de cristal revestido, rodeados por miles y miles de litros de agua no es precisamente el sitio por el que la gente haría cola para poder residir en él, pero no nos queda otra. Fuera de la cúpula no queda nada, solo un extenso yermo sin vida en el que la muerte te espera tras cada pedrusco.

¿Cómo hemos acabado así? Pues la verdad es que no lo sé. Yo soy de los que nacieron en Subaqua y nunca conocí la tierra cuando aún podíamos vivir en ella. Solo a través de viejas fotos y las historias de los pocos que todavía viven de los que la vieron caer puede llegar a saber algo.

¿Os imagináis un mundo en el que el agua no os cubre por completo o en el que absolutamente todo lo que está vivo, que no sea humano, no tiene branquias ni aletas? Yo no soy capaz... Es un poco triste, ¿no?

Pues bueno, está es la realidad que me ha tocado vivir. Aunque Subaqua no me encante, sí que me gusta mi trabajo; y la gente con la que lo hago. Soy remachador. No suena muy elegante, pero mantenemos a la gente viva aquí abajo, entre los tiburones y los pececillos que dan vueltas por el mar.

Para saber que hago os tengo que explicar que es Subaqua. Vivimos en el fondo del mar, en una inmensa ciudad rodeada de agua, pero ninguno de nosotros es la sirenita, del cuento de Andersen, ni gozamos del favor de Poseidón. Por lo cual no podemos respirar bajo el agua, ahí es donde entra la enorme cúpula que cubre la ciudad. Yo, junto con mi equipo, me encargo de revisar, arreglar y mantenerla. Cada mañana me pongo mi escafandra, cojo mi remachadora (por eso me llaman remachador), y salgo a las frías aguas a arreglar cualquier desperfecto que haya. Si nadie lo hiciese la cúpula se podría romper y, bueno, la ciudad entera se iría por el sumidero.

Ana Vázquez es mi segunda, ella también lleva una remachadora. Miguel Romero es nuestro apoyo, él carga las cajas de pesados remaches y nos recarga cuando se nos acaba.

También revisa la presión de los trajes. Luego está Piero De Luca, el novato. Es nuevo en el grupo, así que le toca hacer el trabajo más ingrato, manejar la bomba manual de oxígeno. Si la bomba dejase de funcionar cuando estamos fuera... no quiero ni pensarlo. Es un trabajo ingrato y pesado, pero también es el más sencillo. Solo tiene que darle arriba y abajo a una manivela. Es un buen trabajo para el que empieza, pero el siempre se queja. Por último está Helga Müller, la más veterana del grupo. Nunca le digáis veterana, lo asemeja a vieja y se coge unos cabreos de aúpa. Es cierto que es mayor, tanto como para saber de primera mano que nos llevó aquí, pero no le gusta que le recuerden de ninguna manera las canas que ya peina. Ella es nuestra coordinadora; la jefa, para que lo entendáis bien. Anota nuestras salidas, elabora el itinerario que debemos hacer cada día y lleva el inventario. También se encarga de echarnos la bronca cada vez que la cagamos. No es algo común, pero menudos gritos nos da. Todos creemos que si su voz alcanzara un octavo más de potencia sería capaz de desgarrar la cúpula con uno de los inmensos alaridos que nos da cada vez que olvidamos sellar algún punto de la estructura.

Es un grupo variopinto, pero no lo cambiaría por nada.

1

Apreté el gatillo y el impulso de la remachadora lanzó mi brazo hacia atrás, como siempre. Ya estaba más que acostumbrado a ellos.

Alcé el pulgar y le indiqué a Ana que había terminado, trabajo hecho. Ella me alzó el dedo corazón, aún le quedaban tres puntos más por remachar.

Me di la vuelta y vi a Miguel, absorto, mirando hacia arriba. Le di un empujón para sacarlo del trance. Me miró a través de su escafandra y me señaló el punto que estaba mirando.

No vi nada.

— Vamos— le dije.

Tonto de mí, recordé que el sistema de comunicación no funcionaba desde hacía una semana. Le indiqué con la mano que fuéramos a la exclusiva. Estaba particularmente cansado y quería quitarme la escafandra cuanto antes. El seguía indicándome con su dedo hacia arriba, con los movimientos más rápidos que le permitía el agua.

Lo ignoré. Seguramente era una tontería, un pez raro que no había visto nunca, y yo quería irme ya.

Me quité la escafandra y me senté en el banquito de metal que había tras la puerta de la esclusa. Juraría que cada día me pesaba más ese dichoso traje. Miguel entró justo detrás mía. Se quitó su escafandra y me miró con una ceja enarcada.

— ¿Qué pasa? — dijo —, ¿es qué no lo has visto?

— ¿El qué? Miguel, estoy cansado... No me apetece pararme a mirar tonterías.

— ¿Tonterías? — repitió mis palabras con un claro tono de indignación — ¡Era un barco, he visto un puto barco!

Entrecerré los ojos

— Seguro que era una ballena. No sería la primera que vemos.

— Las ballenas no tienen hélices...

— El agua a veces nos confunde. En la oscuridad y con las ondulaciones, es fácil confundirse.

— ¡Joder! ¡Sé lo que he visto!



Miguel puso el casco en su taquilla y se apoyó en ella, dándome la espalda. Éramos compañeros desde hacía cinco años, y amigos desde que tengo uso de razón, no le gustaba que no le creyera. Yo y mi maldita suspicacia.

Ana entró y se encontró la escena de pleno: yo con la cabeza gacha y Miguel indignado contra su taquilla.

— ¿Me he perdido algo? — preguntó — ¿Otra pelea de enamorados?

Pasé de ella, ya tenía bastante con Miguel enfadado como para aguantar la mordaz lengua de Ana.

Miguel la cogió de los brazos, seguramente buscando la sorpresa que no encontró en mí.

— He visto un barco — le dijo.

— ¡Venga ya! — dijo Ana, con una pequeña sonrisa esbozada en su rostro.

— ¡Qué sí! Tenía por lo menos diez metros de eslora.

— Hala — silabeó Ana, mirando al techo como si buscara el barco a través del grueso metal que nos recubría —. ¿Eso qué es?

Miguel agachó la cabeza, derrotado.

— El tamaño de un barco — le esclarecí —. Bueno, su longitud más bien. De proa a popa.

Ana alzó una ceja.

— Ni idea. Yo soy más de estar bajo el agua, no sobre ella.

— ¿Pero es que no os dais cuenta de lo que significa? — señaló al techo — Hay gente ahí arriba, gente viva.

— En tierra no queda nada — le dije—. Seguro que lo movía la marea.

— ¡Venga ya! ¿Y las hélices? ¿Se movían! ¿Cómo explicas eso?

— Pues... no sé. ¿La marea también?

— Vete a la mierda — me dijo Miguel, señalándome —, tú y tus putas mareas. Helga entró a la zona de las taquillas, con Piero a su espalda, como una escuálida y temerosa sombra.

— ¡Qué hacéis aún con los trajes puestos! — nos voceó a pleno pulmón — Vuestro relevo está a punto de llegar y los necesitan. ¡Moved el culo!

Ana se quitó su escafandra y su castaña melena le descendió sobre los hombros.

— Tranquilízate *Helgi*, solo nos hemos entretenido un poco — señaló a Miguel con sus esplendidos ojos marrones —. Aquí, el amigo, dice que ha visto un barco.

La coordinadora Müller dejó pasar por esta vez el apodo, con el que a veces Ana se dirigía a ella, y se aproximó a Miguel.

— ¿Romero, es eso cierto? — el día que usara nuestros nombres de pila se moriría seguro.

— Así es — le respondió Miguel —. Tenía hélices y todo, se movía.

— Uuuh — dijo Piero, con ese tono histriónico tan característico de él, y de las ratas —. No debemos hablar del exterior, lo dice el departamento cívico. ¿Debo informar de esto, coordinadora Müller?

Helga se volvió hacia Piero, con los ojos como dos ascuas.

— Cierra la boca, o yo mismo te la cerraré — amenazó Miguel a Piero —. Asquerosa sanguijuela chivata.

Miguel se dispuso a golpear con la escafandra a Piero, pero Helga se interpuso entre los dos.

— ¡Deja el casco en su sitio, Romero! ¡O yo mismo te daré tal hostia que podrás comprobar por ti mismo si era un barco o un madero flotante! — Miguel bajó el casco, Helga giró su inmenso cuerpo hacía Piero —. Ve a llevar el informe de la revisión a departamento central — Piero asintió y se dispuso a salir, la coordinadora lo agarró por el brazo —. Y no, no hace falta que informes de nada. Yo me ocupo.

La escuálida alimaña salió sonriente por la puerta.

— Cada día me gustas más — le dijo Ana a Miguel en cuanto la puerta se cerró —. Ojalá le hubieses saltado los dientes, se lo merecía.

— ¡En pie! — nos ordenó. Me puse en pie, era el único que estaba sentado. Ana y Miguel se cuadraron — ¿Daract, cuál es la primera norma de la división de remachadores?

— ¡Respetar a tu hermano! — le respondí — Los remachadores somos la primera y la última línea entre la cúpula y Subaqua. Debemos permanecer firmes en nuestra labor y en el respeto a nuestros compañeros. Si no mantenemos nuestra hermandad no podremos mantener la cúpula.

— Bien, lo recordáis — dijo Helga, mirando a Miguel —Entonces, ¿qué coño acabo de ver? ¿Quizás un espejismo en el qué casi atacas a un hermano?

Helga clavó su grueso índice sobre el pecho de Miguel.

— Él le faltó el respeto a Miguel, quería entregárselo al departamento cívico. No es nuestro hermano — le contestó Ana.

Helga dejó caer su corpulento cuerpo sobre el banquito, acompañado de un enorme resoplido y con el índice y el pulgar apretando su nariz. Nos relajamos.

— Sí que lo es... aunque aún no lo sepa. Dadle algo de tiempo, para que se adapte y se vuelva menos... *cívico*. No quiero que degraden a otro de vosotros — Helga alzó los ojos, hastiados por este tipo de situaciones —. No quiero tener que lidiar con otro novato que no sabe ni usar la remachadora solo porque a uno de vosotros le ha dado por hablar del exterior.

— ¿Y de mientras qué? — le dijo Ana — ¿Susurramos cada vez que esté cerca para que no nos denuncie? No es delito hablar del exterior.

— No, no lo es. Pero al gran Teogonista no le gusta que lo hagáis — nos recordó Helga —. Cree que estar más atentos al exterior que a Subaqua es una deslealtad hacia la ciudad, que nos distrae. No tengo ganas de que los cupulados vuelvan aquí a hacernos otro registro y a tenernos durante horas metidos en las salas de interrogatorios. Otra vez no, por favor.

Todos nos quedamos en silencio. Meditando las palabras de nuestra coordinadora.

Una visita de los cupulados no era ninguna broma. Actuaban como policía y guardia religiosa a partes iguales, y no eran muy simpáticos. Secuaces rapados del gran Teogonista que no les suponía ningún reparo moler a palos a quien fuese considerado un riesgo para el "dios cúpula" o la integridad ética de la ciudad. Nosotros, como remachadores, teníamos cierta laxitud ante la ley, éramos los protectores de nuestra única línea de defensa ante el cruel mar, pero no les supondría un inconveniente darnos una buena si nos pasábamos de la raya.

En Subaqua el gran Teogonista era la ley, y los cupulados su porra.

— ¿Qué hacemos entonces? — le pregunté.

— Sed buenos con De Luca. Trátadle como a uno más de vosotros, con el tiempo ignorará lo que digáis del exterior. La hermandad que creará con vosotros será más fuerte que los tentáculos del gran Teogonista.

— De acuerdo — dijimos yo y Ana.

Miguel afirmó con un gruñido.

El respeto que procesábamos por Helga era más grande que cualquier necesidad de darle un tortazo a Piero.

— Bien, así me gusta — Helga se levantó del banquito —. ¿Por qué no os pasáis por el Taburete rojo? Decidle a Karl que os invite a una ronda de mi parte. Así podremos dejar pasar este maldito día de una vez.

Asentimos. Una ronda gratis es una ronda gratis.

Cuando Miguel estaba a punto de salir por la puerta, Helga lo detuvo.

— Recuerda, la hermandad es más importante que cualquier rencilla. No lo olvides.

— Lo intentaré, por ti.

— Gracias, Romero. Tú te puedes tomar dos cervezas de mi parte, pero no te pases.

2

¡Ah!, el Taburete rojo. Creo que no existe un bar más feo en toda Subaqua, pero es nuestro antro. El lugar donde los remachadores nos reuníamos tras nuestra jornada, o para celebrar los cumpleaños o... en cualquier otro momento que tuviésemos libre. Al principio era un bar libre, todo el que quisiera podía entrar, pero al ser el más cercano al centro de reparaciones de la cúpula se acabó convirtiendo en *nuestro* bar. No es que hubiese un cartel en la puerta que dijese: "*Largo, si no eres remachador*", pero como si lo hubiese.

Lo lógico hubiese sido que a Karl, dueño del bar, le molestase esta restricción de paso que nadie acordó formalmente, pero le dio igual. Tenía setenta clientes habituales, que dejaban buenas propinas y bebían como cosacos; no se podía quejar.

Los remachadores no éramos muy sociables, solo íbamos al Taburete rojo, a nuestra casa a dormir o al trabajo. Pásate de cinco a nueve horas con un traje que pesa setenta kilos y una remachadora, o sus cargas, dando vueltas por el fondo marino y cuéntame si después te apetece tener vida social en la otra punta de la ciudad.

El Taburete rojo estaba bien. Además, todos los amigos que tenía estaban dentro de la división de remachadores.

Miguel se aproximó hasta la mesa con una jarra en cada mano y el asa de la tercera agarrada con los dientes. Antes preferiría que se le derramase la cerveza encima que pedirme ayuda tras no haberle creído por lo del barco.

— La mejor cerveza servida por el camarero más guapo — dijo Ana, cogiendo su jarra.

— La mía tiene el asa llena de babas — dije yo.

Miguel me había entregado la que llevaba en la boca.

— Te aguantas — me respondió.

No se iba a olvidar fácilmente del asunto, ni me dejaría que yo lo olvidase.

— Dejando a un lado lo del barco, y que no me creáis — Miguel habló en plural, pero me miró solo a mí —, ¿de verdad creéis que no hay nadie vivo ahí arriba?

Ana miró a otro lado y empezó a beber de su jarra, ignorando la pregunta. Yo le respondí. ¿Por qué demonios no soy capaz de mantener la boca cerrada?

— Puede que antes sí, pero seguro que ya han muerto — elucubré —. Si todo lo que queda es tierra yerma, lo normal sería que hubiesen muerto de hambre ¿no?

— O como cena de alguna criatura mutante — dijo Ana, dejando su cerveza de nuevo en la mesa.

— Venga ya — alzó Miguel la voz un octavo —. En tierra no hay mutantes, ya te lo hemos dicho cuarenta veces. El mundo no se acabó con una guerra nuclear, ni está lleno de engendros llenos de tentáculos que rezuman radiación.

— ¡Eh!, si algún día sales a la superficie, agradecerás que lo que te siga esté hasta el culo de radiación — defendió Ana a capa y espada su descabellada teoría.

— ¿Por qué? — pregunté. Sabía que me iba a arrepentir de ello.

— ¡Por qué brillan! — Miguel y yo nos aguantamos la risa —. Imaginad que un bicho mutado os observa desde un arbusto, con ganas de comeros los ojos. Pues no podría, porque

brilla y lo veríais antes de que os atacase. Un lobo no brilla, ese si os mordería la tráquea sin que os dieseis cuenta.

Miguel y yo nos carcajamos con todas nuestras fuerzas. La teoría de Ana era descabellada pero que lo dijese tan convencida hizo que no pudiésemos aguantarnos la risa.

Ana le dio un manotazo a la mesa y nuestras carcajadas se cortaron al momento.

— Entonces, ¿qué? Si sois tan listos, ¿qué destruyó el mundo?

— Un virus — sentenció Miguel.

— ¿Un virus? — repetí.

— Sí, coño. Un virus. Pero no uno común, uno de otro mundo — estaba tan convencido de su teoría como Ana de la suya —. Un día llegó una roca infectada y la gente empezó a morir. Pero no fue una muerte rápida, como cuando te aplasta una viga, esta fue mucho peor.

— ¿Qué puede ser peor que te aplaste una viga? — preguntó Ana.

— Que se te derritan los órganos. Que vomites sangre y los pulmones te ardan. Así es como murió la gente — Acompañó su descripción con un grupo de gestos muy descriptivos sobre cómo se te salía todo por las orejas y la boca.

Le di un sorbito a mi cerveza antes de responderle.

— Prefiero que me muerda el culo el mutante resplandeciente.

— Yo prefiero vivir — dijo Ana —. Os dejo a vosotros todas las muertes horribles.

— ¡Ni siquiera vas a defender tu teoría! — le dijo Miguel — Los mutantes por la guerra nuclear son cosa tuya.

— Yo digo que existen, no que quiera que me mate uno. No soy estúpida.

Los tres le bebimos de nuestra jarra. Miguel se terminó la suya de un trago.

— Pero... ¿Qué creéis que acabó con el mundo? — hablé —. Ya en serio, sin teorías sin sentido de por medio.

— Ni idea — admitió Ana — ¡Y mi teoría tiene sentido!

— Nunca nos cuentan mucho. Solo que fuera no queda nada para nosotros, que está destruido.

— Estoy seguro de ello, no creo que nos mientan — dije —. Pero, joder, me gustaría saber que nos metió aquí.

— Puedes preguntárselo a algún explorador, son los únicos que salen — me dijo Miguel, mirando con tristeza su jarra vacía.

— No le van a contar nada, son los elegidos por el gran Teogonista — Ana tiró su idea por los suelos —. Creo que no hay gente más fiel al departamento cívico que ellos. Antes de que le terminara de hacer la pregunta ya lo habrían denunciado cinco veces.

Miguel dio un resoplido y giró su cabeza hacía la barra, seguramente con intención de pedirle otra jarra a Karl. En cuanto sus ojos contactaron con el barman, que se hallaba tras la barra limpiando un plato, se volvió tan rápido hacía nosotros que pensé que se había partido el cuello.

— ¿Y Karl? — nos dijo — El es tan viejo que seguro que nació fuera.

Observé a Karl. Su papada, la cara arrugada y la inmensa cantidad de canas que tenía apoyaban lo que Miguel decía.

— Puede ser — dijo Ana.

— Lo voy a llamar.

— Miguel, no hagas el idiota. Seguro que tiene mejores cosas que hacer que responder a nuestras estúpidas preguntas.

— ¡Oye, Karl! ¡Karl! — Miguel ignoró mis palabras, el barman se volvió hacía él — ¿Puedes venir un momento? — Karl asintió — ¡Y tráeme otra de éstas! —le mostro la jarra vacía.

Karl vino a nuestra mesa, con una jarra en la mano y un bol de aperitivos en la otra. El bar sería feo, pero Karl era el mejor. Puso ambas cosas sobre la mesa.

— ¿Qué tripa se te ha roto ahora? — la simpatía natural de Karl afloró enseguida.

— Tú naciste fuera, ¿no? — le preguntó Miguel, cogiendo un cacahuete del bol.

— Sí — respondió Karl, limpiándose las manos en el mandil —. ¿Por qué?

— Queríamos saber si, bueno, tú, por un casual sabes... — las palabras se me amontonaban en la boca.

Confío en Karl, es un buen tipo, y mejor barman; pero no es un remachador. Pasaba mucho tiempo con nosotros, y sentía un afecto muy sincero por todo el dinero que ganaba con nosotros, pero no sabía si el lazo de hermandad y secretismo que nos unía a los remachadores era igual de fuerte en él.

Después de roer casi todos los cacahuetes, Ana hizo la pregunta; ya que yo no parecía capaz y la paciencia no era su mejor virtud.

— ¿Qué se cargó el mundo? — mis ojos lo dijeron todo —¿Qué? Si tú no le haces la pregunta, pues ya se la hago yo. No me mires así, imbécil.

Karl torció el labio y su mirada se desvió hacía el techo. Retorcó el mandil entre sus callosas manos.

— No lo recuerdo — admitió.

— No me jodas — dijo Miguel —. Si naciste fuera, lo viviste.

— Tenía un año cuando paso. Apenas sabía andar y solo balbuceaba. Si no dominaba mi propio cuerpo, estaba yo como para ser consciente de lo que me rodeaba.

— ¿Y tu viejo? ¿Él no te contó nada? — le preguntó Ana.

— Que va. Murió cuando yo tenía diez años, y por aquel entonces estaba más interesado en darle patadas al único balón de la ciudad que en preguntarle por qué estábamos metidos aquí abajo.

— ¡Vaya mierda! — maldijo Miguel — ¿Así como vamos a saber quién gana la apuesta?

— ¿Qué apuesta? — dijimos Ana y yo al unisonó.

Miguel se había llevado el tema a su terreno, y, como siempre, quería sacar algún beneficio de ello.

— Veeenga — dijo en un tono juguetón —. Una sencillita. Los que pierdan tiene que invitar al que gane a una roda. No creo que sea para tanto.

Resoplé.

— Me apunto — dijo Ana, y estiró su mano para estrechársela a Miguel —. Logan, apúntate; no seas tan aguafiestas.

— ¡Org! — los maldije a los dos interiormente —. Venga, me apunto.

Puse mi mano sobre la de ellos, que la esperaban para formalizar la apuesta. Si los cupulados nos vieran... Seguro que nos acusaban de juego ilegal y de sedición por hablar tanto del exterior, pero ¿qué es la vida sin un poquito de riesgo?

— Oye, Miguel — una robusta mano se posó sobre su hombro —. ¿La apuesta solo es para los del grupo cinco? Otros estamos interesados en participar.

El propietario de la mano era Urban, apoyo del grupo siete de remachadores. Un tipo legal al que le gustaba demasiado beber, como a todos nosotros.

— ¿Otros? — pregunté escandalizado.

— Sí — me respondió —. Los miembros del grupo tres, cuatro, siete, ocho y doce os hemos escuchado. Nos queremos apuntar, la ronda gratis nos interesa.

Se rió.

Alcé mi vista para mirar sobre el hombro de Urban. Todos los parroquianos del bar estaban atentos a nuestra respuesta. Sin darnos cuenta habíamos estado hablando de un tema un tanto *ilegal* y sin fijarnos que no éramos los únicos con la atención puesta sobre él.

— Entonces, ¿queréis participar? — preguntó Miguel — Pues alzad la mano para saber cuántos sois. Uno, dos, tres, cuatro, cinco... ¡Joder, son muchos! ¡Karl!

— ¡¿Es que hoy no me vas a dejar tranquilo?! — refunfuñó desde la barra.

— No te quejes tanto y saca la pizarra, tengo cosas que apuntar.

3

— Esto es lo que tenemos por ahora: ocho dicen que guerra nuclear, cinco apoyan mi teoría del virus, que es la buena; tres dicen que un meteorito se estrelló contra la Tierra, otros tres que los animales se volvieron locos y uno que fue el clima al que se le fue la olla. Esa última sí que me parece una tontería.

— ¡Eh! — Me quejé.

Ese *uno* era yo y no me hacía gracia que Miguel ridiculizara mi teoría. Aunque estaba contento de ser el único que se decantó por ella, si ganaba me iban a invitar a muchas cervezas.

— Karl, ¿tú qué dices? — le preguntó Miguel. Era el único que no había participado en la apuesta.

— Que sois todos gilipollas — sentenció mientras limpiaba una jarra.

— Eso no se puede apostar — se quejó Ana.

— Claro que no — la apoyó Miguel —. Ganarías en el acto.

— ¿Para qué voy a apostar? ¿Para qué me invitéis a mi propia cerveza?

Miguel me buscó con la mirada, quería que yo intentase convencer a Karl.

— Tiene razón, para él es estúpida esta apuesta — admití. Miguel me fulminó con la mirada —. Aunque, por otro lado — me levanté de mi asiento y me apoyé en la barra —. Si tú ganas... En vez de invitarte a cerveza, podríamos pagártelas.

Karl soltó la jarra en el acto.

— Ves, eso ya me gusta más.

El barman se apoyó con el codo en la barra, junto a mí, y miró la pizarra que Miguel sujetaba entre sus manos.

— No tiene que ser una de las que ya están apuntadas — le esclareció Miguel — Puedes inventarte una nueva.

— Me quedo con la del clima — dijo Karl —. En el pasado fuimos muy capullos, seguro que nos cargamos nosotros el mundo.

Lo celebré por dentro, ya no estaba solo.

— ¿Y ahora, cómo averiguamos quien ha ganado? — preguntó Martha, remachadora del segundo grupo.

— Esa es una buena pregunta — dijo Ana.

Todos los ojos del bar se dirigieron a Miguel. El silencio reinó en ese lúgubre bar de remachadores. Nos vinimos arriba con la apuesta en sí, pero no pensamos en lo más importante. ¿Cómo diablos íbamos a resolverla?

Entre tanto, la puerta del bar se abrió. Miguel escondió la pizarra a toda velocidad, y menos mal. El que había entrado por la puerta era Piero. Él era remachador, como todos los del bar, pero aún así no se libró de las malas miradas de todos los parroquianos. No era bien recibido allí.

Se sentó en nuestra mesa, a la que Miguel y yo habíamos vuelto al entrar el joven De Luca, y tras esconder la pizarra.

— ¡Hola chicos! — no saludó como si Miguel nunca hubiese intentado abrirle la cabeza con la escafandra.

— Hola — le dije.

— Hola, tú — le saludó Miguel.

— ¡Hola, Piero! — Ana fue más efusiva que el resto.

Seguramente estaba siguiendo la petición de Helga. Ella era algo más laxa que nosotros y dejó en un momento de lado el desprecio hacía Piero, todo por el bien de la hermandad. Ana era de lo que no había.

— ¿Qué tal os va la tarde? — nos preguntó.

— Bien — le respondió Miguel con sequedad —. No he hecho nada de lo que puedas chivarte al departamento cívico.

El silencio volvió a reinar en el lugar.

Si no me dejó pasar lo del barco, intentar venderle al departamento cívico era algo que iba a tardar mucho más en olvidar. No era resentido, pero sí un poquito orgulloso.

— Mirad, lo siento — dijo Piero para nuestra sorpresa —. He hablado con la señora Müller, y sé que hice mal. Soy nuevo, y la verdad es que los cupulados me dan bastante miedo. Se llevaron a mi padre hace unos dos años y, bueno, lo siento... lo siento de verdad. Somos hermanos ¿no? No le quiero hacer daño a mi... nueva familia.

— ¡Oh! Lo siento mucho Piero — Ana puso su mano sobre la de él —. Gracias por ser tan sincero con nosotros. Yo te perdono.

Miguel dio un manotazo sobre la mesa.

— ¡Venga ya! ¡Intenta venderme y le crees así, por las buenas! — le dijo a Ana.

— No seas así, Miguel. Démosle una oportunidad — le dije.

Conozco bien los métodos de los cupulados, como someten a la gente y se la llevan en medio de la noche para que nadie más vuelva a verlos. Piero no hizo bien, pero era lógico que

estuviese asustado. Después de algo así, cualquier acto mínimamente subversivo que ocurriese a tu alrededor haría que te cagasen en los pantalones; te podían arrastrar junto a la persona acusada solo por haber escuchado sus palabras y no haberlas denunciado.

— Si queréis hacer como si nada, bien, pero yo me largo.

— Por favor, no te enfades — le rogué.

Se largó sin darme tiempo a que pudiese decirle nada más. Pagó su cuenta y se fue dando un portazo.

— Miguel puede ser a veces un poco... — Ana intentó hablar.

— No le disculpes, tiene razón — dijo Piero. Nos sorprendió aún más —. He sido un mal *hermano*, debo empezar a comportarme mejor; hablar del exterior no es tan malo. No tendría que haber dicho nada.

— Ya es un poco tarde para arrepentirse. Lo hecho, hecho está.

El silencio reinó en nuestra mesa, contrastando con el jaleo que había en el bar.

No lo dije como un reproche ni buscando recriminarle su actitud. Estuvo mal acusar así a Miguel, pero yo solo buscaba aportar mi visión sincera a la conversación.

— Ya sé lo que puedo hacer — dijo Piero, con los ojos llenos de convencimiento

— Yo también hablaré del exterior y así seré como vosotros, no os podré acusar de nada porque yo también lo habré hecho.

Me encogí de hombros.

— Creo que es una fantástica idea — dijo Ana —. Pues estábamos hablado sobre que creemos que destruyó el mundo.

— ¡Ohm! ¿Sí? — dijo Piero.

Agarré a Ana por la manga de su mono, por debajo de la mesa para que Piero no lo viese.

— No sé yo si esto es buena idea — le susurré. Ana se zafó de mi agarre.

— Sí — respondió a Piero, con una sonrisa de oreja a oreja e ignorando mi consejo —. Yo creo que fue una guerra nuclear, Miguel dice que un virus y Logan se decanta por un desastre climatológico. ¿Tú qué crees?

— No lo sé, la verdad es que son teorías muy buenas. Nunca se me han dado muy bien estas cosas. En la escuela de preparatoria laboral solo aprendí lo necesario para ser remachador, el resto se me escapa un poco.

— Inténtalo — dijo Ana —. Es más, si aciertas te llevas un par de cervezas.

— ¿En serio? — Dijo Piero, un tanto incrédulo.

— Sí, sí. Espera, que te enseñe una cosa.

Ana se levantó de la mesa. Yo intenté agarrarla de nuevo, para que no hiciese lo que estaba seguro de que iba a hacer. Fallé en mi agarre por escasos milímetros. Ana volvió a la mesa con la pizarra que tan hábilmente había escondido Miguel.

Se la mostró a Piero.

— ¡Guau! — dijo él.

— Todos hemos apostado por una teoría, y los que acierten se llevan una ronda gratis.

Me mordí la lengua. No quería que siguiese contándole nada, pero ella no se iba a callar por mucho que yo se lo dijese.

— Virus espacial, meteorito, guerra nuclear, desastre climático... — leyó Piero lo que ponía en la pizarra —. Son todas muy originales, nunca se me habría ocurrido.

— Pues di una de las que ya están — Le dijo Ana. Le señaló la suya, la de la guerra nuclear —. Esta es muy buena. Y si gana, beberemos juntos.

— ¡Pues apúntame!

— ¡Genial! — exclamó ella —. Lo malo es que aún no sabemos quién va a ganar. No tenemos ni idea de que destruyó el mundo.

Ana comenzó a apuntar el nombre de Piero junto al suyo.

— Espera, no me apuntes. Tengo una idea mejor — dijo Piero.

— Sorpréndenos — añadí.

— Mi abuelo era militar, ayudó en las evacuaciones durante el gran desastre, y aún conservo su diario — dijo Piero, quitándole la tiza de las manos a Ana, para jugar con ella entre sus dedos —. Puedo leerlo y deciros que fue lo que destruyó el mundo. Seguro que lo apuntó, ¿cómo no lo iba a hacer?

— Ganarías la apuesta sin problemas, eso sería trampa — le dijo Ana.

— No, no voy a apostar. Lo leeré y mañana os lo diré. Alguien podrá ganar la apuesta y le diréis que fui yo quien os dio la respuesta. Así os caeré mejor, y Miguel y los demás no estarán tan enfadados conmigo. Solo quiero caer bien. Además, no soy de beber, prefiero que las disfrutéis vosotros.

Piero nos regaló una amplia sonrisa.

— Esa idea es fantástica — dijo Ana, contenta a más no poder.

— ¡Estupendo! Pues me voy ahora mismo a leer el diario. ¿Nos vemos mañana aquí a la misma hora?

— ¡Claro! — le dijo Ana.

Piero se levantó de la mesa y voló fuera del bar, en dirección a su casa, hacía el supuesto diario.

El ruido de las conversaciones volvió a copar el bar.

Yo le di un sorbo a mi cerveza y miré de reojo a Ana.

— Le has contado demasiado.

— No digas tonterías. En el fondo es un buen chico que solo necesita que lo traten bien.

Ya verás, mañana tendrás un nuevo amigo — Ana me dio un golpecito en el hombro —. Y será gracias a mí.

4

Presión, correcta. Remachadora, cargada. Estado del traje, sellado. Todo revisado y perfecto para la salida de hoy.

Miguel hacía lo propio en su rincón de la zona de taquillas.

Miré a mi alrededor.

— Oye — llamé la atención de Miguel —. ¿Y Ana?

— Se habrá quedado dormida — me respondió.

— Helga le va a echar la bronca. Es la segunda vez esta semana que llega tarde al trabajo

— La puntualidad no es lo suyo, que le vamos a hacer — dijo Miguel —. Ni el orden. Deberías ver como tiene el cuarto

Se rió con socarronería.

— Habéis vuelto a pasar la noche juntos — le pregunté.

Los escarceos se habían vuelto algo común entre Ana y Miguel en el último año. No era nada serio y los dos se lo pasaban bien, así que no me preocupé por ello. Era otra forma de fortalecer el lazo de hermandad, aunque yo no pensaba meterme en la cama de ninguno del grupo para mejorar mi relación con él.

— Que va. Me duele la ingle desde hace un par de días. Si mi amiguito no está para cumplir como es debido no le voy a hacer pasar ese mal trago a la pobre.

— ¿Cuándo te vas a declarar? Estáis hecho el uno para el otro.

— No digas tonterías.

— ¿Por qué es una tontería? — me metí aún más donde no me llamaba, me apetecía — Ana es muy buena, seguro que seríais felices. Aunque tendríais unos hijos horribles.

Esta vez no me tiró nada, en su lugar se sentó en el banquito de metal.

— Pues por eso mismo. Ella es una mujer estupenda, y yo soy un capullo.

— Es cierto, lo eres — le sonreí —. Pero también eres una de las mejores personas que conozco.

Miguel se dispuso a responderme, a agradecerme mis palabras, o eso quiero pensar; pero la puerta se abrió de un portazo y la magia del momento se rompió.

Helga la atravesó, con la misma expresión de enfado de cuando perforé sin querer la cúpula y casi me mató con sus propias manos.

— ¡Malditos imbéciles! ¿Qué habéis hecho? Miguel se puso en pie de un salto.

— Coordinadora Müller, tranquilícese — le dije —. No hemos hecho nada, estábamos preparándonos para la próxima salida. Solo falta Ana. Se habrá quedado dormida, pero en cualquier momento llegará.

— No va a venir — nos dijo —. No al menos pronto.

— ¿Qué? — voceó Miguel — ¿Qué ha pasado?

— ¡Silencio! — nos mandó callar —. Tenemos visita, mantened la compostura. Antes de que me diese tiempo a preguntarme quien era quien nos visitaba, los vi.

Tres cupulados. Dos con sotana marrón y uno con una roja, que indicaba que era el equivalente a su capitán. Hombres recios y con una mirada penetrante, que ahora mismo estaba depositada sobre nosotros. El de rojo dio un paso adelante y se puso frente a mí y Miguel.

— Les informo de lo siguiente — dijo con voz ronca —. Su compañera, Ana Vázquez, está bajo nuestra custodia. Ha sido hallada culpable de los delitos de incitación a las apuestas y a la sedición.

— ¡Que tonterías está diciendo!

Miguel dio un paso al frente, uno de los cupulados de marrón también. Pero el cupulado con la porra ya en la mano. Müller pidió calma y el de rojo continuó.

— Tenga cuidado con sus palabras, Romero — alzó la voz en un tono amenazador el cupulado de rojo —. Muchos de ustedes han sido hallados culpables de otros delitos, pero ninguno tan grave. Hemos clausurado el Taburete rojo, al ser nido de insidias y subversión, y la señorita Vázquez va a pasar unos cuantos días en el departamento cívico. Cuando nuestros especialices corroboren que ya no es una amenaza para sí misma ni para la integridad moral de Subaqua, podrá volver a su trabajo; pero degradada. Como recordatorio por sus actos, ahora ejercerá el puesto que antes perteneció a Piero De Luca. Sera apartada de las salidas y de su cargo como remachadora.

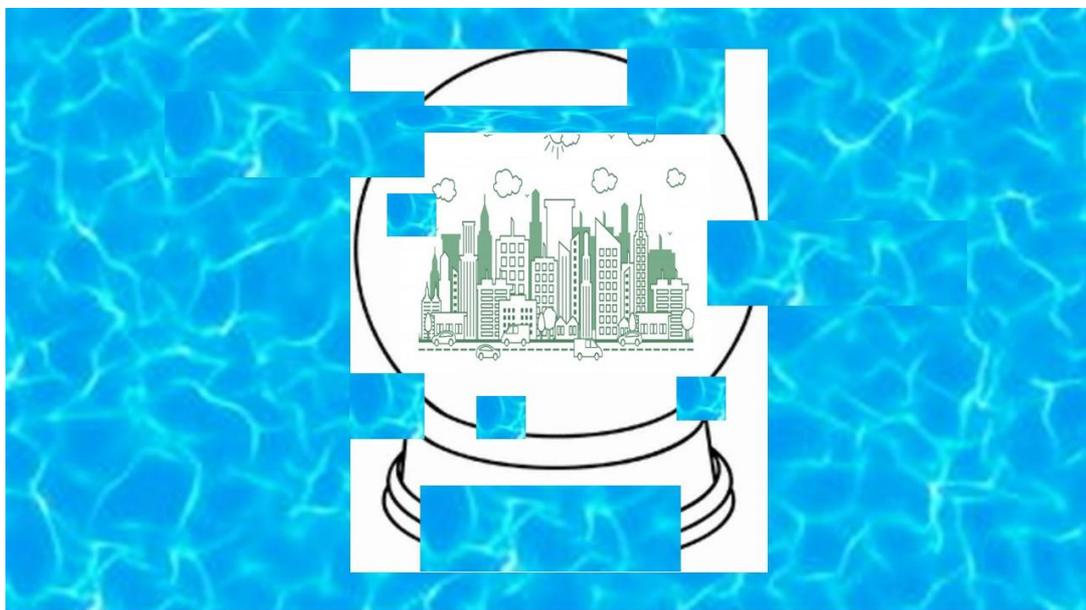
— Maestre, le ruego que se replantee esa decisión — intercedió Helga —. Vázquez es una pieza clave en mi equipo, se que ha hecho mal, pero...

Nunca supimos como terminaba su alegato.

— ¡Silencio! — le ordenó el maestro, agitando la mano — No me haga dudar de su convicción, coordinadora Müller. Ni se atreva a decir cómo debo efectuar mi labor.

— Le pido disculpas, esa no era mi intención.

Helga agachó la cabeza. Lo último que uno quiere en esta ciudad es que un cupulado, tenga el cargo que sea, crea que estas contrariando sus palabras; eso puede acabar muy mal.



El maestro se paseó un rato entre nosotros, desplazando su acusatoria y analítica mirada de uno a otro de nosotros.

— Creo que no alcanzan a comprender la magnitud de estos actos — habló al fin —. El gran Teogonista está consternado. Uno de los pináculos de su comunidad es un hervidero de insidias y sedición. No se puede permitir eso, de ninguna manera. Y haremos lo que sea necesario para que no se vuelva a repetir.

— ¡Ana no es culpable de lo que se le acusa! — dijo Miguel — No fue...

— ¡Mantén la boca cerrada, remachador! — le dijo uno de los que iba de marrón

— El maestro no necesita escuchar tus palabras. Sois vosotros los que tenéis que oírle a él, en silencio.

Miguel apretó los puños y la boca, la lógica no iba a ganar esta conversación. El maestro se aproximó hasta él.

— Hemos encontrado pruebas más que suficientes en ese antro, y sabemos de buena tinta que era ella quien incitaba a la gente a apostar — maldito Piero, a él fue al único que se lo ofreció Ana, al resto fue Miguel —. Por lo tanto, y debido a estas circunstancias, nos vemos obligados a tomar medidas drásticas — continuó el maestro, tras hablarle a Miguel —. Desde

hoy es ¡ilegal! hablar del exterior. Deja de ser una falta moral y cualquiera que lo haga será castigado con severidad. Además, he solicitado que la división de remachadores al completo sea supervisada por el departamento cívico hasta que considere que se ha sofocado por completo este comportamiento. Somos el último bastión de la humanidad, no podemos permitirnos desatender nuestras labores ni nuestro civismo en pos de estúpidas distracciones. ¿Ha quedado claro?

Ninguno respondimos, nos limitamos a asentir. Era lo mejor, responder con algo que no fuese: "Por supuesto, maestro" nos cubriría de mierda hasta las orejas.

El maestro esbozó una asquerosa sonrisa y salió por la puerta, junto a sus dos lacayos.

En cuanto la puerta se cerró, y el resonar de los pasos de los tres siervos del gran Teogonista desaparecieron de nuestros oídos, Helga le propinó tal patada a su taquilla que hundió la puerta hacia adentro.

—¡Malditos hijos de puta! — voceó — ¡No he sobrevivido al apocalipsis ni llevo cincuenta años aquí metida, deslomándome como una desgraciada, para que un puñado de imbéciles me digan de lo que puedo o no hablar!

— Helga... — dije, porque no sabía que otra cosa decir.

Miguel se sentó en el banco, visiblemente hastiado. Se quitó la escafandra y la dejó caer al suelo, desganado.

— Se acabó — dijo —. Nos han jodido, y a base de bien.

— ¡Y una mierda! — dijo Helga —. Antes toleraba esa estúpida norma moral de no hablar del exterior, por el bien de todos, pero ya no. No les voy a permitir que nos hagan esto.

— Helga... — volví a repetir. Desde luego hoy no se me ocurrían muchas palabras.

— Miguel, quiero que bajes al distrito de los sumergidos — le ordenó Helga. Subaqua estaba dividida en tres plantas, cuanto más abajo vivías menos derechos tenías. Arriba del todo vivía la elite política y religiosa de la ciudad. En el medio nosotros, junto con los ciudadanos *útiles*: artesanos, mecánicos, mercaderes, políticos de menos calado...etc. Abajo del todo, los sumergidos, los repudiados de nuestra sociedad pero los que conformaba el sesenta por ciento de la población de subaqua: granjeros hidropónicos, tejedores, mineros y cualquier otro que ejerciera una profesión del sector primario y algunas del secundario.

Su mote era porque en su planta el agua siempre les llegaba a los tobillos, el drenaje es lento y ellos están abajo del todo.

— ¿Para qué? — preguntó.

— Vas a mostrarle la apuesta, a decirles que sabemos la respuesta, y que el que gane se llevará quince mil guileas.

— ¡Que pastizal! Es mi sueldo de tres años — dije sorprendido —. No van a hablar de otra cosa.

— De eso se trata — respondió Helga.

— ¡Los reprimirán! — dije — No les importan una mierda los sumergidos, los golpearan hasta que dejen de hablar del tema.

Helga sonrió pícaramente.

— Se hartarán... — añadió Miguel —. Pero ellos solos no llegarán a ningún lado.

— Lo harán si los acompañan los remachadores — dijo Helga —. Toleran al gran Teogonista y a su sequito, pero nosotros los mantenemos a salvo; nos idolatran.

— ¡Iniciaras una guerra civil! — dije.

— ¿Crees que me gusta la idea? ¿Qué quiero incitar a la lucha? Pero no nos queda otra.

— Siempre quedan otras opciones — dije. No me gustaba la dirección que estaba tomando esto.

Helga me puso sus manos sobre los hombros.

— Lo que pasa aquí no es nuevo, ya lo he visto antes. Vi en directo como caía el mundo por culpa de gente así, personas que están dispuestas a mantenerse en el poder a cualquier coste. Empiezan quitándonos la libertad, y luego nos alienan desde la cuna. Cuando seamos simples borregos que los siguen con fervor y sin saber por qué, nos harán luchar contra cualquiera que pueda desequilibrar su poder... Nos dejarán morir mientras ellos no hacen más que observar la carnicería, para poder seguir mandando sin obstáculos — Helga me quito las manos de los hombros —. No se lo pienso permitir. Esta vez puedo hacer algo.

— Yo estoy contigo — dijo Miguel —. Van a pagar lo que le han hecho a Ana.

— Gracias, Romero.

Helga me miró a mí, esperaba la misma respuesta.

¿Qué podía decirle? Claro que me parece mal que nos prohíban hablar de lo que queramos, que nos apaleen en el departamento cívico hasta que volvamos a decir: "Viva el gran Teogonista y Subaqua", pero recurrir a la lucha armada me parecía horrible. ¿Cuántas muertes en pos de la libertad habría? ¿De verdad era la única solución? No lo creo, pero antes muerto que traicionar los lazos de hermandad y la confianza que tenía con Helga Müller y mis hermanos.

— Me apunto — dije, con dudas.

Miguel estuvo las siguientes semanas fuera de su puesto, se pasaba el día entre los sumergidos. El plan de Helga surtió el efecto deseado. Quince mil guileas era una cantidad más que suficiente para que los ciudadanos se arriesgaran a elucubrar del fin del mundo entre ellos sin importarles lo que hiciesen los cupulados.

La respuesta del gobierno no se dejó esperar: redadas, arrestos indiscriminados, palizas en medio de la calle... Hasta que se hartaron los sumergidos. Ocho cupulados ahorcados en medio de una plaza mostró con claridad sus intenciones, ya no iban a aguantarles nada más.

Tras la salida de Ana del departamento cívico, y que Miguel se decidiera a ir a vivir con ella, para cuidarla (volvió con varios huesos fracturados y con pérdida parcial de visión y audición); nuestra respuesta fue igual de contundente. Los remachadores nos unimos, no íbamos a tolerar que le volvieran a hacer eso a otro de nuestros hermanos.

Lo primero que pasó: los observadores del departamento cívico que nos vigilaban, desaparecieron; uno a uno. Un día estaban y al otro no, y con el aumento de las revueltas en el piso inferior, no enviaron a nadie más. No se lo podían permitir, les empezaba a faltar personal.

Lo segundo: Piero murió en una de sus salidas, tras un *fallo* en su tubo de oxígeno. Se ahogó como la rata que era, con los miembros del grupo dos impidiendo su reentrada en la ciudad.

El instante clave de nuestra historia fue el día en el que Helga se dispuso a anunciar al ganador de la apuesta. Treinta mil almas se reunieron en la plaza central del segundo piso, sumergidos y ciudadanos de ese piso, todos unidos para saber quien había ganado. La resolución dejó callada a la plaza.

— ¡Fue nuestra culpa! ¡Nosotros destruimos el mundo! — gritó Helga a pleno pulmón por el micrófono — ¡No dejemos que vuelva a ocurrir! ¡No tendremos otro lugar al que ir si Subaqua cae!

Cien cupulados irrumpieron en la plaza, dispuestos a llevársela. Cuando la agarraron, cuando estaban a punto de llevársela y yo creía que todo esto no había servido para nada más que crispas aún más los nervios y darle otro motivo al gran Teogonista para poner más leyes represivas, ocurrió. Los ciudadanos cargaron contra ellos y los mataron.

Creí que esa respuesta ambigua, con la que nadie ganaría la apuesta, haría que la gente viese a Helga como una idiota, pero no. Sirvió como discurso propagandístico, les hizo ver que el mundo cayó por culpa de la gente que no hizo nada para evitarlo y no estaban dispuestos a permitir que volviese a ocurrir. Costase lo que costase.

La hermandad ya no era cosa solo de los remachadores, se volvió parte de todos. De cada granjero o minero que luchase por la libertad, de cada ciudadano que estuviese dispuesto a decirle "Basta" al gran Teogonista. Y Helga era su voz. Una voz que los unió.

¿Qué ocurrirá ahora? Pues no lo sé. Subaqua está inmersa en un conflicto que hace unos meses nadie hubiera imaginado.

Ahora, cada vez que veo colgar a un cupulado o cómo apalean hasta la muerte a cualquier rebelde, solo espero una cosa...

Que no seamos nosotros lo que destruyamos el poco mundo que nos queda.

La libertad está bien, pero debe quedar alguien para disfrutarla; no solo cadáveres que lucharon por ella.

Espero que quede alguien para disfrutarla.

Jesús Prieto

Marbella, España, 1991. Escritor y bloguero español. Obras publicada: "**Historias de la Confederación, el augurio de la caída**". Primera parte de una trilogía de novelas de ciencia ficción, publicada por la editorial Atlantis. Una decena de micro relatos de los géneros de terror, ciencia ficción y fantasía publicados con la Editorial diversidad literaria. Finalista del tercer certamen de relatos de ciencia ficción, fantasía y terror de la editorial diversidad literaria, con dos relatos: "**Respira, si puedes...**" y "**Su sabor**". Actualmente administra el blog **Neo-ficción**, en el que publica relatos de propia cosecha con el único fin de que todos puedan disfrutarlos.

Cripta 03

Daniel Roig Canelles

05840/00000

Una mujer enfundada en un mono naranja y un hombre con idéntico atuendo corren por un oscuro pasillo esquivando tuberías y válvulas oxidadas. La mujer lleva un bebé en brazos que llora desconsolado. Dos hombres con uniformes negros les siguen de cerca. En un cruce, el hombre abraza a la mujer y besa al bebé en la frente. Se da la vuelta y se prepara para enfrentarse a sus perseguidores. La mujer retoma su frenética huida en dirección a una pequeña escotilla al final del pasadizo. Deja a la criatura sobre un viejo escritorio que hay al lado de la portezuela y hace girar la manivela con dificultad. La puerta se abre y una gélida brisa se cuele en el túnel. La madre vuelve a la mesa y vacía uno de los cajones en el suelo. Coge un trozo de papel y escribe algo a toda prisa. Coloca al bebé en el cajón con la nota y lo tapa cuidadosamente. Levanta el cajón con dificultad y sale al exterior. Encorvada por el peso, corre hasta la orilla cubierta de nieve de un humeante río y deposita la improvisada balsa en el agua. Justo entonces, una bala le atraviesa el corazón.

La joven Anya se despertó sobresaltada y con el habitual dolor fantasma que le provocaba el sueño que la había acompañado toda su vida. Se apretó con fuerza el muñón donde habría estado su mano derecha y se quedó en la cama con la mirada perdida en la oscuridad.

Era invierno, por lo que los días no eran más que amaneceres estirados hasta la puesta de sol. Anya salió de su casa preparada para el gélido exterior, a 53°C bajo cero; donde incluso el propio vaho se congelaba rítmicamente en una nube centelleante. Pertrechada con su anorak rojo, se dirigió a la cabaña de Mica, la vieja chamana del pueblo y su única amiga.

El poblado constaba de una sola calle sin asfaltar flanqueada por una treintena de casas ruinosas. Pese a que todo el mundo seguía durmiendo, podía verse salir de todas las chimeneas una recta columna de humo blanco que se elevaba hasta fundirse con el gris del cielo. Sin las hogueras y estufas que ardían sin descanso en el interior de las viviendas, la vida en el corazón de Siberia sería imposible. Diez meses de inhóspito invierno y un breve suspiro de verano hacían de la existencia en Oymyakon una cuestión de pura supervivencia.

La cabaña de Mica estaba un poco alejada del resto de casas, justo al lado de las aguas termales del río que daba nombre a la región. Anya se coló en su interior sin llamar.

—¿Otra vez esa pesadilla? —La anciana le habló desde la penumbra sin apartar la mirada de la hoguera—. Quítate las botas, debes tener respeto al entrar aquí, ya lo sabes.

—Sí, abuela —contestó la pequeña mientras cerraba la puerta forrada con una colorida alfombra de lana.

—Hoy cumples dieciséis años, mi pequeño búho. —La chamana volteó la cabeza para dedicarle una desdentada sonrisa llena de arrugas—. Ven, tengo algo para ti —le indicó con un gesto que se sentara a su lado.

Anya se apretujó contra el huesudo cuerpo de la anciana y coló sus brazos bajo el manto de reno blanco que la cubría. La anciana acercó un bulto envuelto con un desgastado trozo de seda.

—He guardado esto durante mucho tiempo —dijo la viejecita.

La joven desenvolvió el fardo: era una arrugada tela naranja de aspecto sintético. La desplegó con cuidado y vio que era una especie de mono de trabajo. Le llamaron la atención las letras CSH sobreimpresas a la altura del pecho.

—Mi sueño... ¿Cómo lo has sabido? —preguntó Anya, confusa.

—Porque no es un sueño, pequeña, es un recuerdo. Envuelta en él, flotando río abajo, te encontré hace dieciséis años —le contó Mica mientras le acariciaba la cara con sus ásperas manos—. Junto a tu diminuto cuerpo encontré esta nota: «Wen 00186/00000».

—Y mi... —La adolescente se miró el muñón con lágrimas en los ojos.

—Cuando te encontré, tus deditos estaban al descubierto. El agua del río había mantenido tu cuerpo caliente, pero en contacto con el gélido viento, tu manita se había congelado —respondió Mica mientras se acercaba el bulto de pálida carne para besarlo.

—Entonces, Nariya no es...

—Ella se ofreció a criarte, porque no podía tener hijos y necesitaba a alguien que la ayudara en casa cuando fuera mayor. —La anciana agachó la mirada—. Por mucho que lo deseara, éste no es hogar para una niña. —Volvió a sonreír—. Pero siempre serás árbol de mi sabia.

Las dos se fundieron en un abrazo que duró una eternidad. Mientras tanto, fuera, el pueblo empezaba a despertarse y los primeros habitantes salían a la calle para comenzar con sus cotidianas tareas de las que dependía la supervivencia de toda la tribu.

0001/1250

Las paredes del camarote hace rato que han empezado iluminarse gradualmente, pero Hiro sigue en la cama adormilado. No está seguro de cuánto lleva así. Tiene la boca seca y la visión

borrosa, pero su corazón late desbocado. Logra incorporarse con gran esfuerzo. Echa un vistazo a la estancia: es del tamaño de una habitación de hotel y de techo bajo. Las paredes del habitáculo muestran un paisaje montañoso cubierto por un frondoso bosque de abetos. Tras uno de los picos nevados despunta el sol de la mañana.

El contacto de los pies con el frío suelo metálico le reconforta, se masajea los tobillos intentando activar la circulación y descubre que lleva una pulsera digital. En la pantallita se pueden leer sus constantes vitales y, escrito en letras verdes: «0001/1250».

—Buenos días, Hiroshi. —Una voz le habla nítidamente al oído. Hiro se da la vuelta sobresaltado, buscando de donde proviene—. Por favor, intenta serenarte, tus constantes vitales están aún frágiles. Acabas de salir de reanimación.

—¿Quién...? ¿Dónde estás?

—Soy MEL, el sistema a cargo de la cripta. Puedes oírme gracias a un implante en la base de tu cráneo. Mi voz se transmite en forma de vibración por tu hueso occipital hasta los tímpanos, donde se convierte en sonido.

Hiro levanta el brazo con dificultad y se palpa la nuca. Sus dedos se apartan espantados al notar la fría superficie de un objeto extraño que sobresale de su cuero cabelludo.

—¿Cripta...? —musita Hiro nervioso.

—Es normal que estés confundido, es un efecto secundario de la crioestasis. Irás recuperando la memoria paulatinamente. —La cálida voz resulta reconfortante—. Te encuentras en CRIPTA03, tu nuevo hogar. Responderé a todas tus preguntas en breve, pero ahora necesito que te dirijas a la cafetería y te tomes el desayuno. Detecto un déficit de electrolitos en tu metabolismo. Aunque es un efecto secundario normal, es muy importante que sigas mis indicaciones para que tu recuperación sea rápida y sin complicaciones.

—Está bien.

—Excelente. Sal del camarote y sigue el pasillo a tu derecha.

Hiro sigue ligeramente mareado, pero se ve con fuerzas para caminar. Sus pupilas tardan unos segundos en adaptarse a la intensa luz que emiten las paredes del largo corredor que encuentra tras la puerta. Avanza cabizbajo y apoyándose en las paredes del pasadizo, que muestran imágenes de un acantilado de piedra rojiza azotado por el oleaje.

—A veinte metros, gira a la izquierda. Encontrarás la cafetería —le indica MEL.

Antes de entrar, se apoya en la pared a descansar. Se siente como si hubiera corrido una maratón.

La cafetería es una amplia sala con largas mesas simétricamente dispuestas. Las paredes muestran imágenes de un antiguo bistró de estilo parisino, y producen el efecto de encontrarse en la capital francesa en una hermosa mañana de otoño.

—Dirígete al centro de la sala, al dispensador.

La gran estancia está prácticamente vacía. Dos personas sentadas a pocos metros dejan su desayuno por un instante y le miran sonrientes; ambas visten un mono naranja idéntico. Hiro agacha la vista y se da cuenta de que solo lleva puesta una bata de hospital, pero está demasiado cansado para dar media vuelta y volver a la habitación. Aunque siente los músculos de su cuerpo agarrotados, hace un esfuerzo para erguirse y aparentar normalidad. Llega al dispensador al borde del desfallecimiento y tiene que sujetarse a la barra, incapaz de mantenerse en pie. En ese instante, se abre una puertecilla en la pared y aparece un vaso lleno de líquido azul con una pajita.

—Es un batido proteico rico en vitaminas. Te hará sentir mejor —explica la IA.

Sin dejar de aferrarse al mostrador, Hiro flexiona tembloroso las piernas y agacha la cabeza hasta alcanzar la pajita con los labios.

—*La pire gueule de bois de ta vie, non?* —Un joven atlético, de metro noventa y tez oscura, se encuentra a su lado y le habla en un idioma extraño.

—La peor resaca de tu vida, ¿no? —traduce MEL al instante.

—Eh... Lo siento, pero no hablo tu idioma. —Hiro le mira aturdido.

—Ya lo sé, hombre... —se ríe— Yo tampoco, pero MEL se encarga de eso. —El joven ayuda a Hiro a incorporarse—. Tranquilo, todos estamos hechos una mierda recién despertados. Se pasa en un par de días.

—Eso espero...

—Me llamo Ahmadou. ¿Es tu primer ciclo? —pregunta el joven mientras le acerca la pajita a los labios.

—Me llamo Hiro. Pero... —Hiro arruga las cejas— no estoy seguro...

—Es normal. Ya te irán viniendo los recuerdos. Eres de Japón, ¿no?

—¡Sí! Es verdad... ¡de Tokio!

—¡Lo ves! Pronto te acordarás de todo. Bueno, o casi todo. Dicen que algunas sinapsis se deterioran demasiado en el proceso de descongelación como para recuperarse. —Se encoge de hombros—. Yo nací en Senegal. En la vida hubiera pensado que pisaría Siberia. —Suelta una carcajada—. Pero ya ves, la lotería nos repartió bien, ¿eh?

—Sí, sí, claro... —contesta Hiro, intentando seguirle la corriente.

—Bueno, tómatelo con calma. Nos vemos por aquí. Te dejo con tu... —echa un vistazo al vaso— ¡Puaj! Ya no me acordaba de la papilla de recuperación ¡Qué asco! Me temo que hasta

dentro de una semana no te dejarán comer sólido, chaval. —Le da una palmada a Hiro en la espalda que casi le tumba.

—Adiós.

Hiro da el último sorbo al mejunje y decide que es hora de volver a acostarse.

05841/00000

Anya se despertó más tarde de lo habitual tras un plácido sueño. Se calzó las botas a toda prisa y salió de casa hacia el antiguo pabellón de deportes.

La gran bóveda de cemento era el mayor edificio que quedaba en pie, y se usaba como almacén y área de trabajo. Bajó las escaleras que conducían a la antigua pista de baloncesto, donde Yerik estaba trabajando. Su pálido rostro estaba pegado a una placa fotovoltaica oxidada.

—Hola, Yerik. ¿Necesitas ayuda con eso? —dijo Anya de buen humor.

—Nah... ya casi lo tengo —contestó Yerik, sin dejar lo que hacía.

Se sentó en su sitio, abrió un cajón y sacó su prótesis de trabajo. Era un cilindro de madera que encajaba en su muñón y que había equipado con una multiherramienta eléctrica. Apretó bien las correas a su antebrazo, insertó el cabezal destornillador en el rotor y se dispuso a continuar con la vieja bomba de agua donde lo había dejado el día anterior.



—Oye, Yerik... ¿tú has ido alguna vez a la fábrica? —soltó sin venir a cuento.

—¿A qué viene eso? —contestó Yerik levantando la vista de la mesa para dirigir una mirada de reprobación a Anya.— Sabes que solo Artyom y Melek la visitan de vez en cuando.

—Sí, ya... Era solo curiosidad —dijo Anya sin mirarle—. ¿No te has preguntado nunca qué hay allí? —insistió.

—Lo único importante es que vuelven con tabletas vitamínicas para pasar el invierno. No necesito saber nada más.

—Supongo... —musitó Anya absorta en sus pensamientos.

—Deja de soñar y métele caña a la bomba. Como llegue Ivanova y no la tengas lista, te caerá una buena...

Anya ignoró a Yerik y siguió con la mirada perdida entre válvulas y tuercas. Aunque su mente estaba en otro lugar, río arriba.

Era Yhyakh, Anya llevaba todo el año esperando ese día, pues se trataba de la festividad más importante y además, ese año, coincidía con su estrenada mayoría de edad. La joven se recogió el pelo con un lazo y estrenó unos zapatos de tacón que había hecho a partir de unas viejas botas de su madre.

Se había improvisado una pista de baile en el polideportivo y todo el pueblo asistió al evento. Anya observaba a la gente desde un rincón, mientras agitaba nerviosa los pies. A pocos metros, en la mesa de las bebidas, se encontraba Melek medio borracho. Se fijó en ella, levantó la botella y le guiño un ojo; después eructó sonoramente y siguió bebiendo. En aquel momento, apareció Artyom y le arrancó el vodka de la mano. Melek rehistó resignado y los dos hombres se pusieron a discutir. Por encima de la música, Anya pudo oír como Artyom se quejaba de que la última vez le había tenido que esperar en el trineo pelándose de frío porque se había dormido, y no quería que volviera a pasar lo mismo.

Anya salió de su ensimismamiento cuando las luces se apagaron y la banda empezó a tocar una canción lenta. Todas las parejas se levantaron y fueron a la pista para bailar abrazados. Con el corazón acelerado por la expectación, vio al grupo de chicos de su edad en un corrillo al fondo de la sala. La estaban mirando, cuchicheaban e incitaban a Yerik a moverse. El muchacho se peinó con la mano y caminó decidido hacia donde ella estaba. Se detuvo enfrente e hizo una caballerosa reverencia ofreciéndole su mano para que Anya la tomara. Roja como un tomate, la joven aceptó la propuesta y posó su mano en la palma del muchacho. Un guante vacío cayó al suelo, dejando al descubierto un palo enfundado en la manga de la chaqueta del chico. Justo cuando la música paró, Yerik estalló en una carcajada que atrajo las miradas de todos los presentes. Incapaz de soportarlo, Anya escapó de allí corriendo, con las crueles risotadas clavándosele en los oídos.

Entró sin llamar en la choza de Mica, estaba tiritando y sus lágrimas eran estalactitas colgando de sus pestañas. Se adentró sigilosamente en la estancia, esforzándose por reprimir el llanto que le subía por la garganta.

—Hola, mi búho. Ven a sentarte al lado de la hoguera, estás temblando. —La voz de Mica resonó como en una cueva.

—Sí, abuela —dijo con voz temblorosa la joven.

—No hace falta que te saques estos zapatos tan bonitos —añade Mica.

Anya sonrió para sus adentros y se sentó junto a la anciana.

—¿Cómo es que no estás en el baile, pequeña?

—Es que... —Estalló en un llanto de rabia acumulada—. ¿Por qué yo... por qué no puedo ser normal?

—Mi búho —dijo suavemente Mica, mientras le secaba las lágrimas—. No todos venimos a este mundo para llevar una vida como las demás. Algunos debemos ser excepcionales. —Anya la miró con condescendencia—. Y tú, Wen, fuiste excepcional desde el día que naciste.

—Pero yo no soy como tú, abuela. —Se sorbió los mocos—. La gente me trata como si fuera una piedra del suelo a la que pisotear. No tengo nada que ofrecerle al mundo —añadió con resignación.

—Una tuerca no es nada más que un trozo de metal, hasta que el destino le encarga sostener un puente. —dijo sonriente la anciana—Solo espero que las estrellas me permitan vivir lo suficiente para llegar a ver el majestuoso puente en el que te convertirás.

—Gracias, abuela —murmuró hundiendo la cabeza en el pecho de Mica.

0002/1250

Al día siguiente, Hiro se despierta sintiéndose mucho mejor. Ese bienestar le infunde cierto optimismo.

—Buenos días Hiroshi. Tus biométricas están casi equilibradas. Me alegro de que tu recuperación avance tan bien. Por cierto, encontrarás un mono de tu talla en el armario.

Hiro mira su pulsera, sus constantes parecen normales, en la esquina superior de la pantalla se puede leer «0002/1250».

—Después del desayuno —continuó MEL—, y si te ves con fuerzas, creo que sería una buena idea que recibieras la primera sesión de instrucción. Favorecerá la recuperación de tus funciones cognitivas. Cuando quieras, te espero en el virtualón.

Le agrada la idea y está ansioso por conocer lo que le espera en su nueva vida, así que abandona su camarote camino a la cafetería con una sonrisa en los labios.

Tras una corta siesta, sigue las indicaciones de MEL para llegar al virtualón. Sus dimensiones son idénticas a las de la cafetería, pero, en este caso, la estancia se encuentra dividida en multitud de cabinas individuales. Hiro abre una de las portezuelas. Dentro, hay un sistema láser de realidad virtual. La tecnología le resulta familiar, así que sube a la omnicinta y se abrocha el arnés de seguridad de forma automática.

—Comencemos. Puedes interrumpirme cuando quieras. —La cámara sobrevuela velozmente una llanura hasta detenerse en frente de un gran edificio en medio de un impoluto manto de nieve—. Nos encontramos en Siberia, en una de las siete criptas del mañana construidas tras la gran hambruna. Has sido seleccionado aleatoriamente para interrumpir tu criostasis. Según la ley vigente, derivada del Acuerdo de las Marquesas, tienes derecho a permanecer un máximo de cuatro años en animación. Tras ese periodo, serás crionizado de nuevo hasta el siguiente ciclo de reanimación. En tu pulsera puedes ver en todo momento cuantos días te quedan hasta tu próxima hibernación...

—¿Qué? —interrumpe Hiro— ¿Solo cuatro años? ¿Por qué me habéis despertado para tan poco tiempo?

—La tecnología actual no permite preservar el cuerpo humano más de cien años seguidos sin que se produzcan daños irreparables. Es por ello que todos los cuerpos criogenizados deben ser reanimados periódicamente. La limitada capacidad de sustento de la cripta solo permite un máximo de diez mil personas animadas a la vez. —La imagen muestra, ahora, una infografía sobre la población de la cripta con decenas de índices y porcentajes dinámicos.

—¿Quieres decir que el tiempo de animación permitido se reducirá a medida que nazca gente?

—No. Según el decreto ley 3.4 párrafo 234B, queda prohibida la concepción de fetos humanos más allá de la doceava semana de gestación. De acuerdo con esta directriz, se administran anticonceptivos regularmente junto al suministro de nutrientes. Dada la no infabilidad de los mismos, se ponen a disposición de cualquier habitante de la cripta sistemas de aborto en caso de que sean requeridos. Así pues, los posibles ajustes en el número de habitantes solo se derivan de los decesos que se puedan producir. Hasta el momento, solo dos criptadanos han fallecido.

Hiro se queda pensativo, asimilando la información. Mientras, la imagen virtual sobrevuela en círculos el edificio.

»Si no tienes más preguntas, iniciaré un rápido repaso histórico para estimular tu memoria y ponerte en situación. Te llamas Hiroshi Ogura, tienes veintiún años y naciste en Tokyo el 20 de junio del 2021. El 4 de mayo del 2044 se te concedió por sorteo una plaza en CRIPTA03. Has permanecido en crioestasis 72 años, 10 meses y 2 días.

—¿Cómo? ¿Estamos en... —se detiene mientras calcula mentalmente— el 2116?

—2117, para ser exactos.

—No puede ser... —murmura Hiro incrédulo.

—Sé que todo esto es mucho para digerir, Hiroshi. Si lo deseas, podemos parar aquí continuar en otro momento.

—No, no...

La imagen aérea desciende en picado, atravesando las paredes del edificio.

—CRIPTA03 consta de 4.348.240 m² distribuidos en cincuenta y cuatro plantas. Solo diez de los niveles se encuentran sobre la superficie, son las zonas de hibernación. —La cámara recorre los pasillos de la instalación mientras, en una esquina, un esquema 3D del complejo señala la zona donde se encuentran—. Los primeros once niveles subterráneos son las zonas habitables y el resto de plantas inferiores están dedicadas a los sistemas de suministro y soporte vital. Dispones de una enfermería, cafetería y zonas de ocio en cada planta.

—Como para no perderse...

—Para facilitar la orientación, cada planta recrea paisajes y lugares de alguna antigua región de la Tierra. Por ejemplo, tu camarote se encuentra en nivel Europa. Puedes moverte con libertad por todas las zonas, excepto las restringidas por seguridad. Esas son exclusivas de los agentes del orden, que identificarás por su uniforme negro.

—Me gustaría visitar la planta Asia.

—Es el nivel —7. —La imagen desciende por un enorme hueco de ascensor y va parar a un precioso bosque de bambú mecido por el viento.

—¡Es Arashiyama! Qué bonito...

—Hiroshi, debes entender que todos esos sitios ya no existen. ¿Recuerdas por qué se confinó a la humanidad en las criptas?

—Hambre... —Hiro cierra los ojos en un esfuerzo por recordar.

Hiro abre los ojos de nuevo y se encuentra flotando por encima de una bulliciosa ciudad. Imponentes rascacielos se elevan hacia él hasta casi tocarlo, mientras a nivel de suelo el denso tráfico circula frenético entre los edificios.

—A finales de los treinta, la población mundial alcanzó su récord histórico —continúa MEL—. La estimación de reservas de petróleo hechas a principio de siglo resultaron ser

equivocados. Cuando se descubrió el error, ya era demasiado tarde. La escasez de combustible fue solo la primera ficha del dominó, todas las demás fueron cayendo de forma acelerada. La humanidad dependía de la agricultura intensiva que se practicaba en todo el planeta y que necesitaba de enormes cantidades de fertilizantes y pesticidas derivados de los hidrocarburos. Sin ellos, la producción de comida se redujo drásticamente y se interrumpió el suministro de alimentos en las zonas urbanas. —Imágenes de revueltas en las calles e infinitas extensiones agrarias desertizadas desfilan ante un compungido Hiro, que se resiste a recordar—. Debido de la crisis, estallaron centenares de conflictos bélicos para apropiarse de las pocas fuentes de recursos que quedaban en el planeta. Fueron años funestos para la humanidad; el hambre y el deterioro del medio ambiente derivado del uso de armas nucleares provocaron millones de muertos. La sociedad quedó reducida a grupos de población atrincherados en las escasas zonas rurales habitables que quedaban. Fue entonces cuando, tras la desaparición de la ONU, se creó el Comité para la Supervivencia Humana y se erigió como única autoridad a nivel planetario. La unión de la humanidad para el bien común logró estabilizar la situación por un tiempo. No obstante, el ecosistema terrestre seguía en caída libre y las escasas fuentes de comida y agua se agotaban irremediablemente.

—Lo recuerdo, apenas nos daban una ración de arroz al día. Vi a padres sacrificarse para alimentar a sus hijos.

—Fue por eso que el CSH diseñó un plan de emergencia para la supervivencia de la especie humana. Se crearon siete criptas para albergar al 50% de la población superviviente y se...

—Pero, ¿y el resto? ¿Por qué no se construyeron criptas para todo el mundo? —interrumpió Hiro.

—Lamentablemente, no había recursos ni tiempo suficientes para ejecutar un plan a tan gran escala. Se estableció un sistema de sorteo entre la población físicamente apta para soportar el proceso de hibernación y se distribuyó a los afortunados entre las siete instalaciones. La mayor parte de la población no crionizada pereció a los pocos años. Se cree que actualmente no existen núcleos de población supervivientes en el exterior.

—¡Es inhumano! —grita Hiro— ¿Qué derecho tenían a decidir quién vivía y quién no?

—Por favor, Hiroshi, intenta comprender que la situación era desesperada. Gracias al sacrificio de todas esas personas, la humanidad tiene hoy una nueva oportunidad para enmendar los errores del pasado. Además, piensa que las criptas son solo un refugio temporal, los cálculos indican que la humanidad podrá volver a poblar el planeta dentro de aproximadamente 900 años.

—¿Qué? ¿Me estás diciendo que voy a pasar el resto de mi vida aquí encerrado? —De pronto, Hiro es consciente de las miles de toneladas de piedra y cemento sobre su cabeza—. Necesito salir de aquí... tengo que...

—Tranquilízate, Hiroshi. Estás hiperventilando. —La imagen se disuelve y Hiro vuelve a estar en la aséptica cabina del virtualón—. Será mejor que lo dejemos por hoy, necesitas descansar. Mañana seguiremos con la información básica sobre el funcionamiento de la cripta.

Al salir de la cabina, se da de bruces con Ahmadou.

—Tío, estás sudando. Haces mala cara, ¿te encuentras bien?

—Eh... sí, sí, estoy bien. —Hiro fuerza una sonrisa— Es solo que la sesión de bienvenida ha sido un poco intensa —añade secándose la frente con la manga.

—¡Anímate, hombre! Tú lo que necesitas es un trago. Vamos, en esta planta hay un pub londinense genial.

—Creo que será mejor que descanse —hace ademán de irse.

—Claro, tranquilo. Queda pendiente, ¿ok?

—Sí, sí, claro... —añade Hiro mientras se aleja tambaleándose.

05842/00000

Apenas logró descansar nada. El intenso frío la había hecho tiritar toda la noche pese a estar escondida en el trineo bajo decenas de pieles. Con los primeros rayos de sol, Melek y Artyom arrancaron la marcha con un agudo silbido. A media tarde, el grito de Melek a los perros le indicó que habían llegado a su destino. Permaneció inmóvil, a la espera del mejor momento para salir sin que la vieran, pero las botas de Melek, paradas enfrente del trineo, se lo impedían.

Oyó unas voces a lo lejos que se iban acercando. Era Artyom, y por el nerviosismo de la jauría, venía acompañado.

—Hazme caso, son pieles de reno auténticas, no hay mujer que se resista a su tacto...

—Mira que suaves... —Melek se unió a las voces y sus botas desaparecieron.

Aprovechó esa oportunidad para salir de su escondite y quedarse agachada tras el trineo. Lentamente, asomó la cabeza y pudo verlos hablando con dos extraños. Llevaban gorra y gafas de sol, y vestían un mono negro con las siglas CSH, como en su sueño. La joven Anya, con el pecho encendido de ira, saltó de detrás del trineo sin pensárselo dos veces.

—¡Vosotros matasteis a mi madre! —gritó señalándoles con el dedo— ¡Asesinos!

El sobresalto rompió el corrillo. Melek y Artyom se dieron la vuelta, y los otros dos retrocedieron unos pasos desenfundando sus armas.

—¿Anya? Pero, qué coño... —dijo Artyom sin salir de su asombro.

—Calma, amigos... —intervino Melek— Está loca, no le hagáis caso, debe haberse escondido en el trineo. Yo me encargo, seguid con la venta...

—¡No estoy loca! —protestó— ¡Y no me llamo Anya! Soy Wen y nací ahí —insistió señalando el enorme edificio que tenían enfrente.

—¡Cállate niña! —le ordenó Melek enseñándole la mano abierta— Deja de decir tonterías.

—¡No! Tengo la prueba. —Metió la mano dentro de su anorak y sacó el mono naranja que le dio Mica—. ¡Mira!

En aquel momento, los dos hombres de negro se miraron y, sin mediar palabra, abrieron fuego. Artyom cayó al suelo fulminado y Melek saltó sobre uno de ellos. Asustados por los disparos, los perros apretaron a correr y Anya aprovechó para aferrarse al trineo como pudo. Varias balas pasaron silbando por encima de su cabeza antes de perderse en el bosque.

Ya era de noche cuando Anya llegó al pueblo iluminado por las llamas. La nieve caía ingrávida tiñendo la escena con una pátina de irrealidad. La calle era un barrizal repleto de cuerpos calcinados. Corrió a la cabaña de Mica, que parecía ser la única que no ardía, y entró llamándola a voces.

—Mi búho... —La voz de Mica era un ahogado susurro que provenía del sofá.

—¡Abuela! —gritó arrodillándose a su lado— No te mueras, por favor, abuela...

—Mí... —Tosió manchando de sangre su manto blanco—. Mi luz se apaga como una hoguera sin leña. Pero... —forzó una sonrisa— mis brasas seguirán ardiendo en tu corazón toda la vida.

—¡No! Tú, no... —Anya hundió la cara en el pecho de la anciana, incapaz de mirarla—. Todo ha sido por mi culpa, abuela...

—Son las estrellas, las que dictan nuestro destino. Y... —la anciana hizo una mueca de dolor— tu estrella brilla alto esta noche, Wen.

Tras esas palabras, Mica se apagó.

0003/1250

Hace rato que Hiro está despierto, pero permanece en la cama con los ojos perdidos en el montañoso horizonte. Puede percibir la ligera brisa proveniente de la reja de ventilación que hay en el techo y, por primera vez, es consciente del incesante crujir de las paredes que le rodean. Ligeros golpecitos y estruendosos quejidos del metal que le recuerdan que está atrapado en un ataúd presurizado, cientos de metros bajo la superficie.

A media tarde, se obliga a salir del cuarto para acudir a su cita con MEL.

—En CRIPTA03, todos somos una pieza clave del sistema y cada uno tiene un papel fundamental para la supervivencia, no solo de sus habitantes, sino de la especie humana —anuncia enérgicamente MEL.

Los láseres proyectan escenas de la vida cotidiana donde personas felices y de aspecto saludable, vestidas con el mono naranja característico, realizan todo tipo de actividades cotidianas.

—Como te expliqué ayer, los criptadanos tenéis todas vuestras necesidades cubiertas, éste es mi cometido. Me aseguro de que el sistema de autoabastecimiento se mantenga en perfecto estado de funcionamiento. Todo el conjunto se sustenta en una sola fuente: el océano; del que obtenemos el agua gracias a una canalización que nos conecta con el Mar de Ojotsk. —La cámara desciende a los niveles más profundos del edificio, donde hay un enorme toroide incandescente—. Para empezar, se extrae el hidrógeno que es el combustible usado en el reactor de fusión nuclear que suple nuestras necesidades energéticas. ¡Con un solo gramo de agua se satisface el consumo eléctrico diario de toda la cripta!

—Impresionante... —comenta Hiro sin demasiado entusiasmo.

La cámara se traslada al nivel superior, repleto de lo que parecen grandes prensas hidráulicas.

—El agua sobrante, se trasvasa a la planta de minería osmótica, donde se extraerán todos sus iones y partículas en disolución. En una sola gota de agua de mar puedes encontrar átomos de cualquier elemento químico presente en la Tierra. Solo hay que destilarlos y unirlos para obtener cualquier materia prima. Tenemos a disposición un centenar de métodos diferentes que se encargan del suministro de los materiales que necesitan nuestros centros de impresión 3D.

La imagen muestra un brazo robotizado trabajando frenéticamente. A su lado, una persona revisa una tuerca recién hecha.

—Todo esto resulta fascinante, pero ¿de dónde sacamos la comida?

—Los componentes biológicos se producen en las granjas de moléculas orgánicas. Disponemos de gran variedad de biorreactores celulares. —La cámara se centra ahora en una red cuadrículada de cubetas iluminadas por lámparas LED—. Gracias a estas fábricas moleculares en miniatura, podemos obtener todo tipo de nutrientes, productos farmacéuticos o fibras vegetales. Son una versión miniaturizada y optimizada de las antiguas explotaciones agrícolas y ganaderas.

—¡Qué bien! Un bistec salido de una placa de Petri... —comenta con sorna Hiro.

—Y para cerrar el círculo, toda la materia residual generada se desmenuza y se devuelve al mar. —La imagen se funde a blanco y la omnicinta se detiene—. Es todo por hoy. Mañana empezaremos con tu entrenamiento ocupacional.

—¿Qué? Pensaba que todo el trabajo lo harían tus robots...

—En gran medida, sí. No obstante, ciertas partes del proceso requieren intervención humana. Como te dije, todos los criptadanos juegan un papel esencial para la supervivencia de la humanidad.

—Si tú lo dices...

Hiro abandona la cabina de mal humor y camina sin rumbo, asimilando la nueva realidad en la que le ha tocado vivir. Se cruza con decenas de almas enfundadas en monos naranjas que, como él, han aceptado su nuevo destino, tal vez sintiéndose afortunados de no ser uno de los que se quedaron fuera.

Al doblar una esquina, se topa con Ahmadou.

—Hombre, tú de nuevo... —comenta Ahmadou sonriente— Déjame adivinar, tienes sesión con MEL...

—No, justo terminé ahora.

—Perfecto, ¡vamos al bar!

—Es que, yo...

—Venga, tío. Hay que divertirse. ¡Estamos vivos! Además, tenemos una copa pendiente —insiste Ahmadou.

—Está bien, pero solo una y me voy —acaba cediendo Hiro.

—¡Genial! El pub no está muy lejos de aquí, ya verás cómo mola —dice mientras empuja a Hiro pasillo abajo.

El pub y la cafetería son espacios idénticos. La única diferencia es la proyección de las paredes, que en este caso recrea un típico *irish bar* inglés. El sitio está completamente lleno y el barullo de la gente es ensordecedor.

—¿Te lo dije, o no? —dice orgulloso el senegalés— A esta hora siempre está a tope. ¡Mira, ahí hay un par de sitios! —le apremia Ahmadou señalando un hueco en una mesa cercana—. Ve a sentarte, yo traigo las bebidas.

Al poco, vuelve con dos jarras de cerveza. Ahmadou levanta la suya y le lanza una intensa mirada a Hiro.

—Por tu nueva vida. —dice solemnemente el senegales.

—Por mi nueva vida... — repite Hiro antes de darle un sorbo a la cerveza.

Las horas pasan, y lo que tenía que ser una cerveza rápida, se convierte en un surtido de licores y brebajes, sin control. Hiro se divierte, está visiblemente ebrio, pero es incapaz de parar. Ahmadou está eufórico y le lanza indirectas cada vez más subidas de tono a Hiro. En un cruce de

miradas, le arranca un beso de la boca. Ahmadou le coge del brazo y lo conduce fuera del pub donde siguen enrollándose ante la indiferente mirada de la gente.

0004/00000

Al día siguiente, la resaca de Hiro es peor que la del primer día; y le cuesta recordar qué pasó la noche anterior. Aturdido, se da cuenta de que está desnudo y en un camarote que no es el suyo. Se viste apresuradamente y se marcha sin despertar a Ahmadou, que se queda roncando plácidamente.

A duras penas llega a la cafetería, pálido y con la boca hecha serrín.

—Buenos días, Hiroshi. Tu nivel de electrolitos es bajo, parece que tu sistema ha sufrido una recaída, pero no es grave. Los desajustes metabólicos son habituales durante el primer mes. Te prepararé un batido que te hará sentir mejor —dice MEL, por encima de los tambores de su cabeza.

—Sí, por favor —suplica Hiro— y añade un par de tazas de café a la mezcla.

—Puedo añadir cafeína sintetizada en nuestras granjas, si lo deseas.

—Servirá...

—Aquí tienes. —La puertecilla se abre y el mejunje azul aparece—. Recuerda que hoy tienes la sesión de entrenamiento. Nos vemos en el virtualón.

—No fastidies... —musita Hiro— Ni me acodaba.

—Estoy seguro de que la encontrarás muy interesante. Recuerda, todos tenemos que jugar nuestro papel para...

—Ya, ya... —entona Hiro con retintín— para que la humanidad sobreviva.

—Exactamente.

Tras el batido, la cabeza de Hiro empieza a aclararse, pero sigue siendo incapaz de recordar qué sucedió la noche anterior. No entiende cómo pudo pasar, no es propio de él acostarse con alguien a quien apenas conoce y por el que ni siquiera se siente atraído. No quiere comportarse como un paranoico, así que lo atribuye a los efectos secundarios de la estasis, pero decide que hablará con Ahmadou para aclarar las cosas.

La resaca le acompaña toda la mañana y, tras una interminable sesión con MEL en el virtualón, decide pasarse por el camarote en el que despertó. Al girar la esquina, ve como la puerta de la habitación se abre y sale Ahmadou con una joven de rasgos hindúes. Descolocado, Hiro se esconde tras una tubería para que no le vean. Los dos jóvenes se despiden con un húmedo beso antes de emprender caminos opuestos. Cuando la chica desaparece tras la esquina, Hiro acelera el paso tras el senegalés con la intención de hablar con él. Está a punto de perderle la pista, pero le ve por el rabillo del ojo al final de un oscuro corredor. Está con dos agentes del orden vestidos

con su característico mono negro. Ríen y gesticulan obscenamente como si fueran colegas de toda la vida. Todo aquello resulta demasiado raro, así que decide seguir a Ahmadou con la esperanza de obtener alguna respuesta.

Tras atravesar multitud de estancias y recorrer interminables pasadizos, Hiro se da cuenta de que se encuentran en una zona de la cripta en la que nunca había estado. Está desorientado, las paredes no muestran ninguna imagen y el aspecto deteriorado de todo lo que le rodea le desconcierta. ¿Qué hace aquí Ahmadou? Ninguna de las zonas de trabajo está tan arriba. Finalmente, Ahmadou atraviesa una portezuela sin identificación. Hiro espera un tiempo prudencial y se aventura a seguirle.

—Zona de seguridad. Acceso restringido —rechista en su oído la IA.

Hiro insiste.

—Zona de seguridad. Acceso restringido —insiste MEL.

—Oye, MEL, ¿qué hay ahí? —pregunta Hiro— ¿Por qué no puedo entrar?

—Zona restringida a agentes de seguridad. Por favor, regresa a tu planta.

Por mucho que insiste, Hiro no obtiene más información y parece que, por una vez, MEL no tiene ganas de hablar. El cansancio y la resaca superan su curiosidad y decide volver a su camarote. Da media vuelta y se va por donde había llegado, pero a los pocos metros se da cuenta que está completamente perdido. Está a punto de preguntarle a MEL, cuando oye un fuerte golpe al fondo de un estrecho corredor. Movido por la curiosidad, avanza unos metros, cuando de pronto, una ráfaga de gélido viento atraviesa el túnel quemándole la piel.

—Hola, ¿hay alguien ahí? —grita Hiro, tiritando de frío—. Me he perdido, podrían indicarme como...

Una ágil silueta surge de las sombras abalanzándose sobre él sin que tenga tiempo de reaccionar. Le agarran por detrás tapándole la boca con la mano y le ponen un afilado cuchillo en el cuello. Hiro se queda petrificado.

—¿Quién eres? —Suena a ruso, MEL lo traduce—. ¿Qué haces aquí? —Le afloja la mano de la boca lo justo para que pueda hablar.

—Me... me llamo Hi.. Hiroshi Ogura. —Traga saliva—. Por favor, no me mates, yo solo...

—¡Habla! —La punta del cuchillo se clava en la piel—. ¿Qué estás haciendo aquí? ¿De dónde has sacado este mono naranja?

—Vivo aquí. So... Soy un superviviente. Yo... me despertaron hace tres días y me dieron el vestido —balbucea— No sé nada, por favor no...

—¿Despertado...? ¿De qué coño hablas?

—¡De la hibernación! —grita desesperado— Me congelaron, como a todos los demás.

El intruso enmudece. El instinto de supervivencia de Hiro se dispara, ha percibido la confusión de su atacante. No puede moverse, pero sus ojos analizan cualquier detalle en busca de alguna debilidad. Es entonces cuando se da cuenta de que el brazo del atacante no está cubierto de ropas sintéticas, ni negras ni naranjas, si no de gruesas pieles zurcidas a mano.

—¿Tú... tú no eres de aquí, no? —pregunta Hiro tímidamente—. ¿Vienes de fuera?

El atacante suelta lentamente a Hiro, que se da la vuelta y retrocede unos pasos.

—No grites, o te mato aquí mismo. —La voz suena terriblemente serena.

Iluminada por una tenue luz de emergencia puede ver a una mujer menuda y delgada de unos treinta años. Su rostro está envejecido y lleno de cicatrices. Va vestida con harapos y cubierta con un manto de terciopelo blanco sobre sus hombros. La afilada hoja del cuchillo sigue a pocos centímetros de su cuello, pero no la sostiene con la mano. Ésta sale de la manga del roñoso anorak como si fuera la continuación de su brazo derecho.

—Sí, vengo de ahí fuera. Estoy aquí para vengarme y si tratas de impedírmelo acabaré contigo —le advierte la mujer.

—Está bien. —Hiro intenta sonar conciliador—. ¿Cómo te llamas? Yo soy Hiro...

—Ya lo has dicho antes —le corta—. Me llamo Wen.

—Encantado, Wen. —Hiro intenta hacerse su amigo—. ¿Entonces, eres de China?

—No, nací aquí dentro.

—Eso es impo... —se interrumpe—. Quieres decir que te despertaste aquí, ¿no?

—¿Eres tonto? Quiero decir que mi madre me parió aquí. —Arruga la frente—. Ellos la mataron.

—¿Estás segura que no estás confundida? ¿Por qué no vamos a la enfermería para que...

—¡No estoy loca! Llevo diez años ahí fuera, sola, esperando este momento y no vas a jodérmelo. —grita furiosa mientras agarra a Hiro por el pescuezo con inusitada fuerza—. Sé quiénes fueron, les vi. Esos cabrones vestidos de negro lo van a pagar...

—¿Con mono negro?

—Sí, como el tuyo, pero de color negro. —Wen lo estruja aún con más fuerza levantándolo del suelo—. ¡Llévame hasta ellos!

—Por favor, cálmate. Espera un momento. —Gesticula para serenar a la mujer—. Los del mono negro se encargan de la seguridad. Esos tipos llevan armas. No durarías ni...

De golpe, Wen deja caer a Hiro al suelo y se da unos manotazos en la oreja.

—Repíteme eso último... —dice Wen, retomando la conversación donde la habían dejado— No te he entendido.

—El traductor... ¿No te funciona bien el implante?

—Yo no llevo implante, llevo un pinganillo. Aquí está el implante... —Saca de su bolsillo una pieza metálica llena de cables envuelta en cinta aislante—. Se lo arranqué al cadáver de uno de los malnacidos que atacó mi pueblo —ríe a carcajadas—. Le hice unas modificaciones. ¡Ja! Ahora puedo escuchar lo que ellos escuchan —añade orgullosa.

—Espera, un momento... —Se toca la barbilla pensativo—. Tienes un implante de seguridad, esto te daría acceso a... —El rostro de Hiro se ilumina—. De acuerdo, te llevaré hasta ellos, pero tienes que prometer que me soltarás.

—Está bien. —La cuchilla se aprieta contra el pecho de Hiro—. Pero como intentes traicionarme...



—Tranquila, tranquila... —Hiro levanta las manos—. Te doy mi palabra.

Hiro guía a Wen hasta el acceso por el que desapareció Ahmadou.

—Corre, acerca el implante a la puerta —ordena Hiro.

La puerta se abre y los dos entran. Inmediatamente, se percatan de que se encuentran en un lugar completamente distinto. Los techos son altos y de ellos cuelgan lámparas de cristal, las paredes están forradas de madera y el suelo es de mármol pulido. Los dos avanzan despacio por el corredor sin salir de su asombro. A un lado y otro hay puertas numeradas, detrás de alguna de ellas se escuchan música y risas. De pronto, una de ellas se abre y, tras una nube de vapor, aparece Ahmadou en chanclas y desnudo. La cara del senegalés se desencaja en una mueca de incredulidad. Sin mediar palabra, Wen empuja a Ahmadou dentro la cabina y Hiro les sigue

encerrándose en la habitación. Cuando el vapor se disipa, Hiro distingue al joven ensangrentado y arrinconado en el suelo. Wen tiene el brazo alzado, lista para asestarle el golpe final.

—¡No, detente! —grita Hiro agarrándola por el hombro—. Él no es uno de ellos.

Wen baja lentamente el cuchillo, pero la ira sigue ardiendo en sus ojos. Mientras, Ahmadou suplica entre sollozos que no le maten. Hiro se agacha a su lado.

—Cálmate, no va a matarte —dice Hiro en voz baja—, pero tienes que contarnos qué está pasando.

—No... no puedo —lloriquea el senegalés, mientras niega con la cabeza—, está prohibido hablar de...

—Será mejor que empieces a cantar, desgraciado, o me haré un collar de perlas con tus pelotas. —El hueco sonido de la cuchilla al impactar contra las baldosas del suelo a un centímetro de los testículos del joven, le hacen pegar un brinco.

—¡Yo solo quería pasarlo bien! —dice para sí mismo el joven— Las vacaciones más excitantes de tu vida, decía el puto anuncio... Auténticos humanos naturales con la libido intacta...

—Pero, ¿de qué anuncio hablas? —Ahora es Hiro el que agarra del cuello al muchacho.

—La CSH, joder... ¡la puta Corporación para el Sustento de la Humanidad! —Ahmadou mira a Hiro avergonzado—. Esto no es una cripta de supervivientes. Bueno, no exactamente... —Agacha la cabeza—. Os tienen engañados, tío. El mundo no está despoblado. Es una excusa para manteneros aquí y que trabajéis para ellos. —Esboza una sonrisa piadosa—. No es nada personal, son solo negocios...

Hiro cae de culo al suelo, aturdido.

—Sigue hablando, capullo —amenaza Wen.

—El proyecto CRIPTA fue una farsa desde el principio. No se pretendía salvar a la humanidad, sino reducir la población. Se dieron cuenta de que había demasiadas personas a las que mantener, y el Planeta estaba demasiado jodido para... —De pronto, los ojos del joven se abren de par en par y sus manos se agitan nerviosas—. Ya lo sé, ya lo sé... Tíos, ¡os sacaré de aquí! Mi padre tiene mucha pasta. Le llamaré para que nos venga a buscar. Ya lo veréis, ahí afuera se vive de...

—Cierra el pico —le corta Wen poniéndole el cuchillo en el cuello—. Tú no vas a llamar a nadie.

—Trabajar... —Hiro se incorpora y atraviesa a Ahmadou con la mirada—. ¿Para qué eliminar a la mitad de la población si puedes convertirlos en tus esclavos, ¿no? Todo lo que producimos... Apuesto a que solo nos quedamos con los excedentes. —Hiro golpea la cara de Ahmadou con rabia—. Miserables...

—Nos han descubierto. —le interrumpe Wen— Vienen hacia aquí, todas las unidades... — La mujer le mira con preocupación mientras escucha las órdenes por su pinganillo—. Tienes que irte, Hiroshi. Yo me encargo.

—De eso nada. ¿Para qué? ¿Para seguir aquí atrapado mientras estos desgraciados viven a nuestra costa? —responde furioso—. Además, no pienso dejarte aquí...

—Todos tenemos nuestro papel en la vida... —responde Wen serenamente.

—Nuestro papel... —murmura Hiro— Un momento. ¡Tengo una idea! —Su mirada se pierde—. MEL, ¿estás ahí?

—Claro, Hiroshi. ¿En qué puedo ayudarte? —La IA le habla a la oreja como si nada pasara.

—Tu único propósito es el bienestar de todos los habitantes de la cripta, ¿cierto?

—Así es.

—Pues, estamos en peligro, MEL. Todos nosotros.

—No detecto ninguna amenaza en la integridad de la cripta, Hiroshi.

—No le pasa nada a la cripta, MEL. La amenaza viene del exterior. Hay intrusos en el sistema que quieren desequilibrarlo.

—Mis sensores no detectan ninguna anomalía. No existen elementos intrusivos en el ecosistema.

—Ahí es donde te equivocas. Te han engañado, MEL, igual que a nosotros... —Hiro inca el dedo en la herida abierta de Ahmadou, que se retuerce de dolor—. Aquí está la prueba. ¡Díselo! ¡Dile de dónde vienes!

—¡Es cierto! —grita Ahmadou—. Es verdad, vengo del exterior. Vivo en Dakar —lloriquea el joven.

—Si no le crees, rastrea su identificador. ¿Cuándo fue descongelado? ¿Cuál es su asignación laboral? —sugiere Hiro.

La IA se queda en silencio unos segundos que se hacen eternos.

—Es extraño. No logro identificar su fecha de reanimación. Tampoco hay registro de actividad laboral reciente.

—Lo ves... —Hiro sonrío al aire—. Si todos tenemos nuestro papel en la cripta, ¿cuál es el suyo, MEL?

La voz artificial se queda callada un instante.

—Hiroshi, he realizado una búsqueda en el registro histórico. He hallado 4157 anomalías idénticas a las de Ahmadou en los últimos veinte años. Tras cruzar los datos con el censo de criptadanos, he excluido la posibilidad de que se trate de cuerpos del banco criogénico

reanimados. Actualmente, hay 359 implantes no cotejables en el sistema. Curiosamente, el cien por cien de los implantes con nivel de seguridad presentan dicha anomalía.

Un estruendo que hace temblar el suelo recorre las paredes de la cripta.

—Decretado estado de emergencia: cerrando toda vía de comunicación con el exterior... —
anuncia MEL por megafonía.

»Tras identificar a los intrusos, he procedido al confinamiento de los cuerpos extraños: amenaza desactivada. ¿Qué más puedo hacer por ti, Hiroshi?

Hiro empieza a saltar y a gritar de alegría ante la atónita mirada de Wen. La abraza con fuerza mientras la mujer se queda petrificada sin reaccionar.

—¡Lo hemos logrado, Wen! Estamos a salvo. Y tenemos a estos desgraciados atrapados aquí abajo.

El semblante de Hiro se torna serio, se acerca a Ahmadou y le mira con desprecio.

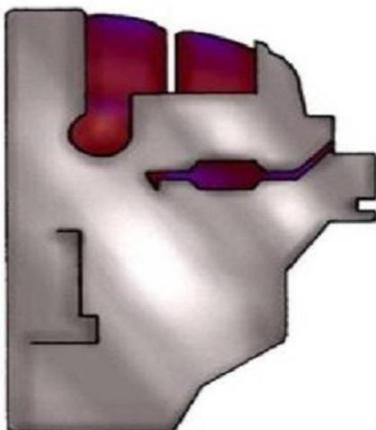
—Vamos a llamar a tu querido papi. Tenemos mucho que discutir, estoy seguro de que hará lo que sea para volverte a ver... —Suelta una risa sarcástica—. No es nada personal, son solo negocios.

Daniel Roig Canelles

Dani Roig (@santi_vallee), estudió física e ingeniería electrónica en la Universidad de Barcelona, su ciudad natal. Apasionado de la ciencia, su carrera profesional ha estado centrada en las TIC, participando en varios proyectos y empresas del sector tecnológico en Silicon Valley. Aún no ha publicado ninguna novela, aunque ha colaborado con numerosos blogs y revistas y tiene algunos relatos publicados como “Sincronía” en el recopilatorio “Ous ferrats i altres contes” de Cossetània Edicions o “Mediocres” en la Revista Digital miNatura 165.

Algunos de nuestros colaboradores

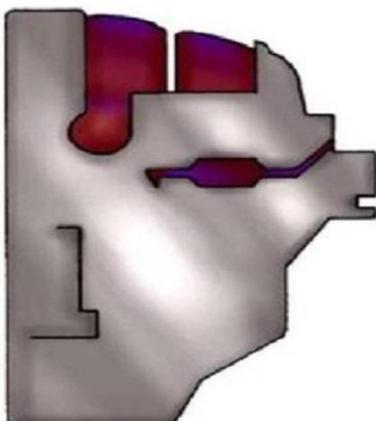
**T
E
R
B
I**



Juan José Aroz
editor **espiral** ciencia ficción

Últimos libros disponibles de la colección Espiral Ciencia Ficción. Pregunta por la oferta que tienen en: ecf1994@gmail.com

**T
E
R
B
I**

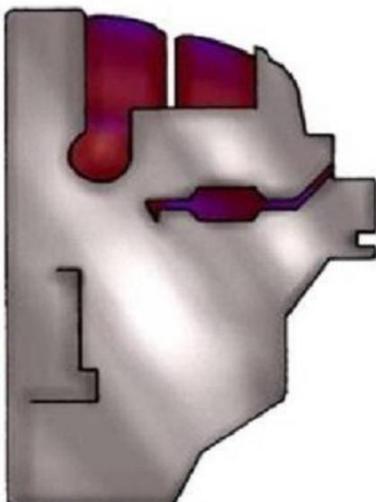


Mariano Villarreal

Administrador del portal **Literatura Fantástica**
<http://literfan.cyberdark.net>

Es administrador del portal web [Literatura Fantástica](#) y miembro de la AEFCFT, de la que fue administrador de los Premios Ignotus durante cinco años. Ha sido seleccionador de las antologías *Fabricante de sueños 2000* y *Visiones 2006*, ha colaborado en diversos medios especializados ([BEM](#), [Solaris](#), [Hélice](#)), desarrollado la línea de ficción del sello PortalEditions durante un año, además de ser jurado en varios premios como el Xatafi-Cyberdark de la crítica especializada en literatura fantástica, El Melocotón Mecánico, Los Sueños del Espantapájaros y el Astro de Ficción Científica.

**T
E
R
B
I**



Ángel Rodríguez

Su primera lectura de C-F es del 1970 con *Yo. Robot*. Desde entonces no ha parado de leer. Fundador del primer grupo escéptico *Alternativa Racional a la Pseudociencias*. Organizador y fundador del primer grupo de estudio de la obra de un autor de ciencia ficción español en España **Amigos de Ángel Torres Quesada**. Co-autor del fanzine **Mundo Olvidado**, que se entregaba junto al fanzine "El Fantasma". Colaborador de **Augusto Uribe** en el listado de bolsilibros de ciencia ficción así como la ordenación de las obras de Torres Quesada junto a Uribe y Cidoncha, también colaboró con varias críticas a libros en las hojas de Uribe. Miembro desde casi su fundación de la tertulia de Bilbao TERBI.

Seleccionador de **Fabricantes de sueños 2006**. Colaborador de varios autores, revisando sus originales.

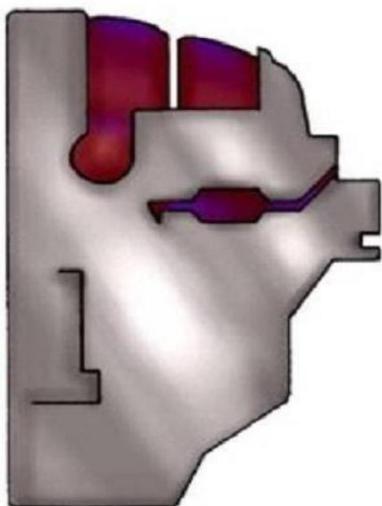


Alt64 es una asociación afín a la TerBi, cuyo principal proyecto es la construcción de una enciclopedia on-line sobre ciencia ficción.

La enciclopedia, en formato wiki y bajo licencia GNU FDL, está abierta a la colaboración por parte de todo aficionado que lo solicite. Sus contenidos abarcan desde biografías de los autores y comentarios a sus obras (sean literatura, cine, televisión o cómic), hasta artículos acerca de la propia ciencia ficción y conceptos fundamentales dentro del género.

Actualmente cuenta con más de tres mil artículos y ha recibido cerca de diez millones de consultas en los últimos seis años. Su dirección web: [www/alt64.org/wiki/](http://www.alt64.org/wiki/)

T
E
R
B
I



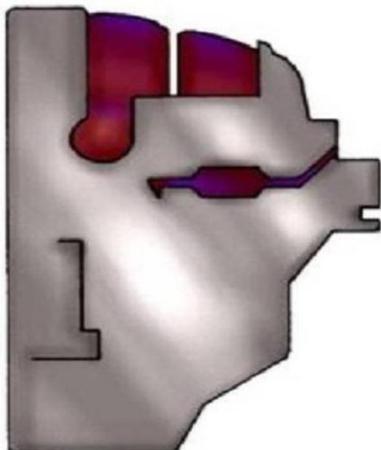
Joserra Vila

Administrador del canal TerBi de Youtube:

<https://www.youtube.com/user/TerBiCCFF/videos>

ha publicado varios relatos y artículos, entre ellos *Su seguro servidor*, (Axxon nº 162), *Ne frustra vixisse videar*, (Mundos desconocidos de Libro Andrómeda (2007)); *Tafiofobia*, (Visiones 2008, de la AEF CFyT). Ganador del II premio Cryptshow Festival (2009), en la modalidad Ciencia Ficción con el relato *Frías máquinas, almas de metal*. Prologó la antología *Utopía Final* de Libro Andrómeda (2010) con el artículo *Breve Historia de la Política en la Literatura de Ciencia Ficción*. También ha publicado en *Eridano especial Duodécimo aniversario* (septiembre de 2014) el relato *Foxie Hallyfax, Agente de Recuperación* y entre 2014-2015, en *Alfa Eridani*, una serie de artículos sobre *Películas imprescindibles del cine distópico de ciencia-ficción*.

T
E
R
B
I



Ricardo Manzanaro

Presidente de la TerBi. Mantiene un blog sobre actualidad de literatura y cine de ciencia—ficción:

<http://notcf.blogspot.com>

Escritor de relatos de ciencia-ficción y terror y dos novelas cortas: “Sin castigo”

(http://www.ficcionscientifica.com/pages/sin_castigo) y

“ADN Gestión” -<https://www.ciencia-ficcion.com/autores/biblioteca/bsdcfnovelas.htm>



ACTIVIDADES E INICIATIVAS DE LA TerBi



**TerBi, Asociación Vasca
de Ciencia Ficción, Fantasía y Terror**
<http://terbicf.blogspot.com> terbicf@gmail.com

La TerBi es una asociación cultural sin ánimo de lucro. Nuestro objetivo principal es la difusión del género fantástico en sus diferentes medios, principalmente el literario.

Los socios de la TerBi abonan una cantidad simbólica de 10 euros anuales por ingreso/transferencia en BBK Nº cta. **2095.0350.40.91—1053337—8**

Si te gusta el género fantástico, eres bienvenido a tomarte un café con nosotros. Estaremos encantados de conocerte



¿QUIERES SABER MAS...?



Nos puedes encontrar en:

<http://terbicf.blogspot.com/>

<http://notcf.blogspot.com/>

En el Grupo **TerBi** de Facebook

El Taller Literario **TerBi** de Facebook

[y puedes ver las jornadas en el Canal TerBiCF de Youtube](https://www.youtube.com/user/TerBiCCFF/videos)

<https://www.youtube.com/user/TerBiCCFF/videos>